

AUREA CATENA HOMERI

La cadena dorada de Homero o
La Naturaleza develada

Libro II

Traducido de la versión francesa de M. Dufoumel, que fue editada por primera vez en
1772,
y realizada sobre el original publicado en Alemania en 1723, de autor anónimo y cuyo
editor fue Anton Kirchweger

Traducción L.

Aurea Catena Homeri

(La Naturaleza develada)

SEGUNDA PARTE

De la destrucción y análisis de las cosas naturales

Prefacio

Así como en la primera parte traté, de una manera general y universal, sobre la generación de todas las cosas naturales, en esta segunda parte también trataré de modo general y universal acerca de su destrucción. Cada uno podrá extraer de ello las especulaciones particulares. No digo nada que no esté basado en la experiencia, y no doy ningún procedimiento que no haya practicado con mis propias manos. Si de ello alguno se esclarece y alcanza el fin deseado, que dé gracias a Dios, autor y dispensador de todos los bienes, y no a mí; y que se aplique a practicar toda su vida el principal mandamiento de Dios: la caridad con su prójimo, sin distinción de amigos o enemigos.

Como yo no atribuyo lo que sé ni a mi mérito ni a mi trabajo, sino a la bondad divina, lo comunico, como un talento que me ha confiado, a los que ponen su esperanza en ella, y que a la rectitud de corazón unen amor al trabajo y firmeza. Si no van derecho a la meta, deben excusarme, puesto que no puedo trabajar con ellos. Sin embargo, que no desesperen del éxito, ya que ningún fruto madura antes de su tiempo; y del mismo modo que un niño no puede obrar como un hombre hecho y derecho, tampoco un aprendiz de alquimia puede obrar como un Filósofo. Siempre será cierto decir *errando discimus et imperfecti per tempus perfecti effcimus*.

Árbol del análisis universal

Universalidad

El volátil, con su flema y su aceite sutil
El ácido, con su flema y su aceite graso
El álcali, los carbones, las cenizas y la sal

Animalidad

El volátil, con su flema y su aceite sutil
El ácido, con su flema y su aceite graso
El álcali, los carbones, las cenizas y la sal

Vegetalidad

El volátil, con su flema y su aceite sutil
El ácido, con su flema y su aceite graso
El álcali, los carbones, las cenizas y la sal

Mineralidad

El espíritu ácido, con su flema

El aceite ácido y corrosivo

El álcali, la tierra restante y la sal

Cap. I – *De qué manera la Naturaleza destruye las cosas naturales, las reduce a su primera materia, es decir nitro y sal, y las hace volverse vapores*

Hemos probado antes que la Naturaleza procrea todas las cosas del agua primordial y del caos regenerado, es decir de la lluvia, del rocío y del agua de nieve; sea que se las considere en su estado de volatilidad, como caen del aire sobre la tierra, sea que se las vea ya algo fijas y corporales, en forma de salitre y de sal. Mostraremos que esta misma agua caótica destruye, separa, disuelve y corrompe todas las cosas, tanto volátiles como fijas, y las reduce a su primera materia, es decir salitre y sal; éstos los reduce a agua, y el agua a vapores. La Naturaleza, después de haberlos formado de dichos principios subiendo de grado en grado hasta la perfección a la que están destinados, vuelve sobre sus pasos, y los conduce igualmente por grados hasta su primer origen.

Hemos demostrado en la primera parte, en el capítulo de la tierra y sus exhalaciones, y en varios otros sitios, principalmente en el capítulo del nacimiento de los minerales, el método del que se sirve la Naturaleza para resolver esos espermias fijos, es decir el salitre y la sal, en agua, y después esta agua en vapores. Por eso no será necesario repetir aquí cómo son lanzados por el centro de la tierra hasta el aire en forma de vapores, etc.

Después de establecer estos principios generales, comenzaremos por la esfera animal, y diremos cómo los animales caen en corrupción y retrogradan a su primera materia.

Cap. II – De qué manera la Naturaleza destruye los animales

Los animales se pudren, se transforman en polillas y en gusanos, éstos se hacen moscas, y éstas en su término se reducen a primera materia universal, es decir a naturaleza salina, nítrosa y caótica; después a agua y vapores, de donde provienen el rocío y la lluvia, y de éstos se regeneran de nuevo el nitrógeno y la sal volatísimos.

Los animales son de una naturaleza muy húmeda, succulenta, y llena de una sal volátil; por eso, cuando su espíritu vivificante y balsámico se disipa, comienzan a pudrirse, a hincharse, a exhalar las partes volátiles que infectan el aire con un olor hediondísimo, y todo se vuelve viscoso y húmedo. Para abreviar y para no detenernos en imágenes desagradables, no diré más sobre este reino. Al tratar de la disolución de los vegetales, explicaré más ampliamente los efectos de la putrefacción, que son más o menos los mismos. Si alguno desea estudiarlos más particularmente en los animales, no tiene más que ir a un lugar donde haya carroña para contemplar, si tiene coraje para ello, los cambios que ocurren de un día a otro; verá allí pasearse gusanos en cantidad. Que tome esos gusanos bien gordos, que los encierre en una botella de vidrio y los alimente con carne podrida; que cubra la botella con un papel agujereado y la ponga a un calorillo de sol; y verá en pocos días, incluso en pocas horas, cómo esos gusanos se metamorfosean en moscas y moscardones de diversas especies.

Esto proviene principalmente de las partes volátiles animales; pero las partes más fijas se transforman en agua y en tierra, de las que se puede sacar mediante lixiviación el salitre y la sal. Esas partes restantes, es decir el salitre y la sal, se encuentran en todos los sujetos en su última reducción: lo volátil se vuela y se exhala en forma de vapor para ser caotizado en el aire; las partes más fijas se escurren en el agua y en la tierra para ser reducidas a primer esferma más fijo, es decir salitre y sal; y de esos principios nacen los vegetales. De esta manera el animal deviene vegetal, como lo hemos enseñado en la primera parte.

Pero como en los animales los huesos están más coagulados y son más compactos, la Naturaleza también necesita más tiempo para reducirlos a polvo y tierra, como lo mostraremos en los vegetales de madera.

Cap. III – De qué manera la Naturaleza destruye los vegetales

Los vegetales pueden examinarse con menos disgusto que los animales; pues después de que se marchitan son humectados por la lluvia y el rocío, que recuecen el ácido que se encuentra en ellos y lo vuelven volátil; éste se entibia y se calienta, en parte por el espíritu que está implantado en él, y en parte por el calor del sol y por el calor central que se juntan. Este último se eleva continuamente de abajo, así como el del sol irradia desde arriba. Este calor de la tierra es perceptible aún en invierno, en las cavas. Ese ácido despertado penetra y recorre los poros de las plantas, calienta y excita el volátil, para hacerlo exhalar en el aire a fin de ser caotizado allí. Ablanda también las partes más fijas y más duras, las reduce a jugo y viscosidad, que se escurren en la tierra y se mezclan con ella para ser transformadas en un esperma más fijo y caótico, es decir en nitro y en sal.

De las partes volátiles de las plantas nacen también polillas y gusanos, y de éstos vienen las moscas y los moscardones, cuando no han sido demasiado desecados por el calor, lo que muestra que el reino vegetal puede volverse animal y volátil, como puede verse en las plantas y árboles verdes, cuyos jugos superfluos que se escurren comienzan a pudrirse, y producen después nidos enteros de moscas y toda otra clase de insectos volátiles. Es de esta manera que ocurre la destrucción de los vegetales más débiles.

Con los vegetales más fuertes, como los árboles, la Naturaleza tiene que combatir más antes de poder reducirlos a su primera materia y a agua caótica. He aquí cómo actúa ella para conseguirlo. Cuando el árbol está muerto, es decir cuando su espíritu vegetativo ha dejado de obrar, la raíz pierde su virtud atractiva y ya no da alimento al tronco; lo que hace que las hojas caigan y que el árbol se desequie. Entonces se llena interiormente, por los poros, de vapores que comienzan a ablandar poco a poco sus partes, que fermentan y se pudren por la acción del espíritu implantado; pues tan pronto como ese espíritu, especificado en un individuo, es impedido de actuar para su conservación por algún obstáculo, él retoma su universalidad y no actúa más que para su destrucción. Así, el árbol es atacado en todas sus partes, y se vuelve, desde la médula hasta la corteza, esponjoso, tierno y carcomido. El sol, la lluvia y la helada lo atacan igualmente. El sol lo calienta, y a veces lo hace agrietarse, porque su humedad conservativa lo ha abandonado. La lluvia que sobreviene lo humecta, y como el árbol está calentado y desecado por el sol, atrae ávidamente a sí la humedad, por lo cual perece cada vez más, ya que la humedad se pudre allí, y al pudrirse, hace pudrir al árbol con ella, y lo reduce a polvo. Después de esto el sol arroja de nuevo sus rayos, lo calienta y abre sus poros cada vez más, hasta que la podredumbre penetra de una punta a la otra y lo disuelve enteramente. He aquí lo que hacen el calor y la humedad.

La helada lo ataca todavía más vivamente; pues al estar expulsado del árbol el calor natural, cuando el calor del sol vuelve y lo calienta, el frío que había penetrado en sus poros se funde en agua. Esta agua se mantiene en el corazón y en la médula del árbol, y comienza a pudrirse; lo hincha tanto de adentro como de afuera, lo ablanda y lo pudre. La Naturaleza continúa esta operación hasta que el árbol esté podrido en todas sus partes y caiga hecho polvo. En esto consiste la calcinación de los vegetales. Puede verse la misma cosa con los huesos del reino animal.

Esta calcinación o disolución es muy lenta; con frecuencia dura tanto como la vida de tres hombres e incluso más, cuando es una madera muy dura; porque se despegan pequeñas parcelas del árbol sucesivamente y de tiempo en tiempo. Pero vemos un ejemplo más rápido en los sauces y en los olmos, a causa de su humedad excesiva. Cuando el árbol es así calcinado y reducido a polvo, se pudre más prontamente y retrograda en poco tiempo a su primera materia, es decir a salitre y a sal, como podemos ver en los jardines donde se los

emplea como abono, este polvo que allí se pudre y se transforma muy prontamente en su primera materia.

La calcinación de la madera es mucho más pronta cuando está reducida a pequeñas partes, como es fácil concebir y asegurarse mediante la experiencia; pues si se toman virutas de un árbol, se las riega con agua de lluvia putrefacta y se las expone al aire tibio, ellas se calientan prontamente, se pudren, se vuelven hediondas, viscosas, y se resuelven finalmente en un agua espesa. Si no se pone ningún obstáculo, esta agua se llena de polillas y gusanos, que se transforman después en moscas y moscardones. Cuando éstas alzan vuelo, no queda más que un poco de humedad terrestre, como lo he experimentado con algunas plantas y algunas maderas; pero si se impide a esos gusanos y moscas alzar vuelo, se puede abonar las tierras y jardines, o separarle los principios mediante la química, destilándolos. En esto consiste la separación natural, o la calcinación y destrucción de los vegetales, y su reducción a su primera materia.

Pero se me podrá preguntar porqué yo empleo para este efecto el agua de lluvia podrida y qué puede contener ella para ayudar a la putrefacción; o cuál es el principio, en el agua de lluvia, que hace pudrir. Yo me sirvo de ella porque es el fermento homogéneo de todas las cosas. Muchos químicos, y no sin razón, le mezclan también levadura o sedimento de cerveza o de vino; pero aquí yo no empleo más que agua de lluvia, porque solamente quiero demostrar que todas las cosas nacen del agua caótica, y que recíprocamente se destruyen por ella.

En cuanto al principio putrificante, el lector mismo puede imaginarse lo que es; puesto que el álcali es balsámico, en consecuencia el ácido y el volátil son destructivos. Es visible que el agua de lluvia es más volátil que fija, y que contiene también más ácido que álcali.

Así como las partes suculentas de los animales se pudren muy prontamente, y las partes secas y duras más lentamente, igualmente las partes llenas de jugos de los vegetales se pudren más prontamente que las que son duras. Los minerales se pudren aún más lentamente, al ser de una naturaleza muy espesa, muy dura y muy seca, y la razón por la cual las sustancias suculentas y húmedas, después de la disipación de los espíritus vitales balsámicos, se pudren más prontamente que las sustancias duras y secas, es que el Creador ha querido que el agua y la humedad fuesen el instrumento por cuyo medio el espíritu que opera todo pudiese alcanzar la putrefacción, que, como lo hemos demostrado en la primera parte, es la llave principal para abrir y cerrar todo en la Naturaleza.

Cap. IV – De qué manera la Naturaleza destruye, corrompe y altera los minerales

Todo lo que viene del cielo y de la tierra está hecho de agua y espíritu. Esta agua contiene dos cosas, a saber, salitre y sal. Estas dos últimas procrean en sus matrices convenientes todo lo que existe en este gran mundo: los animales, los vegetales y los minerales. Si en el aire esas sales están en forma de espíritu, el hombre las atrae mediante su respiración y las transforma en su propia sustancia y simiente, y así ellas se vuelven de género animal. Si caen sobre la superficie de la tierra en forma de rocío y de lluvia, de ellas vienen los vegetales. Si penetran por las hendiduras, huecos y poros de la tierra, hasta su profundidad, por medio del agua, de ellas nacen las minas. Toda la diferencia de sus operaciones sólo consiste, como lo hemos dicho ya varias veces, en sus diferentes grados de volatilidad y de fijeza. Cuanto más volátiles son, tanto más son de los animales. Si están en el medio entre lo fijo y lo volátil, son de los vegetales. Cuanto más fijas se vuelven, tanto más son de los minerales, de lo que se ve que el pasaje de un reino al otro debe hacerse por matices imperceptibles.

Como todo está hecho por estas dos sales, todo es también destruido por ellas. Una es el fuego y el aire; la otra es el agua y la tierra; una es el sol, la otra la luna; una es el calor interno central, la otra es el agua interna central. El nitro es caliente e ígneo, pues es un rayo puro y concentrado del sol y de su propia esencia; su producción y su hijo, o un sol coagulado, porque es ígneo en todas sus partes cuando se pone en movimiento, aunque parezca tan frío y acuoso como el hielo. La sal por el contrario es fría y acuosa, es la verdadera materia de atracción, una producción e hija de la luna, que para la generación desea fuertemente al macho, es decir al salitre, sin el cual no siente fuerza suficiente para procrear un cuerpo perfecto, a causa de su cualidad terrestre fría, fija y acuosa. Es entonces de estos dos que se debe esperar y aguardar la generación y la destrucción de todas las cosas.

Establecido este fundamento, examinaremos con qué instrumentos la Naturaleza destruye las piedras y los minerales. Ella tiene entre sus manos, como lo hemos dicho antes, un fuego. Sea que lo saque del sol, sea que lo saque del calor central, ese fuego entibia, y después calienta tan fuertemente las rocas, las piedras, en todas sus partes, que a veces se vuelven casi rojas. Tóquese solamente con las manos, en los días caniculares, una piedra o un hierro expuesto a los rayos del sol; creo que se las retirará bien rápido. Este gran calor es seguido del agua o del frío que humecta las piedras calentadas; y del combate de estos dos contrarios resulta un violento esfuerzo que hace romper la piedra y separa partes de ella. Los ataques reiterados del fuego y del agua reducen así poco a poco toda la piedra a pequeñas parcelas, con tanta más facilidad cuanto que a medida que actúan sobre ella, los poros de la piedra se dilatan y les dan un acceso más libre. Estas parcelas, expuestas igualmente a la acción del calor y la humedad, se rompen y se dividen cada vez más, y finalmente se reducen a arena y a polvo. Este polvo, que antes era piedra o tierra, siendo continuamente calentado y humectado, comienza a pudrirse y a volverse de una naturaleza salina o nitrosa, por la acción del espíritu implantado en él; pues este espíritu salino, coagulante, es despertado y excitado a actuar de nuevo sobre su propio sujeto por la humedad. Entonces la piedra avanza hacia su destrucción, como el animal y el vegetal hacia su muerte; después se une a ella la sal de la tierra y el esperma doble volátil del rocío y la lluvia. Cuando la piedra ha llegado al punto de ser reducida a polvo, y se ha vuelto salina, ella es ya de otra naturaleza, y propia a volverse vegetal. En ese estado, crecen de ella árboles y plantas que también se pudren, y de los cuales nacen gusanos y polillas. De éstos vienen las moscas, moscardones y cochinillas, o bien los animales se sirven de esos vegetales como alimento. De esta manera la piedra se transmuta por segunda vez, es decir en vegetal, y de allí en animal. Este animal se pudre y se resuelve a

una naturaleza caótica, universal, salina, nitrosa, acuosa, vaporosa de hylé, y es así que la piedra deviene materia primera caótica.

Veis entonces cómo la Naturaleza retrograda, y cómo consigue, sin más instrumentos que el fuego y el agua, destruir los cuerpos más duros y compactos. Ella lo hace muy lentamente, pero si pudiera tener en la mano una cantidad tan grande de sal como nosotros nos procuramos por el Arte, operaría tan prontamente como nosotros, y pronto reduciría las montañas más altas a pequeñísimas colinas.

Si en nuestro Arte hacemos enrojecer una piedra al fuego y la extinguimos en agua salada, se quebrará en trozos, y si fuera una piedra tan grande como una casa y fuera posible hacerla enrojecer y extinguirla en dicha agua, se quebraría igualmente. Cuanto más reiteremos esta operación, más se reducirá la piedra a pequeñas partes, y finalmente se transformará totalmente en viscosidad y en agua. Si en lugar de disolver las sales en el agua, destilamos su espíritu, y disolvemos en él las piedras, se reducirán a agua de una sola vez. Esta agua puede también ser reducida muy prontamente a vapores, y éstos de nuevo a agua, mediante la destilación. El lector verá así cuanto más rápida es la operación del Arte que la de la Naturaleza, pues mientras ésta emplea muchos años para calcinar la piedra y reducirla a su primera materia, es decir a un agua nitrosa y salina, el Arte lo hace en pocas horas.

La Naturaleza procede con los sujetos minerales y metálicos como con las piedras. Ella las calienta y las hace quebrar con el agua, en la cual está oculto un esperma salino, sea en pequeña o gran cantidad. Es éste el que desagrega el mineral o el metal, y poco a poco lo reduce totalmente a herrumbre y croco, disuelve este último a lo largo del tiempo a naturaleza salina, y finalmente a agua. Así la Naturaleza conduce los metales a su primer origen, y los destruye mucho más rápido que a las piedras, porque ellos tienen una sal manifiesta que solamente necesita activar por el agua y su sal para que actúe en sentido contrario; pero yo solamente hablo aquí de los minerales y los metales que todavía están encerrados en sus lugares de nacimiento o en sus matrices, y en los cuales las tierras de las montañas y las rocas están todavía conjuntados con las partes metálicas.

En lo que respecta a los metales trabajados y afinados al fuego, reconozco que la Naturaleza precisaría un tiempo mucho más largo para destruirlos, porque la humedad superflua les ha sido separada por la violencia del fuego, no obstante más en uno que en otro. Por eso, como el sol y la luna están privados casi totalmente de su humedad, y también de su azufre, de su arsénico, de su marcasita; la Naturaleza no puede reducirlos a su primera materia sino muy difícilmente. Por el contrario, le es mucho más fácil destruir a Marte y a Venus, porque encierran todavía una humedad superflua, y están bien abiertos, lo que hace que el aire húmedo y el agua puedan reducir a Marte a herrumbre, y a Venus a verdín, como a Saturno y a Júpiter a cerusa. La experiencia ha enseñado que el sol y la luna, ocultos en la tierra, pueden ser excitados en ella, cuando la humedad salina de la tierra excita a obrar a su espíritu ácido, pues se ha encontrado, en lugar del sol y la luna, a sus electros, o solamente el polvo. Si se pone oro o plata en los lugares que exhalan muchos vapores arsenicales y marcasíticos, la Naturaleza conseguirá destruirlos pronto, como se ve mediante el Arte, que debe necesariamente seguir a la Naturaleza en sus grados. Cuando se funde azufre, arsénico y marcasita juntos, y después se pone en ellos oro enrojecido al fuego, el oro se reduce a polvo. Es fácil entonces disolverlos mediante las sales o mediante los vapores y espíritus salinos, y reducirlos a su primera materia. Es lo mismo con todas las cosas: ellas conservan su ser hasta que reencuentran lo que es propio a destruirlas; y esto no puede dejar de ocurrir tarde o temprano, pues la Naturaleza nunca está ociosa. Ella sin cesar destruye, o mejor dicho crea sin cesar, porque la corrupción de un ser es la generación de otro, de modo que las destrucciones que opera son más transmutaciones que destrucciones, como vemos en el hecho de que los

animales y vegetales que nos sirven de alimento se transforman en nuestra sustancia, la cual un día debe transmutarse en vegetales, y después, en otros animales.

El arte tiene también sus transmutaciones. Pues los sabios, mediante su tintura, transmutan los metales imperfectos en oro y en plata; pero no hay que creer que esta tintura sea una medicina que sane al metal todo entero, tal como crece en la minera, sino que sana las partes mercuriales más puras, que, por un largo y fuerte fuego, han sido separadas de todas sus escorias. Ningún sabio ignora que los Filósofos no toman el mineral tal como sale de las minas para arrojarle la tintura, sino que antes, por medio del fuego, le separan el corrosivo superfluo, el azufre, el arsénico y la marcasita: entonces toman el metal maleable que ha sido separado de tantas partes, pues en el gran horno de fundición, la humedad superflua, el azufre, el arsénico y la marcasita volátil se vuelan en humo en el aire, retornando al caos universal. Lo que resta de la parte más fija de la marcasita con la matriz pedregosa de la mina, o las piedras, se transforma, parte en escorias, y parte en régulo. Ellos afinan de nuevo ese régulo, y le separan las partes más fijas, que llaman escorias, hasta que tienen el grano metálico purísimo. Es este grano el que toman los Filósofos, y el que transmutan mediante su tintura en una cosa más perfecta, es decir, en oro o en plata. Se puede, con mucha justicia, llamar esta transmutación una curación de la enfermedad metálica, pues Saturno es melancólico, Júpiter es tullido, Marte es bilioso y amargo; Venus tiene el calor del hígado, Mercurio la epilepsia, la Luna la hidropesía.

Yo considero el grano metálico como la médula en los huesos. Si un hombre es melancólico, la médula de sus huesos también está infectada de melancolía. Si es bilioso, la médula lo es también. El médico aplica los remedios a la médula, y no a los huesos y a las carnes. Si puede curar la médula, es seguro que curará también las enfermedades del cuerpo, puesto que la médula es lo que hay más alejado en el cuerpo, y es preciso que una medicina sea bien penetrante para poder pasar hasta la médula; pues la mayoría de los remedios, sobre todo los que se sacan de los vegetales, permanecen en la tercera o cuarta digestión, su fuerza se disipa en las venas, y se evacuan por los emuntorios, de manera que no penetran en la médula.

Aunque todos los hombres se originan de una misma simiente, no obstante tienen diferentes complejiones que los hacen sujetos a enfermedades diferentes. Lo mismo ocurre con los metales: aunque todos nacen del ácido universal, toman en sus diferentes matrices diferentes cualidades accidentales, y contraen diferentes vicios; por eso todos tienen necesidad de una medicina temperada para adquirir un temperamento solar, y para ser exaltados por el Arte a una naturaleza más perfecta. Eso es lo que los Filósofos hacen mediante su tintura.

Hay también en los huesos diferentes especies de médulas. Ahora bien, el médico no trata de sanar la sinovia o el cartílago duro, o el hueso esponjoso y su médula, sino la mejor médula, porque sabe que si la medicina penetra hasta la mejor médula, sanará también las partes más débiles, tanto como la naturaleza de esas partes lo necesite. No obstante, ella no las transforma en médula, solamente corrige su mala cualidad y les da una mejor.

La misma cosa ocurre con los metales y minerales. No se busca sanar mediante la medicina o tintura al azufre, al arsénico o a la marcasita, sino al metal; y aunque se la arrojará sobre arsénico, azufre o marcasita, no los transformaría en sol o en luna, los transformaría solamente a una naturaleza solar o lunar. Pero así como la médula imperfecta, una vez sanada de su enfermedad, después se vuelve, por la digestión y la maduración, una médula de la mejor calidad, igualmente el azufre, el arsénico y la marcasita de los metales, vueltos solares y lunares por la medicina de los Filósofos, pueden ser reducidos a oro o a plata por la digestión y la maduración; pero no como el metal que se transforma en oro y en plata en la fundición.

Descenderemos ahora de la corrupción o la putrefacción a la conjunción y regeneración del agua universal caótica, y después a la de todas las cosas naturales.

Cap. V – Del análisis o separación, conjunción y regeneración del agua caótica, y quintaesencia.

En la primera parte, hemos explicado el comienzo y el origen de la Naturaleza, cómo todas las cosas se han originado del vapor universal, o del agua caótica; cómo esta agua ha sido dividida en cuatro principios universales o en cuatro elementos; y cómo, por el mandato del Creador, esos cuatro elementos regeneran continuamente ese caos dividido y hacen de él una simiente universal, para la generación de los animales, de los vegetales y de los minerales.

Al presente trataremos en forma general de su análisis, y comenzaremos, según el orden, con el agua caótica universal, o el agua de lluvia, que servirá de ejemplo y de modelo para las otras cosas. Examinaremos tanto como se pueda (pues es imposible profundizarlo totalmente), por el Arte de Vulcano, lo que ella es capaz de operar. La descompondremos y dividiremos en sus partes volátiles, medianas y fijas. Reuniremos después esas partes separadas, las coagularemos y fijaremos, a fin de que cada uno pueda ver cómo lo más volátil puede adquirir la fijeza de una piedra, y lo fijo volverse volátil; el cielo, tierra, y la tierra cielo; lo volátil transformarse en ácido y en álcali, y lo inverso: de lo que resultará una armonía concentrada, una quintaesencia o un magisterio universal. Sobre este modelo estarán obligados a regularse todos los demás, tanto los minerales como los vegetales y animales.

Análisis del caos regenerado, o del agua de lluvia

Tomad agua de lluvia, o de nieve, la que queráis, que es la simiente o el esperma del universo, y nada más que agua y espíritu. Tomad, digo, agua de lluvia que viene del Occidente en el mes de marzo: filtradla después de haberla recogido en un tonel de madera nuevo, o en distintos vasos. Ponedla en un sitio ni demasiado frío ni demasiado caliente, sino que sea perceptiblemente tibio; cubridlo a fin de que no caiga basura en él, y dejadlo reposar un mes hasta que huelga mal. Entonces está madura para la separación.

Primera separación del caos

Removed bien toda esta agua con una vara, ponedla en un alambique de cobre, cubridlo con su capitel. Poned un recipiente y destilad muy lentamente un sutil tras otro, hasta la mitad: tendréis el cielo y el aire con sus sutiles separados del receptáculo o corteza; esto es lo volátil; el ácido y el álcali, o el agua y la tierra permanecen en los residuos.

Segunda separación

Tomad después lo que queda en el alambique de cobre, destiladlo en otro recipiente hasta un espesor de miel. Lo que ha pasado es el elemento del agua, o las flemas abundantes, que suben antes que el ácido y el álcali, y enseguida después del volátil.

Tercera separación

Retirad del alambique los residuos de consistencia melosa; ponedlos en una retorta, a fuego de arena, que aumentaréis por grados. Subirá primero una flema, y después un espíritu agrio como el vinagre, que es el ácido. Éste es seguido de un aceite espeso que corresponde al ácido, pues el ácido es un aceite extendido, y el aceite es un ácido concentrado. Estas partes pueden ser llamadas a la vez aguas esenciales, aguas elementales y partes volátiles de la tierra; porque el agua y la tierra no están nunca una sin la otra, o mejor dicho ellas son una misma materia y no son diferentes sino en razón de su volatilidad, de su fijeza, o de su consistencia más líquida o más seca. Por la misma razón, estas partes también pueden ser

llamadas cielo y aire fijos, como lo he explicado suficientemente en la primera parte. Remito a ella al lector.

Después que todas las partes líquidas hayan sido destiladas por grados, quedará en la retorta un *caput mortuum* negruzco, un verdadero carbón, que arde como todos los demás carbones, y que es una tierra virgen macrocósmica o un álcali.

Ahora tenéis el caos separado en cuatro partes: en cielo, aire, agua y tierra; o en volátil, ácido y álcali; o en un agua muy volátil, en un agua grosera, y en un espíritu ácido, o vinagre, en un aceite fétido espeso, y en carbón, en el cual la sal alcalina permanece oculta.

Guardad y conservad separadamente cada una de dichas partes, como un elemento particular.

Cada uno puede ver de esto lo que es la simiente del universo, en qué principios se puede separar, y cuál es el origen de todas las cosas naturales.

Así como el caos uno y simple puede ser dividido y separado en cuatro partes, también cada una de sus cuatro partes puede ser dividida y separada en varias partes o grados mediante la rectificación, como diremos a continuación.

Primera rectificación de las partes del cielo

Tomad el producto de vuestra primera destilación o primera separación del caos. Ponedlo en un matraz de cuello largo; adaptadle un capitel con su recipiente; y destilad al baño maría, por el primer y segundo grados, hasta el tercero. Veréis pasar un agua clara, transparente y volátil, que es el cielo mezclado del aire más sutil. Lo que queda en el matraz es el agua más grosera. Guardad separadamente esas dos cosas, y la primera rectificación está completada.

Segunda rectificación

Tomad el cielo y rectificadlo por segunda vez al baño maría, como antes: destiladle la mitad; el agua se volverá más sutil de lo que era. Así habréis vuelto el cielo más sutil y más volátil.

Tercera rectificación

Tomad el cielo sutilizado, y destiladlo de nuevo hasta la mitad. El cielo se habrá vuelto muy sutil, y habrá adquirido un brillo de diamante.

En lo que respecta a la mitad restante, hacedla pasar todavía una vez. De esta manera tendréis el cielo separado en tres partes: el cielo sutil, el cielo más sutil, y el cielo sutilísimo.

Rectificación del aire

Tomad ahora el aire más grosero que, en la rectificación del cielo, ha quedado detrás; añadidlo al elemento destilado del agua, que ha pasado en la segunda separación del caos. Poned estos dos juntos en un matraz al baño maría, y destilad por cuatro grados: el aire pasará, pero el agua grosera no subirá fácilmente a fuego de baño maría, sobre todo en un matraz de cuello largo, pero sí en a fuego de cenizas y en un matraz de cuello corto. Por esta operación tendréis el aire separado del agua; pero hay que rectificarlo tres veces, como habéis hecho con el cielo, destilándole siempre al baño maría solamente la mitad. Por este medio tendréis el aire sutil, el aire más sutil, y el aire sutilísimo. Les pondréis etiquetas ordenadamente.

Rectificación del agua

Tomad después el agua que ha quedado del aire; ponedla en un matraz cuyo cuello esté cortado, pero que no sea demasiado corto; adaptadle el capitel y el recipiente y ponedlo a fuego de cenizas. Destilad del primero al segundo grado: el agua más sutil subirá, reservadla como la primera parte. Destilad todavía la segunda parte, (a fuego) del segundo grado hasta el

tercero, y ponedla igualmente aparte. Destilad después de esto la tercera parte del agua, la más grosera, del tercero al cuarto grado. Por estas tres rectificaciones, tendréis el agua sutil, el agua más sutil y el agua sutilísima. Ponedlas en orden con sus etiquetas, a continuación del aire separado y rectificado. Aunque yo debería atribuir las partes líquidas restantes al elemento del agua, puesto que son húmedas y acuosas, sin embargo no se encontrará mal que se las dé a la tierra, ya que se vuelven muy fácilmente terrestres y coaguladas.

Rectificación de la tierra

Después que hayáis separado y rectificado el cielo, el aire y el agua, tomaréis la tierra y la dividiréis igualmente en tres partes mediante la rectificación, del modo que sigue.

Tomad el producto de la tercera separación del caos; a saber, el ácido o el vinagre con su flema, su aceite y la masa reducida a carbón. Pulverizad el carbón, moledlo con el aceite, ponedlo en una retorta, verted el ácido; poned el recipiente y destilad el ácido, al primer grado. Sacadlo y ponedlo en otro frasco; después destilad el aceite, y ponedlo aparte en otro frasco; finalmente dadle un fuego de cuarto grado durante dos horas; dejad extinguir el fuego y enfriar el horno; retirad la retorta, y sacad el carbón o la tierra. De esta manera tendréis la tierra sutil o el carbón, la tierra más sutil o el aceite, y la tierra sutilísima o el ácido. Guardadlas en orden, después del agua.

Tenéis entonces el caos separado y rectificado. Ahora hay que llevarlo a la coagulación, a la fijación, a la regeneración, a quintaesencia, magisterio o arcano.

Quizás habrá personas que me preguntarán lo que quiero hacer con el carbón, que ordinariamente se calcina y reverbera, o se quema en cenizas para sacar de él la sal, por lixiviación. ¿No dirán ellos que, fuera de esto, el carbón no tiene nada bueno? Pero que tengan paciencia hasta que vean lo que diré a continuación, donde les indicaré las razones que me hacen obrar así.

La coagulación, fijación y regeneración de la tierra en magisterio o arcano

Primeramente habéis sacado cuatro partes confusas del agua caótica, mediante la separación; y de estas cuatro partes habéis sacado doce, por la rectificación, es decir tres partes de cada una, por orden. Tomad el carbón, que es la tierra sutil; mezcladlo en un matraz de vidrio con la tierra más sutil y añadidle la tierra sutilísima, por medio de lo que las tres partes serán conjuntadas. Ponedlas al baño maría durante cuatro días y cuatro noches, aumentando el fuego de un día al otro, hasta el tercer grado e incluso hasta el cuarto. Adaptadle el capitel y el recipiente, de modo que si sube algo, pueda pasar al recipiente. Durante esta operación, la masa o cuerpo terrestre se conjuntará, se coagulará y se fijará. La prueba de que esto ha ocurrido es que si se saca el matraz del baño maría y se lo pone en un lugar frío, se formarán cristales, o bien el olor del compuesto tendrá más acritud. Cuando esto esté hecho, poned el matraz a fuego de cenizas (el cuello del matraz debe estar cortado, y no ser demasiado largo). Destilad la humedad muy dulcemente, hasta la total sequedad; hay que proceder de manera que los vapores agrios y el aceite no suban, por eso el grado de fuego debe ser muy dulce.

Muchos químicos se engañan en el grado de fuego, lo hacen ora demasiado fuerte, ora demasiado débil. He aquí un método seguro para encontrarlo. Acomodad todos vuestros hornos de modo que tengan cuatro o seis registros; cuando queréis destilar algo, abrid primero dos o tres registros, hasta que veáis subir lo que queréis destilar, entonces cerrad dos registros y no dejéis abierto más que uno, que constituye el primer grado. Destilad en ese grado todo lo que puede pasar, y cuando no suba más nada, abrid el segundo registro, a fin de que destile de nuevo, y hasta que la destilación cese por sí misma en ese grado. Entonces abrid el tercero y continuad hasta que no destile más; obrad igual con los registros cuarto, quinto y sexto. Si en una hora o una hora y media no quiere pasar nada, abrid todavía otro, y cuando la destilación

comience, cerrad de nuevo uno de esos registros, hasta que sea necesario volverlo a abrir. Procediendo así, no podéis errar.

Hace falta entonces, como dije antes, separar toda la humedad de la tierra. Si algún poco de ácido o aceite subiera al mismo tiempo, habría que volverlo a verter sobre la tierra; pero cuidad mucho el grado de fuego, pues si lo hacéis demasiado fuerte y el aceite sube, su grasa se pegará por todo el matraz y perderéis una parte fluida y muy noble de vuestra tierra. Es una cosa esencial a observar, para la calcinación y reverberación física, que la parte más noble del agua caótica se congele y se fije, y que lo que ella tiene en exceso o de superfluo se separe por la destilación. La Naturaleza no toma en sí, de una sola vez, más que tanto como necesita. Cuando todo está coagulado, fijo y desecado, entonces necesita de nuevo la humedad: ella vuelve a tomar tanto como necesita, y deja, como la primera vez, separar lo superfluo. Observando bien este punto, uno se ahorra muchas penas, tiempo y gastos.

Cuando el ácido y el aceite están bien coagulados sobre el carbón, y no ha pasado nada más que un agua insípida, sin gusto y sin fuerza, quitad esta agua, pues la misma Naturaleza la ha rechazado como superflua. Cuando esto esté hecho, aumentad un poco el fuego, a fin de que la materia se deseque todavía mejor en el matraz de vidrio y que esté totalmente seca. Ésa es la calcinación y la reverberación física que hay que repetir varias veces. De esta manera la tierra se coagula, se seca, se altera, y cuanto más se seca y altera, tanto más atrae gustosa su propia humedad: pues la sal debe humectar la tierra seca, sin lo que no sabría producir los frutos de los que es capaz.

Tomad entonces del cielo sutilísimo, tres partes; del cielo más sutil, dos partes; y del cielo sutil, una parte. Mezcladlos todos en un vidrio; de esta manera un cielo habrá descendido en el otro, como lo hemos dicho en la primera parte; es decir que el cielo más sutil se dejará tomar y fijar en un cielo más espeso, y que, descendiendo cada vez más, se vuelve aire, agua y tierra, hasta que finalmente deviene totalmente terrestre, como veremos aquí.

Cuando esto esté hecho, tomad del aire sutilísimo, tres partes; del aire más sutil dos partes, y del aire sutil una parte; mezcladlos igualmente. Después tomad del agua sutilísima tres partes, del agua muy sutil dos partes, y del agua sutil una parte; mezcladlas también. Estando cada parte conjuntada, tomad el agua, añadidle el aire, y después el cielo. Los tres juntos componen el néctar de ambrosía o la bebida de los dioses, que debe rejuvenecer a nuestro anciano, revivificarlo y regenerarlo. Verted entonces esta agua sobre la tierra seca, tanto como haga falta para humectarla y ponerla de un espesor meloso. Removedlas bien juntas con una espátula de madera; añadid después más agua para reducirla a consistencia de miel clara fundida. De esta manera tiene, por esta vez, humedad suficiente para su crecimiento. Poned el matraz al baño maría, al primer grado de fuego, y dejadlo digerir allí dos días y dos noches, a fin de que la tierra se humecte bien y se disuelva. Destilad después la humedad al baño maría, y si por esos grados no quiere pasar nada, destilad a fuego de cenizas hasta que la tierra, por grados lentos, se vuelva totalmente seca y alterada, al punto de rajarse. Observad sin embargo que al comienzo el fuego no sea demasiado fuerte, pues ella es todavía muy volátil.

Cuando haya sido bien desecada, vertedle nueva agua. Proceded como la primera vez, embebiendo, destilando, desecando y reverberando a fuego de cenizas, y continuad esas imbibiciones y coagulaciones hasta que la tierra esté suficientemente abonada por el cielo, el aire y el agua, lo que conoceréis por la marca siguiente:

Cuando creáis que ha atraído a sí mucho cielo, aire y agua, verteréis el agua que le ha sido destilada a la altura de cuatro dedos. Poned el matraz al baño maría durante veinticuatro horas, haced disolver y destilar hasta la tercera parte; dejad enfriar el horno, y poned el matraz en la cava. Si se forman muchos cristales, juzgaréis que otro tanto se ha coagulado del cielo

volátil, de aire y de agua, y que al mismo tiempo la tierra se ha vuelto muy sutil. Cuando veáis ese signo, es tiempo de proceder a la fijación.

Tomad entonces el matraz, destiladle toda la humedad al baño maría, y finalmente a las cenizas. Desecad bien la tierra, y dadle algo de fuego; ella se reverberará en el fondo del matraz, y se volverá parda o roja con otros colores entremezclados. Esta desecación y reverberación a las cenizas se completará en un día. Durante la noche, sacad el matraz y retirad la materia con una espátula de madera. Moledla muy sutilmente, ponedla otra vez en el matraz y vertedle el agua que habéis destilado, o nueva agua, hasta que se vuelva como una miel espesa. Ponedla otra vez al baño maría, y destiladle la humedad; después la coagularéis y desecaréis a las cenizas, y para hacerla reverberar, aumentaréis un poco el fuego, a fin de que adquiriera el mismo color que antes. Después dejarla enfriar, sacad la tierra y moledla de nuevo; volved a ponerla en el matraz, vertedle la humedad que habéis sacado, como antes, hasta la consistencia de miel espesa; volvedla a poner al baño maría, y después a las cenizas. Coagulad, desecad, reverberad, etc.

Continuaréis esta operación hasta que la tierra se vuelva en una dulce reverberación toda de un mismo color; entonces ella puede sufrir un fuego más fuerte. Cuando la tierra está en ese punto, retiradla del matraz, moledla bien menuda, volvedla a poner en el matraz, humectadla con su agua que le habéis destilado, ponedla después a las cenizas; destiladle primero la humedad dulcemente, coagulad igualmente por grados, y reverberad finalmente con un fuego un poco más fuerte que antes; pues la tierra que está en el fondo adquirirá así un color todavía más fijo, como veréis al retirar el matraz. Cuando el horno esté frío, retirad la tierra del matraz, moledla bien menuda, y proceded en todo del mismo modo que antes. Es una sola y misma operación, lo esencial de la cual consiste ahora en reverberar la tierra más fuertemente, y en hacer de modo que devenga toda de un mismo color, y cada vez más resistente al fuego. Es preciso continuar estas imbibiciones, coagulaciones y reverberaciones hasta que la tierra se vuelva, por una más fuerte reverberación a las cenizas, fija y roja como de fuego en todas sus partes. Después podréis, por grados, reverberarla todavía más a la arena, hasta que sea tan fija que pueda soportar el fuego abierto: entonces el magisterio es perfecto. Sin embargo, hay que cuidar de no apresurarse y no ponerla en seguida en un fuego abierto al salir del baño de arena, sino que la pondréis antes por cuatro y cinco grados al fuego de pepitas de hierro. Si se sostiene bien allí y resiste, entonces encerradla en dos crisoles sellados juntos, y hacedla pasar, por grados, por un fuego de rueda durante cuatro horas. Entonces al retirarla, veréis el cielo y el agua más volátiles convertidos en una piedra corporal de la última firmeza. Es en ese estado que puede decirse como Hermes: *vis ejus erit integra, si versa fuerit in terram.*

Ésa es una medicina universal, de la cual uno, dos, hasta seis granos, curan radicalmente todas las enfermedades, y que restaura el húmedo radical, el espíritu animal, vital y natural; en resumen todo el bálsamo animal y vital.

El aficionado verá, mediante este ejemplo general, cómo del vapor acuoso más volátil proviene el cuerpo más fijo y pedregoso, y que lo invisible e impalpable se ha vuelto visible y palpable.

Considere el lector atentamente esta operación, pues es el modelo sobre el cual se debe regir para todos los animales, vegetales y minerales. Igualmente, hay que comenzar por hacerlos pudrir, después separarlos, rectificar, coagular, fijar, y hacerlos regenerar en un cuerpo glorioso, transparente; y esto por las cosas homogéneas, como lo he dicho anteriormente.

Pero alguno dirá: “*Esta operación parece extraordinaria. Primeramente, es larguísima y muy fastidiosa. En segundo lugar, ella es contraria a las reglas de todos los Filósofos. Ellos*

hablan de putrefacción, separación, destilación, conjunción, fijación, coagulación y regeneración; pero ellos han conjuntado esos principios, después de la separación, en ciertos pesos; los han encerrado en un frasco de modo que no pudiera salir ninguna transpiración, y menos todavía alguna agua; los han cocido en un mismo horno, en un mismo vaso, y por un mismo régimen de fuego, y sin tocarlo hasta haber alcanzado su última perfección. En cambio este autor quiere que se conjunten las partes, se las destile, se las vuelva a embeber, se las deseque, se las coagule, se las reverbere, se saque la masa del matraz, se la muele, se la embeba de nuevo, se la destile, se la deseque, se la coagule, se la reverbere todavía, se la saque del baño maría, se la ponga en las cenizas, después en la arena, después al fuego de pepitas de hierro, y finalmente a fuego abierto, método que ningún Filósofo ha enseñado. Con esto, él no dice nada de la separación de las heces, sino que deja todas las impurezas que los Filósofos todos ordenan expresamente quitar, sin lo cual, dicen, el amargor se volvería más bien un veneno que una medicina. Los Filósofos dicen también que nunca hay que dejar extinguir el fuego, que sin eso la Obra perecería, y éste interrumpe el fuego sin cesar”. He aquí mi respuesta.

Yo convengo en que esta obra es larga y enojosa, y no la he puesto aquí para que necesariamente se esté obligado a proceder así, sino solamente para que el lector vea cómo el agua caótica puede ser separada en sus grados de sutileza, de espesamiento y de fijeza. Tampoco pretendo inducir a alguien a seguir este camino, a menos que lo quiera emprender por curiosidad. Hay muchos otros métodos, más cortos y más amenos, de los que indicaré algunos a continuación.

Recuerde el lector que he dicho, en la primera parte, que el gran caos primordial ha sido dividido en cuatro partes: cielo, aire, agua y tierra. Que cada una de esas cuatro todavía ha sido separada y dividida en sus grados de sutilización y espesamiento, como lo he demostrado en el octavo capítulo de la primera parte, al tratar de las exhalaciones de la tierra. Hemos mostrado en el procedimiento anterior, para utilidad del lector, esos grados de sutilización y espesamiento, a fin de que él vea que lo más sutil sube siempre delante de lo menos sutil, y se deja separar de él. Éste es inmediatamente seguido por lo grosero, éste por lo más grosero, y por último por lo groserísimo. Yo menciono este método solamente a fin de que cada uno vea con sus propios ojos cómo la Naturaleza trabaja siempre en el más bello orden, sin franquear jamás los grados intermediarios.

Si el lector se imaginara que yo procedo contra las reglas de los Filósofos, yo le replicaría, como hice antes, que no busco el secreto de los Filósofos, sino que soy un físico o un “fisófilo” que sigue exactamente las vías de la Naturaleza y que imita escrupulosamente todas sus operaciones. Los Filósofos han escrito como han querido. Yo sé muy bien, quizás, sus métodos; pero como no los estimo ni los desprecio, los dejo tal como son; y sigo únicamente los míos, porque estoy seguro de que son conformes a las leyes de la Naturaleza. Es ella quien me ha enseñado a no encerrar el húmedo con el seco juntos en un frasco, como hacen los Filósofos, y a coagularlos por una digestión continua, hasta que sean totalmente desecados y reducidos enteramente a tierra por un fuego continuo. Aquel que, por la verdadera vía de la Naturaleza, llega al término y abrevia la Obra, debe llevarse el premio.

A fin de que los elementos del agua y de la tierra produzcan sus frutos, la Naturaleza les da la simiente de lo alto en forma de agua, de la cual la tierra toma y retiene tanto como necesita para sus producciones. Ella hace brotar de nuevo el agua superflua y superabundante mediante el calor inferior y superior, es decir por el calor subterráneo central y por el calor del sol, la expulsa al aire en forma de vapores y de humo, de donde cae y destila de nuevo sobre la tierra. La tierra vuelve a tomar lo que necesita para sus producciones y su crecimiento; lo superfluo se eleva de nuevo en el aire en forma de vapor, humo y niebla; y la Naturaleza continuará esta circulación hasta que la voluntad del Creador coagule y fije todo junto en una

piedra. Por esta imbibición o destilación del macrocosmo nacen todos los frutos de la tierra, cada uno según su cualidad, pues cuando la tierra es desecada y reverberada por el sol, el cielo proporciona de nuevo la humedad, y la embebe otra vez con la lluvia y el rocío; después el sol vuelve y deseca, coagula, reverbera de nuevo la tierra y la altera, para atraer a ella otra humedad.

Por esta operación de la Naturaleza, cada artista debe aprender el más bello método para coagular y fijar, como en el capítulo séptimo de la primera parte, debe haber aprendido de la Naturaleza misma el más bello método para resolver y volatilizar, pues él ve que cada cosa solamente toma en sí tanto de fuego y de agua como necesita, y que deja ir lo superfluo. Muchos artistas se han arruinado queriendo coagular y fijar toda la humedad del sujeto que tenían entre las manos. Han consumido una cantidad prodigiosa de carbón, y han hecho un fuego tan grande que su matraz se ha agrietado en él y han perdido todo su tesoro en las cenizas, por lo que cayeron en una angustia y aflicción tan grande que hay quienes han muerto de melancolía.

¡Qué miserable vida! ¡Qué pérdida de tiempo! Hubiesen sido más sabios si hubieran considerado el curso de la Naturaleza, que opera diariamente bajo sus ojos, y que debe servir a todo físico de modelo y de precursor. Sin embargo no los puedo censurar. Al comienzo yo pensaba, como ellos, en hacer las más bellas cosas siguiendo mis ideas; pero la experiencia me ha desengañado. Finalmente, por una observación continua de la Naturaleza y un trabajo tenaz, he llegado al método que enseño. Yo lo doy al público tal como lo aprendí, con las continuaciones que ha tenido. Aquellos que quieran seguir esta vía, que se conformen a este tratado; sacarán ciertamente de él alguna satisfacción, al menos tanta como esperan encontrar en los demás. Si encuentran algunos obstáculos, que recurran a la Naturaleza y que la mediten. No hay dificultad que no puedan superar por este medio.

Se oye gritar por todos lados “*Seguid la Naturaleza*”, y no se encuentra a nadie que la haya estudiado como es preciso. Es cierto que hay una gran cantidad de físicos que escribieron sobre la Naturaleza, y que pretendieron haber descrito todas las cosas con la mayor exactitud. Han hecho lo que han podido, pero la mayoría, y casi todos, solamente describieron la corteza y no el interior; y mediante esos escritos, aunque inocentemente y sin saberlo, han extraviado y arruinado a millares de personas que siguieron sus doctrinas, y que explicaron demasiado el pensamiento de otros, ora de una manera, ora de otra, según la idea que se formaron en sus espíritus.

Yo no trato de dar una descripción detallada de todas las cosas. Eso sería un trabajo inmenso y por encima de mis fuerzas. Me contento, en este pequeño tratado, con mostrar en general, por la teoría y por la práctica, la marcha que la Naturaleza sigue en sus operaciones, a fin de que todos los Artistas puedan tomarla por guía en lo sucesivo. Cuando hayan comprendido algunas manipulaciones, podrán impulsar más lejos sus especulaciones y confirmarlas mediante la experiencia. De esta manera encontrarán la verdadera vía, y llegarán al fin deseado.

¿No se ve cuánto tiempo se emplea para la solución de un sujeto, y cuánto carbón y gastos hacen falta para ello? ¿Cuánto tiempo se precisa todavía para coagular un líquido y fijarlo en un polvo? Así se trabaja sobre un solo sujeto, no solamente durante varios meses, sino durante varios años, y no se recoge más que humo.

El artista que quiere coagular un sujeto, debe considerar atentamente las sustancias y las partes que tiene con él, es decir el agua y el espíritu. Sea que el espíritu esté oculto en el agua, sea que esté en forma de sal o de aceite, en la de un polvo sutil o en cualquier otra forma que sea, no tomará jamás más agua de la que necesita para devenir un cuerpo coagulado y fijo. Como él deja separar de sí, por la violencia del fuego, todo lo superfluo, es preciso quitárselo

mediante la destilación, a imitación de la Naturaleza; y sobre todo tener cuidado de no destilar a fuego demasiado fuerte, sino hacerlo a un fuego muy dulce, al baño maría, y volver a cohobar la humedad hasta que la tierra pueda soportar un mayor fuego. Entonces ya no la necesita: hace falta que se deseque cada vez más y que avance hacia la coagulación y fijación. A medida que la humedad superflua se separa, la simiente (o el espíritu) se coagula cada vez más, y más prontamente.

“Pero”, dirá alguno, “¿cómo puedo conocer que el espíritu, que está en el agua, se adhiere al cuerpo fijo, se coagula allí y se fija, mientras veo que por la destilación el agua pasa en la misma cantidad que yo había puesto?” Convengo en que he encontrado la misma dificultad antes de conseguir este conocimiento; pero poned atención a lo que sigue.

El agua, como el receptáculo, y el cuerpo visible y sensible en el cual está oculto el espíritu o la simiente invisible, es el único medio por el cual todas las cosas se mezclan y se unen, porque todas las cosas líquidas y húmedas se unen más fácilmente en sus más pequeñas partes que las secas. Esta agua encierra en sí el espíritu o la simiente en toda su fuerza, de una manera oculta e invisible, y ella es el vehículo del espíritu. Las aguas son sutiles o groseras, según estén extendidas, sutilizadas, espesadas, y según la simiente o espíritu sea volátil o fijo; el agua se ajusta con la simiente, y la simiente con el agua.

Por ejemplo, el espíritu de vino es un agua, el vinagre es también un agua, lo mismo que el aceite; todo lo que es líquido es un agua, diferente, en verdad, según la propiedad del espíritu coagulado o resuelto; pues el espíritu no obra de la misma manera en el espíritu de vino, en el vinagre, en el aceite, en la sal y en los ácidos corrosivos. Ahora bien, es visible que todas las aguas son disueltas y líquidas, lo que proviene de la humedad superflua que contienen. Si estuvieran coaguladas, serían secas. Por eso hay que quitarles su humedad superflua por la destilación, y esto de manera que el espíritu o el ácido que permanece oculto en esta humedad no pase al mismo tiempo con ella, sino que quede atrás y se coagule. La humedad debe pasar sin ningún ácido, como una flema insípida; entonces la simiente se coagula en un instante, y tan prontamente que el Artista sentirá el mayor gozo y estará mil veces más deseoso de abrazar y practicar el Arte de la química, porque ve que sus operaciones son infalibles, como las de la Naturaleza que se propone imitar.

Considerad entonces con atención, si queréis sacar provecho en este Arte, que el agua o la humedad superflua no es la parte principal que hay que coagular, sino que el espíritu o la simiente oculta en el agua es lo que se coagula, se concentra y se fija por su propia parte fija o, para hacerme entender mejor, por su propio ácido y por su parte alcalina, entonces la humedad superflua se separa, y la simiente no retiene en sí más que lo necesario para formar y para mantener un cuerpo en una humedad permanente e incorruptible. Ella retiene tan fuertemente esta humedad que ha atraído, que se funden y fluyen juntas en toda clase de fuego como la cera y sin humear. Se ve esto en el guijarro y en el vidrio, cuya humedad superflua ha sido extraída al supremo grado, sólo retienen la que les hace falta para poder fluir como el aceite en el fuego más fuerte y más violento, sin ninguna disminución de su consistencia, a menos que sean retrogradados por la Naturaleza o por el Arte.

Sería un gran trabajo para el Artista, así como para la Naturaleza, si hubiera que coagular toda el agua o la humedad superflua; eso no sería, sin embargo, imposible, pero además de que sería inútil, la vida más larga de un Filósofo no bastaría para lograrlo. Que solamente se haga el ensayo encerrando agua de lluvia o de fuente en un frasco, y poniéndola al fuego para coagularla. Sí se encontrará una tierra, pero en seis meses, e incluso en un año, no se percibirá que el agua haya disminuido en cantidad, ni que se haya coagulado.

Imitaremos entonces a la Naturaleza que, en el reino animal, no transforma toda la humedad en animal o partes animales. Si así fuera, no devolvería excrementos mediante la

transpiración y otras vías. Tampoco en los vegetales se vuelve vegetal toda la humedad; de otro modo no darían gomas y resinas, como puede verse, principalmente en primavera, principalmente en los grandes árboles cuyas cortezas, por la demasiada abundancia de humedad superflua, se parten y dejan manar el jugo superabundante bajo diferentes formas. Igualmente, tampoco se une toda la humedad superflua a los minerales y a las piedras en su crecimiento; si así fuera no se vería correr de las montañas tantos grandes ríos, fuentes y manantiales. Así, no toda la lluvia, el rocío y la nieve, son empleados en el crecimiento de las producciones de la tierra; si fuera así, el calor central y terrestre y el del sol no podrían sublimar ni atraer ningún vapor o exhalación, mientras que vemos que diariamente hacen vapores, y en tan gran cantidad que de ellos se forman abundantemente rocío, lluvia, nieve, que de nuevo son precipitados sobre la tierra. Así la Naturaleza nos enseña la imbibición y cohobación del macrocosmo. Ella no da de una sola vez bastante humedad para que sus producciones tengan suficiente hasta su última perfección, sino que cohoba siempre, embebiendo continuamente, poco a poco, y desecando de nuevo.

Cada uno puede entonces ver claramente que el agua solamente sirve de envoltura o vehículo a la simiente o al espíritu (como suficientemente lo hemos demostrado en la primera parte), y que no es ella misma la simiente o espíritu, y que por esta razón no puede ser coagulada toda entera, sino solamente tanto como la simiente la necesite. Si se vertiera diez moyos¹ de agua sobre una onza de tierra, toda el agua volátil y la humedad se separarían de ella por la destilación, la tierra no retendría más de lo que precisa para coagularse con ella. Pero si el agua contiene también tierra o partes fijas, ellas quedarán atrás con la tierra, que es su semejante.

La simiente o el espíritu opera en las especies o individuos del mismo modo que en los universales. Cuando este espíritu se ha vuelto fijo, toma y atrae a sí el espíritu volátil semejante a él para fijarlo, y deja separar el agua superflua, en la que ese espíritu volátil estaba oculto, casi en la misma cantidad que había antes. Es de esta manera que el semejante se une a su semejante, y lo atrae a sí, según el axioma: *Natura naturam ambit et amplectitur; natura natura gaudet*, y por la misma razón expulsa y rechaza su contrario cuando se trata de formar una unión constante.

Mientras el agua y la simiente o el espíritu no están unidos verdadera y constantemente en un mismo cuerpo, jamás ocurrirá alguna unión constante y permanente, ni alguna fijeza. Eso se ve claramente en los animales y vegetales, que son de una naturaleza corruptible, y de muy fácil disolución, porque abundan en agua superflua. Muchos minerales no están tampoco privados de ella, pues en tanto la humedad superflua, insípida, no les es separada, están sujetos a la alteración, la corrupción y la disolución.

Reconozca el lector que el agua sirve de martillo o yunque a la simiente o espíritu implantado en ella que, por su medio, es despertado y excitado a actuar; pues nunca podría mantenerse en reposo en las aguas, sino que allí causa alteraciones continuamente, una tras otra. Cuando este espíritu es fijado y coagulado, y por esta operación es desecado y privado de su humedad superflua, como ocurre en las piedras, los minerales, los metales, las piedras preciosas, el vidrio, etc., allí se adormece, se concentra, y es llevado a su mayor fuerza, y permanece en ese estado constante e incorruptiblemente, hasta que sea despertado por su húmedo semejante a él; entonces trata de disolver tal cuerpo coagulado a su primera materia, y lo destruye con los mismos instrumentos de que se sirvió para formarlo.

Alguno me podría objetar que los excrementos de los animales, vegetales y minerales, no son un agua insípida, un ser o sustancia sin fuerza, sino que esas aguas todavía están llenas

¹ Medida antigua equivalente a 258 litros

de simiente y de espíritu, y participan mucho de la esencia del cuerpo que los expulsa; como la orina del cuerpo del hombre; las gomas y resinas, del de los árboles; y las aguas minerales, de las mineras. Yo digo primeramente, que la Naturaleza, al encontrarlos superfluos para el crecimiento del cuerpo ya comenzado o engendrado, ha querido expulsarlos; en segundo lugar, que por la voluntad del Creador, la Naturaleza no se propone la exaltación a quintaesencia, como puede hacerlo el hombre por el Arte; en tercer lugar, que ella enseña a los hombres a dirigirse a los excrementos que se escurren de los cuerpos sin dañarlos, y de buscar lo que necesitan para mantener su vida y para su conservación, sin estar obligados a atacar el cuerpo mismo, al estar cada uno de esos excrementos, según su cualidad, lleno de fuerzas y virtudes.

En el reino animal la Naturaleza nos ha dado los excrementos, como la orina, principalmente el excremento, después el sudor, el moco, los esputos que vienen del estómago y los pulmones, las lágrimas de los ojos, la cera de las orejas. En el reino vegetal nos ha procurado las gomas y los líquidos que manan de ellas mismas, las semillas, las hojas y los tallos. No es necesario tomar el cuerpo entero de los animales, ni sacar de la tierra la raíz de las plantas, puesto que las cosas mencionadas tienen la misma fuerza que la raíz.

Tampoco es necesario, para tener una quintaesencia del reino mineral, tomar el cuerpo mismo de los metales. En lugar del oro, un Artista puede servirse de marcasitas solares, del vitriolo solar, de las mineras sulfurosas solares, de los azufres fijos y embrionados, es decir, de aquellos que se encuentran en el antimonio, en el hematites, en el esmeril, en el imán, que participan todos de la naturaleza cordial y corroborativa del oro.

Es lo mismo con los demás astros rojos y blancos, pues así como el antimonio tiene el azufre embrionado volátil del oro, el bismuto contiene el azufre embrionado volátil de la plata; la calamina y la tutía contienen su azufre fijo, y ¿no es el oro también un vitriolo lunar perfecto?

Un aficionado puede ver entonces que la Naturaleza no nos ha presentado un único sujeto para la naturaleza humana, sino muchos, y en mucha más cantidad de la que necesitamos. Donde la Naturaleza termina, es preciso que el Artista comience, y que quite de todos esos sujetos la humedad superflua. La Naturaleza nos da el ejemplo de ello en las minas, y nos indica los medios por los que podemos alcanzar la quintaesencia y la fijeza incorruptible, pues en las minas ella forma los cuerpos más durables, que no pueden ser destruidos por el agua y el aire, e incluso sólo pueden serlo muy lentamente por el fuego. Es a esta fijeza incorruptible que el Artista debe tender, y tendrá así un medio de procurarse la salud y una larga vida. El secreto consiste, como lo hemos dicho, en separar del sujeto la humedad superflua o el agua *recolaceum*, y en concentrar el espíritu o la simiente.

Pero alguno podrá preguntarme si esta humedad superflua está enteramente privada de todo espíritu, fuerza y virtud, de modo que ya no puede servir para nada. Yo respondo que el agua *recolaceum* nunca puede ser absoluta y totalmente separada del espíritu al punto de no contener ya ninguna fuerza oculta, ni ningún rayo de espíritu o de simiente; que es igualmente imposible que el espíritu sea enteramente separado del agua *recolaceum*; sino que participa siempre de esta agua, aún cuando fuera impulsado hasta la fijeza de la piedra y coagulado tanto como se quisiera, porque el agua es todo espíritu, y el espíritu es agua; no son distintos uno de otra por su esencia, sino solamente por sus accidentes y sus operaciones. No son más que una misma cosa, y todo lo que existe no es más que esta cosa, diversamente modificada.

Cuanto más fijo y coagulado deviene el espíritu, tanta más fuerza adquiere para obrar. Si en su disolución, bajo la forma de rocío y de lluvia, tuviera tanta fuerza como tiene en su extrema coagulación de oro o de carbunco, al agua de lluvia, así cruda, sería una medicina universal, y no habría necesidad de atormentarse para disolver los individuos y las simientes

coaguladas y reducirlas a quintaesencia y a magisterio. Pero como, según la palabra de Hermes, su fuerza no es entera más que cuando es convertido en tierra, por esa razón hay que concentrar y fijar ese espíritu dilatado bajo la forma de agua; entonces él adquiere *vim integram, et fortitudinem fortissimam*.

Así, cuando yo llamo al agua superflua un *recolaceum* o flema inútil, no es porque no tenga ninguna virtud; ella es como la piedra angular despreciada, que sin embargo se vuelve el sostén más sólido del edificio, pues es el propio vehículo del espíritu concentrado, por cuyo medio, cuando se insinúa en un cuerpo enfermo, este espíritu o quintaesencia es activado y mezclado con el arqueo achacoso, de lo que este arqueo es fortificado y queda en estado de poder expulsar a su enemigo, que lo enferma.

La verdadera razón por la que separamos esta agua *recolaceum* es porque ella es una simiente que está todavía demasiado alejada en el aceite o en la primera materia, y todavía no está bastante dispuesta, o no se ha vuelto lo suficiente salada por la putrefacción o la fermentación; pues la salinidad es el comienzo y el fundamento de toda coagulación, y la cosa más próxima en la tierra para ser convertida en piedra preciosa. Es por eso que el agua *recolaceum*, al estar alejada de esta salinidad, no puede ser coagulada y volverse terrestre, o solamente puede hacerlo muy lentamente; mientras que el espíritu, al ser de una naturaleza salina espermática y dispuesta a coagularse, por volátil que sea, puede coagularse mucho más prontamente que el agua *recolaceum*.

No obstante, si esta agua también se vuelve de una naturaleza salina mediante la fermentación, se deja coagular igualmente, como la simiente y el espíritu. Pero como solamente se deja coagular con una lentitud increíble, la separamos mediante la destilación, para abreviar nuestra obra y ganar tiempo. Y si la llamamos inútil, solamente queremos decir que para esta obra ella es superflua y poco apropiada, pues sabemos que el Creador ha creado el menor átomo de tierra, la más pequeña gota de agua, para su honor, su gloria, y la utilidad de todas sus criaturas. Considere bien el lector este discurso, él no contiene una sola palabra inútil. Si no penetra bien su sentido de una sola vez, que lo medite hasta que lo entienda bien.

A fin de que el aficionado vea con sus propios ojos que solamente la simiente aguzada y salada puede coagularse prontamente, y no el agua *recolaceum*, que ponga atención al siguiente ejemplo, que lo hará tocar con sus manos lo que no puede percibir en un sujeto caótico, o universal.

Tomad racimos de uva bien maduros, exprimídes el jugo, hacedlo fermentar (lo que es su putrefacción), y tendréis vino. O tomad, si queréis, un vino ya hecho, cuanto más viejo tanto mejor. Poned la cantidad que queráis en un alambique y destiladle el espíritu ardiente. Rectificadlo después, y tendréis el volátil. Destilad después de nuevo hasta consistencia de miel y mezcladlo con ladrillos molidos de los que, mediante lixiviación, hayáis sacado bien el polvo ligero, de modo que este polvo de ladrillo caiga al fondo del agua sin sobrenadar (sin lo que no podríais separar bien el *caput mortuum*). Haced desecar esta mezcla hasta que podáis hacer bolitas con ella; ponedlas en una retorta a fuego de arena; adaptadle un recipiente y destilad por grados. Sacaréis primero una flema grosera, después un espíritu agrio, seguido de un aceite espeso, fétido, que sacaréis por un grado de fuego abierto. En la retorta quedará un *caput mortuum*; quemadlo en carbón, que es la parte alcalina. Sacadlo de la retorta, reducidlo a polvo con las manos. Llenad de agua una terrina profunda y arrojad allí el polvo; la harina de ladrillo caerá al fondo y el carbón sobrenadará sobre el agua; retiradlo con una pluma y conservadlo. Tomad el agua, filtradla, coaguladla, y encontraréis la sal alcalina del vino. Tomad esta sal y el polvo de carbón, desecadlos bien a ambos. Moledlos con el aceite fétido, ponedlos en un matraz y echad encima el ácido o vinagre, y ponedlo al baño maría durante un día y una noche; después de haberlo cubierto con el capitel y haberle adaptado el recipiente, le destilaréis al baño maría por grados toda la humedad o *recolaceum* que quiera pasar. Sacad el

capitel y el recipiente, verted sobre el residuo el espíritu de vino o el volátil, poned de nuevo el capitel y el recipiente y destilad lentamente al baño maría. Solamente pasará una pura flema o un agua *recolaceum*; toda la fuerza del espíritu de vino quedará con la simiente, o con el ácido y el álcali. Si subiera todavía un poco de espíritu con la flema, ese espíritu será tan débil comparado con el que había antes, que ya no pasará la prueba de la pólvora. La razón de ello es que la tierra ha atraído tanto espíritu como necesitaba, y ha dejado separar de ella lo superfluo.

Mediante esta operación, el Artista podrá concebir de qué manera la simiente o el espíritu salino se coagula y se fija, y cómo deja separar de sí la humedad superflua. Este efecto no puede percibirse en el agua universal o la lluvia, porque sus principios volátiles son muy semejantes en olor, en gusto, en color, y no tienen cualidades específicas, o acidez sensible, como los del reino animal, vegetal y mineral, que están especificados. El espíritu de vino, el espíritu de orina y el espíritu de vitriolo tienen una acidez sensible. Cuando ésta es coagulada sobre su álcali durante un día y una noche, se cubre el alambique con su capitel y se le adapta un recipiente, se destila el ácido al baño maría. El agua *recolaceum* permanece vacía, dulce, sin olor ni gusto, como una simple agua de fuente. Así se ve que esta acidez necesariamente debe tener algunas cualidades particulares y diferentes del agua insípida; esta acidez es el espíritu o la simiente que, por la putrefacción y la fermentación, ha tomado una naturaleza salina y coagulante.

Después que el Artista haya coagulado el vinagre y el espíritu de vino sobre el carbón y la sal, y que les haya destilado el agua *recolaceum*; que reflexione sobre la cantidad de flema y de acidez o simiente que ha sacado de su vino destilado; encontrará que el agua *recolaceum* excede en mucho la simiente. Que pese antes el espíritu de vino que haya rectificado hasta la prueba de la pólvora, y después que la haya vertido sobre sus partes fijas y haya destilado el agua *recolaceum*, que pese de nuevo esta agua, y vea cuán pequeña cantidad de acidez o de simiente estaba oculta en esta agua, aunque el artista haya creído que el espíritu de vino estaba desprovisto de toda flema, dado que encendía la pólvora. Por este examen conocerá que el espíritu de vino contiene casi tanta flema como pesa, y que su agudeza, que se deja coagular y fijar, está en muy pequeña cantidad.

Para dar al agua *recolaceum* la alabanza que merece, debo decir que ella es un excelente húmedo radical, purificado, que restaura el de nuestro cuerpo, de la cual deberían servirse como bebida ordinaria los tísicos y los que padecen consunción; pero solamente hay que entenderlo de esta agua *recolaceum* de la cual ha sido coagulado el espíritu de vino que enciende la pólvora, pues ella es un mercurio purísimo, vegetal, universal, insípido, volátil y coagulable, etc. Por esta operación, el lector verá que solamente se deja coagular la simiente, el espíritu y la agudeza, o la sustancia salina espermática de todas las cosas, y no el agua *recolaceum*. Ahora bien, si un Artista separa el agua *recolaceum* de la simiente, la coagulación se hace al momento, la que es seguida inmediatamente de la fijación.

Ya he dicho que la tierra se hartaba del espíritu de vino, y que dejaba pasar todavía alguna agudeza con el agua *recolaceum*. Se podría estar confundido sobre cómo hacer para coagular y fijar también esta agudeza, o cualquier otra que haya pasado; esto es muy fácil. Como ya lo he dicho, no hay más que desecar y alterar lo que está coagulado, o la tierra misma, por una dulce reverberación a las cenizas, es decir desecarla muy dulcemente; entonces el álcali, el coagulante o la tierra, se vuelven otra vez ávidos de atraer el resto de la simiente que había pasado, de coagularla y fijarla; y no pasará más que el agua *recolaceum* insípida y sin gusto, como un agua pura de fuente; y tendréis el magisterio del vino, la quintaesencia o el arcano vegetal, etc. Es igual con todos los vegetales o animales, como enseñaremos a continuación. Cuando la coagulación está hecha, sigue después la fijación, es decir que hay que reverberar a las cenizas este arcano más y más, hasta que pueda soportar el

cuarto grado de fuego; después se lo pone a la arena hasta que pueda soportar ese grado, y después se continúa por los otros grados, como lo hemos dicho antes.

El lector así *quod Natura gaudeat Natura propria; Natura recipiat Naturam; Natura amplectatur Naturam, et contrarium seu non necessarium ipsa repellat*. Al mismo tiempo que la Naturaleza rechaza lo heterogéneo y lo superfluo, toma y atrae a sí lo que le es agradable, prontamente y no con lentitud, aunque parezca que va lentamente hacia la perfección; pues al perfeccionarse, ella se apresura con mucha diligencia, como lo experimentareis en la práctica.

La razón por la cual yo no tengo un horno, o un régimen de fuego continuo, que del baño maría paso a las cenizas, de allí a la arena, a las pepitas de hierro y al fuego abierto, y que así interrumpo el calor, es que en esto sigo a la Naturaleza que me enseña que si quiero endurecer y coagular algo, no debo siempre cocerlo en el agua, porque ella ablanda todo en lugar de endurecerlo. Como mi intención es fijar cada vez más mi medicina, doy también cada vez un grado más fuerte de fuego, como lo hace la Naturaleza; porque un calor débil no puede hacer un cuerpo constante y fijo, y yo veo que las cenizas, las pepitas de hierro y el fuego abierto dan un calor aún más fuerte, que cuanto más fuerte es el fuego, tanto más fija el espíritu, y tanto más se separa de él el agua *recolaceum*, y deja avanzar el espíritu y la simiente hasta la última coagulación de la piedra y del vidrio. Pues la Naturaleza, en los grados acuosos, hace los animales acuáticos fríos y de fácil corrupción; y cuanto más seco es el calor del que se sirve, tanto más durables son sus producciones. En efecto, se ve que para hacer los peces y sus especies, ella emplea el vaso del agua; que para los animales perfectos que habitan sobre la tierra y en el aire, ella se sirve de un pequeño calor seco; que para los vegetales, que tienen un cuerpo más seco y más duro que los animales, ella emplea un calor más fuerte y más seco, se ve todavía que el sol les arroja continua y fuertemente sus rayos, así como a la tierra donde crecen, y como ellos no pueden trasladarse, son extremadamente calentados y desecados, mientras que los animales móviles pueden evitar este calor, en todo o en parte, y refugiarse a la sombra o en la frescura. Por el contrario, los minerales necesitan un calor más fuerte todavía, interior y ventral, por el que son coagulados de diferentes maneras, hasta en piedra. Cuanto más se aproximan las mineras al centro de la tierra, tanto más calor tienen que soportar. Así como en un animal el calor natural más fuerte está concentrado en el estómago, principalmente en invierno, también el calor más fuerte de la tierra está concentrado en el ventrículo del gran Demogorgon, o en el centro de la tierra; sin eso la Naturaleza no podría sublimar una cantidad tan grande de vapores hasta la superficie de la tierra. Ahora bien, cuanto más próximo al centro de la tierra es un sujeto, tanto más fuertemente es fijado, con tal que la gran cantidad de humedad que sube continuamente no haga obstáculo. También se encuentran las más fuertes y mejores venas metálicas hacia el centro, las ramas se extienden menudas hacia la circunferencia, porque cuanto más sube el calor central tanto más se debilita, tanto que no puede fijar todo perfectamente. Por ello ocurre casi en todas partes que muchos minerales que llegan hasta la superficie de la tierra no han madurado totalmente a metal, sino a mineras de vitriolo, de alumbre, de azufre, de marcasita, de plomo, de estaño, etc.

Se me podrá objetar y decir: “*Si la Naturaleza trabaja los metales en un calor y sequedad tan grande ¿porqué hay tanta agua en la tierra?*”

Es cierto que hay mucho agua en la tierra, y aún más en su centro, pero es imposible que las aguas se junten en gran cantidad en los sitios donde la Naturaleza tiene la intención de formar los metales. Pues si tal cantidad de agua se reuniera en los sitios donde la Naturaleza quiere hacer el guhr metálico, esta agua ablandaría ese guhr y su sal vitriólica, lo arrastraría con ella hacia la superficie, y las cavidades de la tierra quedarían vacías, porque el agua impediría todo crecimiento metálico; pero como el agua no corre en abundancia en los lugares donde se forman los metales, la Naturaleza llena esos sitios con sus vapores corrosivos, que se

adhieren a las rocas y a las piedras, las corroen y las disuelven, y hacen suficiente guhr de ellas para atestar y llenar las cavidades de la tierra, como las abejas llenan sus celdillas de cera. Cuando la Naturaleza ha llenado totalmente esos sitios, ningún vapor húmedo puede penetrar ya; por eso ese guhr se concentra, se coagula, se deseca y se fija cada vez más, hasta que se vuelve una piedra rica en metal que puede resistir al agua y al fuego.

Es cierto que en los sitios donde hay una gran cantidad de agua, como los pantanos, estanques y lagos subterráneos, los vapores suben y la simiente mineral entra y se acumula, pero allí es ahogada, y cuando el agua se eleva hasta la superficie, el aire frío coagula esta simiente, y hace con ella una materia metálica que queda en las aguas, a su tiempo se precipita, y forma toda clase de electros, de gomas, de malos jugos minerales y de betunes. Lo que refluye al centro, se presta otra vez a ser sublimado a la circunferencia, y a tomar su especie en su sitio determinado.

No hay entonces, en los sitios donde la Naturaleza trabaja los metales, aguas subterráneas que puedan obstaculizarla en sus funciones. Si así fuera ¿cómo los mineros sacarían de las minas tantos minerales secos, duros y pedregosos, y no blandos y acuosos? No se encuentra en las minas más agua que la que puede provenir de los vapores subterráneos, copiosos, que se acumulan y resuelven en diversas grietas de las rocas, y que a veces manan, como pequeñas fuentes, entre las venas metálicas.

Seguramente habrá lectores que tendrán una mala idea de mi operación, debido a que interrumpo el calor y dejo enfriar la obra. Deben considerar que no trato de hacer animales, sino cosas fijas como la piedra, que no se echa a perder ni se corrompe tan lentamente; y la Naturaleza me muestra el camino que debo seguir, puesto que ella cuece sus producciones durante el día, y las calienta mediante el sol, y a la noche las humecta y las refresca mediante la luna, e interrumpe así el calor sin causar ningún daño. Sobre todo, deben poner atención a que el Arte no se propone operar las mismas generaciones que la Naturaleza, lo que sería una curiosidad inútil y superflua, dado que la Naturaleza misma nos dispensa de esa pena. Él tiene en vista una generación diferente, es decir una generación en quintaesencia, permanente, inmortal, glorificada; un cuerpo espiritual y un espíritu corporal. Su meta es separar de las criaturas la humedad corruptora o *recolaceum*, y hacer una medicina pedregosa, salina, de fácil solución en toda humedad que, al tomarse interiormente, pueda penetrar todo el cuerpo, desde el estómago hasta la extremidad de los huesos y la médula, como el humo penetra en el aire, y cuya propiedad sea fortificar la Naturaleza y ayudarla a superar los obstáculos que perjudican sus operaciones. Resultará de ello una curación perfecta de todas las enfermedades, pues un médico hábil sabe bien que la Naturaleza débil sólo necesita ser fortificada, y no puede haber mejor confortador que la quintaesencia en la que todo está en la última pureza, y que es una medicina fija y no obstante espirituosa.

Sorprenderá sin duda que en esta operación yo no haya separado las heces, pues esta operación está tan en boga que nadie quiere hacer otra cosa, sin haber examinado qué son las heces, y sin saber que arroja el grano mientras conserva la cáscara. Si yo no separo las heces, es que no conozco de ello en la Naturaleza. Yo sostengo que todo lo que ella hace, sin ninguna excepción, es puro, bueno y sano; que todo debe permanecer junto, y que no se podría privarse de ellas.

Yo diré entonces, para hacerme entender, que no doy el nombre de *heces* más que a un contrario que se ha unido exteriormente a un sujeto. Como, por ejemplo, si doy a un hombre una piedra, un mineral, un corrosivo o un veneno por alimento, pronto se verá que le son contrarios y heterogéneos. Esto es lo que son heces para un hombre, porque la Naturaleza no los ha destinado para su alimento, sino a los vegetales como el pan y el vino, que le son convenientes y homogéneos. Es por eso que cada cosa atrae a sí su semejante, y rechaza lo que le es contrario como excremento; pero este excremento no es absolutamente heces en

todo sentido, o una tierra condenada que no pueda servir de nada. Si no es propia a una cosa, destinadla a alguna otra.

Así, todas las cosas heterogéneas que no deberían ser unidas inmediatamente, como los animales y los minerales, son heces, unas en relación a las otras. Sin embargo, aunque los animales y los minerales sean inmediatamente contrarios unos a otros y parezcan ser heterogéneos en sus especies e individuos, al considerarlos en su universalidad o en su esencia, son una misma cosa e intrínsecamente homogéneos, puesto que se han originado de una sola y única materia primera, y pueden fácilmente ser convertidos en homogéneos, por los medios que les son propios, sacados del reino vegetal.

Yo digo entonces que no hay, hablando absolutamente, heces en la Naturaleza; es decir que nada es inútil, que todo lo que contiene un individuo o una cosa universal le es indispensablemente necesario. ¿De dónde provendrían, en efecto, tantas impurezas en la Naturaleza, puesto que todas las cosas se originaron de un Dios purísimo, y han sido hechas de Él y por Él? Pero yo voy a demostrar por la experiencia que las pretendidas heces que los químicos rechazan, contienen la tintura más fija de cada cosa.

Si se destila lentamente en un alambique un animal o un vegetal, podridos antes, se saca de ellos un espíritu y una flema *recolaceum*; si se impulsan después los residuos por la retorta y se les destila, por grados, todo lo que pueda pasar, se obtiene una flema grosera, después un licor fuerte y agrio, que es el ácido que yo llamo también vinagre o azoth. Este azoth es seguido de un aceite graso, fétido; y el *caput mortuum* queda en el fondo de la retorta, en forma de carbón. Los minerales dan igualmente por la destilación el espíritu, la flema, el ácido o azoth, el aceite y un *caput mortuum*, pero como son cuerpos fuertemente fermentados o coagulados, su espíritu no es tan volátil como el de los otros reinos, su flema es más sutil, su ácido es muy corrosivo, y su aceite aún más corrosivo. Los químicos, después de la destilación, sacan la sal del *caput mortuum*, y las sobras son lo que llaman heces, que rechazan como enteramente inútiles.

Pero que sepan que el carbón es un azufre puro o un aceite coagulado, y que el aceite es, en su centro, un carbón disuelto y líquido que se puede reducir a carbón fácilmente; pues cuando en una cucúrbita alta se le saca su humedad por grados, a fuego de cenizas, no queda en el fondo más que una materia negra como el carbón, que no obstante antes era aceite, y el húmedo que le ha sido quitado es un vinagre muy agrio, lo que todavía prueba la verdad de nuestra doctrina, es decir que los principios no difieren entre sí en razón de su origen o su materia, sino solamente en razón de su solución y coagulación, de su volatilidad y fijeza, de su sutileza o densidad. Así, el carbón es un aceite coagulado, el aceite un ácido o azoth coagulado o concentrado, y el azoth un espíritu volátil coagulado y concentrado; y por el contrario, el espíritu volátil es un vinagre rarificado y vuelto sutil, el vinagre un aceite rarificado, y éste un carbón disuelto; pero si quemáis el carbón en sal y en cenizas, adquiere una mayor fijeza, y si la ceniza y la sal son fundidas en vidrio, el sujeto está entonces en el más alto grado de fijeza constante e incorruptible.

Para examinar el carbón mediante el análisis, es preciso que el Artista observe que cada cosa debe volver a ser lo que era antes, por el medio del cual se originó. Por ejemplo, el carbón antes era un aceite; el aceite era un vinagre o azoth; así, el carbón debe volverse aceite por medio del aceite, y el aceite debe volverse vinagre por medio del vinagre. Hemos probado antes que la cosa era así, mostrando que las partes sutiles se vuelven cada vez más espesas, coaguladas y fijas por la digestión; que, por el contrario, todas las cosas espesas, al digerirlas en una mayor cantidad de partes rarificadas, se rarifican y sutilizan; pues si se pusiera inmediatamente las partes sutiles con las partes groseras al mismo peso, número y medida, una no podría vencer a la otra, y resultaría de ello una cosa tercera. Por eso si se quiere transformar una cosa en otra, siempre hay que añadir una cantidad y calidad excedentes. Así,

si quiero volatilizar las cosas fijas, es preciso que añada una mayor cantidad de volátil, sin lo cual no podría vencer su contrario; e igualmente, si quiero fijar las cosas volátiles, es preciso que añada una mayor cantidad de fijo, sin eso, jamás sabría atar el pájaro volátil.

De esta manera, si queréis reducir de nuevo el carbón a aceite, según el orfen y la regla de la Naturaleza, tomad una parte de carbón pulverizado fino, moledlo con tres o cuatro partes de su propio aceite, espeso y fétido; vertedle después seis partes de su propio ácido; ponedlos a cocer al baño maría, en una cucúrbita alta, con su capitel y recipiente. El aceite disolverá el carbón, el ácido disolverá y extenuará el aceite; así todo se volverá líquido y subirá junto por la retorta. Si queréis volverlo todavía más volátil, verted allí su propio espíritu volátil, digeridlo al baño maría, volved a poner todo en una retorta, y subirá y pasará cada vez más rápido por el alambique, según que hayáis añadido el espíritu volátil en mayor cantidad. De ello veis cómo un principio coagula al otro, lo resuelve, lo espesa, lo sutiliza, lo fija y lo volatiliza. Es así como pueden hacerse las verdaderas quintaesencias, muy diferentes de esas tinturas débiles, extraídas por el espíritu de vino.

Lo que prueba que el carbón no es las heces, sino la tintura más fija de cada cosa, es que estando disuelta una parte de carbón, ella disuelve cada vez más las otras, hasta que todo el cuerpo del carbón sea reducido a licor, pues las partes volátiles que han pasado primero deben también resolver a las partes más fijas que quedaron atrás, y volatilizarlas.

Otra prueba de que el carbón no es las heces, es que si se hace fundir sal de tártaro, y se le pone polvo de cualquier carbón que sea, tanto como la sal de tártaro pueda tomar, se verá que la sal toma un color azul oscuro, negruzco y verduzco, a causa de la abundante tintura. Verted esta sal fundida, machacadla rápidamente, vertedle el espíritu de vino más rectificado; se teñirá en pocas horas y atraerá hacia sí la tintura. Después tomad esta sal de tártaro azul, fundida, cocedla bien con agua de fuente; filtradla y precipitad el azufre con un agua fuerte, un vinagre, un espíritu de vitriolo o con cualquier otro ácido; encontraréis en el fondo un azufre que no cederá en color al del sol, de Marte, de Venus y del antimonio, y que se mostrará en el agua fuerte de un color amarillo tan oscuro como el sol hubiera podido hacerlo. Así se ven las cualidades ocultas en el carbón.

Los químicos harían bien en notarlo; tanto más cuanto que ellos le atribuyen a la tintura de la sal de tártaro grandísimas virtudes; pero sostienen absolutamente que esta tintura, que ellos creen tan constante y eficaz, viene de la sal. Yo les voy a probar cómo se engañan. Cuando la sal de tártaro está fundiéndose por el fuego del carbón, cada Artista puede ver que el carbón hace llamas de toda clase de colores, como rojos, verdes y azules. Ahora bien, esos colores no provienen más que del azufre del carbón, que al ser ácido, se une de buena gana a la sal que es un álcali y que lo atrae hacia sí, tanto como es recíprocamente atraído por ella. Al estar las llamas dispersas en átomos sutilísimos, esa sal de tártaro permanece largo tiempo en fusión antes de ser coloreada, pero si por inadvertencia del que trabaja salta una parcela de carbón sobre la sal de tártaro en el crisol, esa sal se vuelve azul inmediatamente. Si después de esto permanece largo tiempo en fusión, pierde su color y vuelve a ser como era antes, porque consume el carbón y lo convierte a su naturaleza por una calcinación muy violenta: así ese tesoro pasa a la forma de la sal.

Voy a enseñar un método por el que se podrá hacer, en buena cantidad y más barato, no solamente la tintura de la sal de tártaro, sino la de la sal fija de un individuo cualquiera, animal, vegetal o mineral, a la que los químicos han atribuido, sin mucha razón, tan grandes virtudes; y esto por su propia sal, sin ninguna sal extraña; es decir, la tintura de la sal álcali extraída de cada sujeto, cualquiera sea, como por ejemplo del vino. Tomad de su tártaro, seis libras, o bien de cepas de viña. Poned cuatro libras en un pote no vidriado, sin cubrirlo; poned las otras dos libras en otro pote que taparéis y sellaréis bien. Poned estos dos potes en un horno de alfarero, hacedlos enrojecer bien y calcinar. Al retirarlos del fuego, encontraréis la

materia del pote abierto blanca, y la del pote cubierto negra. Lixiviad la masa blanca en el agua, filtrad, coagulad, y hacedla fundir en un crisol. Tomad después la materia negra, pulverizadla y mezcladla poco a poco con esa sal de tártaro fundida hasta que fluye muy espesa y de color azul negruzco. Vertedla entonces muy rápidamente en un mortero de fundición para pulverizarla; poned el polvo en un matraz, verted arriba espíritu de vino rectificadísimo, ponedlo a un calor dulce noche y día, y extraerá la tintura. Decantadla suavemente de los residuos, y tendréis la verdadera tintura de la sal de tártaro.

Tomad igualmente de un animal o de un vegetal, tanto como queráis; divididlos como antes, y quemadlos al mismo tiempo en el mismo horno, un pote abierto y el otro cerrado. Lixiviad uno de ellos, fundid la materia, verted la masa negra hasta que la otra esté suficientemente teñida, sacad después la tintura con el espíritu de vino, o con su propio volátil, y tendréis la tintura propia de cada individuo.

Con respecto a los minerales y los metales, hay que retrogradarlos a vitriolo, y hacerlos calcinar en un horno de alfarero, una parte en pote abierto (sin embargo hay que tener cuidado de que el calor no sea tan fuerte como para volverlos a fundir a cuerpo metálico, sino que permanezcan en cuerpo esponjoso, como el *caput mortuum* del vitriolo); sacad la sal álcali de la parte calcinada a pote abierto, hacerla fundir y ponedle de la otra parte, tanto como pueda tomar, no obstante de manera que la sal permanezca fluida; la sal se coloreará; vertedla después y pulverizadla, vertedle espíritu de vino, y tendréis un extracto, o una tintura semejante a la anterior.

Habréis hecho, entonces, todas las cosas con el espíritu de vino, que, sin despreciar las aguas de los boticarios, tendrá cien veces más virtud que las suyas; y si tenéis curiosidad de saber cuánta tintura contiene vuestro espíritu de vino coloreado, no tenéis más que destilarlo al baño maría: no encontraréis más que una pequeña cantidad de polvo que es el azufre del carbón, que actúa tan potentemente. Considerad entonces, señores químicos, que al arrojar el *caput mortuum* o el carbón, arrojáis una tintura que en tan pequeña dosis hace efectos tan grandes que cierto autor la ha vendido como un oro potable astral, y le ha atribuido virtudes increíbles, imaginándose que había sacado del aire el azufre del sol en los días cálidos de verano. Sin embargo todo no provenía sino de un poco de polvo de carbón, que había saltado en el nitro fundido.

Si un azufre tal puede operar tan grandes cosas, en tan pequeña cantidad y cuando no se ha vuelto volátil y ha sido reducido a licor todavía, sino que solamente se lo ha extraído y sutilizado en la forma fija mediante el espíritu de vino ¿qué es lo que operará cuando, por sus propios principios, sea reducido a un licor destilable? El autor mencionado antes ha llamado a su extracto un oro potable ¿Qué título se podrá dar a éste, puesto que el disolvente y lo disuelto permanecen conjuntados, y el fijo y el volátil están inseparablemente unidos?

Cuando los químicos han quemado el carbón en cenizas, y de estas últimas han separado la sal por lixiviación, se imaginan haber operado mejor y haber separado lo fijo; pero que vayan a una vidriería, verán allí que las cenizas se vuelven un cuerpo sólido, que el fuego no sabría vencer; un cuerpo regenerado, glorioso, como una piedra preciosa; y concluirán de ello, si tienen un poco de juicio, que lo que rechazan es la parte más fija: *subjectum fixius, et corpus figens fixissimum*.

Decidme, químicos ¿no es vuestro fin que vuestras tinturas tomen la naturaleza del vidrio, de las piedras preciosas y de los rubíes? Ahora bien, si arrojáis la esencia vitrificante ¿cómo pretendéis hacer una tintura fija y muy constante en todos los grados de fuego? ¿No veis que, en verdad, las sales se funden al fuego, pero también se evaporan continuamente y disminuyen en cantidad? ¿que el aceite no tiene ninguna constancia, y que el ácido es en sí mismo volátil? Ved entonces lo que olvidáis en todo momento, y lo que despreciáis. Es por

eso que muchos Filósofos dicen que se toma la corteza y se arroja el fruto. Si queréis fijar, proveeos antes de un cuerpo fijo, como base de la fijeza. Un arquitecto elige las piedras más sólidas para hacer con ellas los cimientos del edificio que quiere erigir. Tomad igualmente lo fijo, y fijad después su propio volátil, según el orden y las leyes de la Naturaleza misma; entonces obtendréis una verdadera medicina.

La opinión común es que los vegetales y los animales no contienen en ellos nada de fijo. Todos los espíritus están de tal modo preocupados con la idea de las heces, de la tierra condenada, que se arroja sin escrúpulo las partes mejores, las más puras, más transparentes, brillantes y fijas de todos los animales y vegetales, e incluso a veces de los minerales. Así no se ha podido fijar nada, a menos que se haya tomado prestado algo del reino mineral; pero si se hubiera considerado el azufre hermafrodita animal y vegetal del carbón, que es fijo y no fijo, y con qué prontitud se lo puede fijar y volatilizar, se hubiera juzgado muy de otro modo. Pues ¿qué son las cenizas? Ellas no son otra cosa que el azufre fijo y fijado vegetal y animal, mezclado con el polvo, la arena y otras impurezas en los hogares y en los hornos, a causa de lo cual no puede mostrar su blancura de marfil; pero si se tomara carbón y se lo dejara enrojecer en un pote no vidriado, al fuego de llama abierta más violento, hasta que fuese reducido a cenizas, se vería entonces su blancura lunar y su constancia a toda prueba. Esas cenizas, o el azufre hecho de carbón, no es sin embargo tan bueno como cuando aparece en su color de canela, como lo hemos demostrado antes, color que adquiere por su propio álcali o por otro; y éste mismo no tiene tanta fuerza como el que, con su aceite, pasa en licor de color rubí.

Por todo lo que acabamos de decir, cada uno puede ver que el ácido se transforma en aceite, el aceite en carbón, y el carbón en sal y en cenizas; que cuanto más se hace fundir una sal o un álcali, tanto más terrestre deviene, y tanto más deposita en su calcinación, solución y filtración, una tierra virgen purísima, sulfurosa. Esta tierra es muy propia para fijar los principios separados antes, y para reducirlos con ella a una piedra de la naturaleza del vidrio, y no obstante de fácil solución. Esto es lo que es la quintaesencia perfecta, o el magisterio perfecto. Se podría reducir prontamente toda ceniza salina a una tierra sutilísima y blanca como la nieve, arrojándola en un álcali fundido. De esta manera, un Artista no tendría necesidad de hacer evaporar las sales por una larga y fastidiosa fundición, y podría, de una sola vez, procurarse bastante materia como para fijar su obra; pero esta operación no es necesaria, pues el carbón es suficiente para fijar, por grados, todas las partes volátiles de un sujeto.

Como este sujeto se encuentra universal y particularmente en todos los sujetos del mundo entero, que me prueben que hay alguna hez en el universo, que me las muestren, y yo me reconoceré vencido. Pues si alguno sostuviera que una tierra es tal, yo al punto lo remitiría a la vitrificación. El vidrio prueba que conserva, por encima de todas las cosas, la constancia perpetua. Pero hay que poner atención a que no se puede, sin sal, reducir ninguna tierra a vidrio, cualquiera sea. Es preciso que contenga ya una sal nacida con ella, o que se le añada una exteriormente. Si las tierras contienen sal, se vuelven fusibles, y cuanto más fluyen al fuego, tanto más se evapora el húmedo superfluo. El vidrio no retiene más de lo que necesita para tomar una forma de vidrio, y retiene ese húmedo o esa sal tan fuertemente que ningún elemento le puede quitar casi nada.

De ello un Artista puede extraer una gran instrucción. Si no sabe reducir su tintura salina a vidrio, que le añada una tierra sutil preparada en su peso proporcionado; que los haga fundir juntos en un crisol bien cerrado y sellado, en un horno de vidriería, durante algunos días y algunas noches: ellos fluirán juntos y adquirirán un cuerpo fusible de vidrio. Pero debe tener cuidado de tomar, para una tintura animal, una tierra preparada animal; para una tintura vegetal, una tierra vegetal; y para una tintura mineral, una tierra homogénea tal como los

cuerpos metálicos la proporcionan suficientemente, después de que el azufre ha sido separado de ellas, pues cuando éste le ha sido quitado, en todo o en parte, el cuerpo se vuelve un electro o un vidrio metálico.

Se ve así que puede hacerse una tintura muy fija de los animales y los vegetales, tanto como de los minerales, y aunque aquellos no sean tan fijos como éstos, y estén más sujetos a la corrupción, no obstante pueden ser conducidos al mismo grado de fijeza por la habilidad del Artista, y mostrar que contienen en su centro la incorruptibilidad tanto como los minerales.

Esto prueba todavía la verdad de lo que he dicho en varios sitios de este tratado; a saber que los minerales, los vegetales y los animales no son diferentes más que en razón de su sutileza o densidad, de su humedad o sequedad, de su solución o coagulación más o menos grande, pero respecto a su origen y a su esencia son la misma cosa.

Creo haber probado bastante que no hay heces en la Naturaleza, y que en consecuencia, no tengo que separarlas en la operación de la quintaesencia del agua caótica.

Si yo interrumpo la coagulación y saco el cuerpo del alambique, si lo muelo, lo humecto y lo reverbero, si dejo apagar el fuego, si muelo el cuerpo otra vez, etc., todavía en esto sigo a la Naturaleza, y abrevio mi obra, pues lo que la Naturaleza seca y reverbera por el calor del sol y el calor central, ella lo humecta y lo embebe de nuevo por la frescura de la luna y de la noche, o por la lluvia; y después lo deseca, lo coagula y lo reverbera de nuevo; y continua así alternativamente y sin cesar.

Que el Artista sepa bien que la Naturaleza no en vano tiene todas esas vicisitudes, y que la imite también en ese punto. No hay ninguna ventaja en hacer circuitos muy largos cuando por un camino más corto se puede alcanzar más prontamente la meta. Yo sé que los Filósofos dicen que su obra se hace en un solo vaso. Yo no tengo tampoco más que un solo alambique, y a veces me sirvo de una retorta para abreviar y para hacer subir las partes más fijas, porque ellas no suben tan alto fácilmente.

En cuanto al resto, si alguno no aprueba mi método, que siga el que le parezca bueno; pero no obstante le aconsejo también ensayar el mío, verá que éste le resultará mejor. He convenido que mi práctica con el agua caótica es larga y fastidiosa, y prometí enseñar algunas otras vías más abreviadas y agradables. Voy a cumplir mi promesa y a indicar tres de ellas. La primera es según el Arte; la segunda según la propia Naturaleza, y la tercera según los Artistas partidarios de la separación de las heces. Que cada Artista elija la que más le plazca, es dueño de ello.

Primera vía - Sin separación de heces

Tomad el agua de lluvia putrefacta, removedla y agitadla bien, ponedla en un alambique, destilad los espíritus sutiles, y tendréis el volátil. Reservadlo aparte. Destilad después, y tendréis una flema grosera; continuad la destilación hasta un licor bastante húmedo; y guardad aparte esta flema destilada. Es inútil para esta operación purificar y suavizar toda clase de sales. Sacad el licor restante del alambique, ponedlo en una retorta, y destilad todavía, a las cenizas o a la arena, la flema, el ácido o el aceite; el carbón o la cabeza muerta quedará en el fondo de la retorta; sacadla y pulverizad, y poned en ella todo el aceite machacando. Poned en un alambique alto; digerid al baño maría cuatro o cinco días, y destilad todo lo que pueda pasar. Después añadid su espíritu volátil encima, que habíais reservado. Digeridlos juntos a baño maría de primer grado dos días y dos noches. Destilad lentamente y por grados lo que pueda pasar, y cuando ya nada pase, ponedlo a coagular y reverberar a las cenizas por el segundo o tercer grado de fuego, hasta que la materia del fondo tome un color. Sacadla entonces del alambique, pulverizadla y ponedle el líquido que le habéis destilado al baño maría y a las cenizas. Poned al baño maría dos días y dos noches, después destilad lo que

pase, y verted otra vez como antes, para hacer imbibiciones ulteriores. Cuando todo haya sido destilado al baño maría, ponadlo a las cenizas y destilad todo el resto de humedad hasta la sequedad, sin embargo lentamente y por grados, a fin de no despertar los espíritus más fijos. Cuando todo esté bien seco, reverberadlo de nuevo como antes, retiradlo después, machacad, embebed, digerid, destilad, coagulad, reverberad y reiterad hasta que toda la materia tenga un color uniforme. Fijadla por todos los grados de la ceniza y la arena, como lo he enseñado ampliamente en la primera parte, y tendréis una quintaesencia y un magisterio del macrocosmo, que es tan buena como la que sigue.

Segunda vía – Vía de la propia Naturaleza

Tomad agua de lluvia putrefacta; destiladle, en un alambique de cobre, toda la humedad hasta un licor espeso, que volveréis a poner en otro alambique con su capitel y su recipiente. Destilad todavía al baño maría todo lo que pase; no quedará en el fondo más que la tierra, que pondréis a la ceniza en un alambique con su capitel y recipiente. Desecadla dulcemente, por grados, a fin de no quemarla, y a fin de no despertar su vinagre o su aceite, sino solamente destilar su humedad superflua. Y si notáis que por el pico del capitel pasan algunos vapores agrios, hay que apagar el fuego al momento, pues entonces es su vinagre el que sube, lo que no debe ser, y éste sería seguido por su aceite, lo que sería una operación violenta y no conforme a la Naturaleza, que procede en todo muy dulce y lentamente, hasta hacer del agua una piedra. Pues ella no hace naturalmente con facilidad, o hace muy raramente, carbón de alguna cosa, porque no quema ninguna; y nunca lo hace, tal como se hace por el Arte, exceptuando el rayo cuando quema los árboles, y en esto no hay generación ni corrupción natural, sino una violenta destrucción que hace el Vulcano superior.

Después que hayáis destilado dulcemente a las cenizas toda la humedad, reverberad la tierra dulcemente, por el segundo grado. Retiradla después, y verted encima lo necesario de su flema como para reducirla al espesor de miel fundida. Poned a disolver la mezcla al baño maría, destilad después a dicho baño, y después de eso a las cenizas. Reiterad estas reverberaciones, desecaciones, imbibiciones, digestiones, destilaciones y coagulaciones, hasta que la tierra sea de un solo y mismo color en todas sus partes, pues del color pardo avanzará siempre hacia el color rojo, y cuando haya pasado varias veces por esos colores, reverberadla fuertemente, y fijadla a las cenizas, después a la arena, como hemos dicho antes, y tendréis una quintaesencia.

Tercera vía – O vía muy corta para la separación de las heces

Tomad agua de lluvia putrefacta; destilad por el alambique su parte volátil espirituosa, ponedla aparte y marcadla *A*. Destilad después la parte flemática hasta un espesor de miel fundida, reservadla también aparte y marcadla con una *B*. Sacad del alambique lo que quedó de consistencia melosa, y ponedlo en una retorta a la arena; destiladle primeramente una flema grosera, después un vinagre, y después por grados el aceite. En el fondo quedará el *caput mortuum*.

Separad la flema grosera y el vinagre del aceite, por decantación con un embudo, y marcadlas con una *C*. Reservad el aceite aparte, y marcadlo *D*. Poned la flema y el ácido en un alambique bajo, al baño maría, con su capitel y recipiente; destilad, la flema pasará y el ácido quedará en el fondo. Añadid esta agua a la anterior marcada *B*. De esta manera tendréis todas las partes separadas. Ahora hay que rectificarlas.

Rectificad el espíritu volátil marcado *A* en una cucúrbita alta, volvedla tan sutil como queráis, y tendréis el espíritu volátil *A* rectificado. Tomad a continuación el vinagre marcado *C*, y destilad por la retorta dulcemente a las cenizas, por medio de lo cual también será rectificado. Para el aceite marcado *D*, hay que rectificarlo como sigue:

Sacad el *caput mortuum* de la retorta; tomad dos partes de él y tres del aceite; machacadlos juntos y poned la mezcla en una retorta; destilad a las cenizas y a la arena, y tendréis también un aceite rectificado.

Tomad después el *caput mortuum* y calcinadlo a fuego de llama abierta, hasta que esté reducido a cenizas, y lixiviadlas con su flema B. Filtrad, coagulad, y tendréis una sal parda. Haced enrojecer esa sal al fuego, disolvedla en su flema, filtrad y coagulad de nuevo; y continuad enrojeciendo, disolviendo, filtrando y coagulado hasta que se vuelva blanca como la nieve; de esta manera tendréis todas las partes rectificadas.

Conjunción

Tomad dos partes de sal, tres partes de vinagre y seis partes de espíritu volátil. Verted el espíritu volátil sobre su sal en un alambique, añadid el vinagre, adaptad el recipiente y el capitel, y destilad al baño maría hasta consistencia oleosa, poned el aceite en un lugar frío y formará cristales bellísimos y muy sutiles. Retirad esos cristales y hacedlos secar. Destilad de nuevo el líquido al baño maría, hasta la mitad o hasta consistencia oleosa, haced cristalizar, y reiterad hasta que no se formen más cristales. A continuación tomad todos esos cristales, hacedlos secar dulcemente al sol o a un pequeño calor de horno, y tendréis la quintaesencia del macrocosmo o del gran mundo. Servíos de ellos como lo juzguéis oportuno.

Si queréis hacer una piedra con ellos, tomad esos cristales desecados y encerradlos en un matraz después de haberlos pulverizado; poned a la arena y dad fuego por grados durante tres horas. Se fundirán como manteca, o cera, en una piedra sólida, sin dar ningún humo.

Si en esta piedra queréis coagular su aceite D y fijarlo, tomad dos partes de esta piedra y tres partes de aceite. Machacadlos juntos en un plato de vidrio, ponedlos en un matraz a pequeño calor de cenizas durante cuatro días y cuatro noches, y el aceite se volverá fijo. Añadid aún dos partes de aceite, fijad de nuevo, y reiterad hasta que todo el aceite sea fijado. Dad otra vez el fuego por grados, hasta que todo se funda junto en piedra, y vuestra obra estará acabada.

Esta última vía será seguramente del gusto de la mayoría de los Artistas, a causa de la separación de las heces, pero no le faltará, contra las otras dos, hacer varias objeciones, que es oportuno prevenir dando razón de algunas de mis operaciones. Yo diré entonces, con respecto a la primera vía, que la razón por la cual no hice en ella desflemación o rectificación es que me gusta la brevedad, sabiendo que la tierra más fija, tal como el carbón, no retiene la flema, sino únicamente sus partes esenciales, y como ellas son todas homogéneas, no me queda ninguna duda de que pueda haber nada heterogéneo. Yo sé también que, sea que haga las imbibiciones poco a poco o que vierta todo de una vez, la tierra no puede retener más de lo que le hace falta, y que ella deja separar lo superfluo de sí de buena gana. Por último, la razón por la que no reduzco el carbón a cenizas es que él encierra el azufre esencial embrionado y yo no quiero perderlo, no más que las otras partes.

Con respecto a la segunda vía, se me preguntará en qué lugar la Naturaleza opera como lo hago aquí. Yo respondo que en todas partes. ¿La Naturaleza no procede a la resolución de las cosas mediante su putrefacción? Lo vemos claramente en los vegetales; cuando un vegetal desecado y humectado por el agua de lluvia deviene flema, podredumbre y lodo, como los campesinos y jardineros experimentan sin cesar, con los grandes montones de abono que hacen de las ramas de abetos y otros árboles que, siendo humectados por la lluvia en los bosques, se vuelven finalmente una tierra o un lodo negro y graso (eso es en lo que consiste la calcinación natural). En esta tierra o en este lodo permanece oculta una sal esencial nitrosa, una grasa y un aceite que, por la calcinación cerrada, es quemada en carbón; pero en un fuego abierto la sal esencial deviene un álcali, y esto ocurre por la violencia de nuestro fuego.

Como la Naturaleza, principalmente en la superficie de la tierra, no emprende jamás una calcinación tan violenta, sino solamente una reverberación por el calor del sol, ella no quema la sal esencial; no hace más que reverberarla para volverla ávida de atraer a sí una humedad, es decir el rocío y la lluvia, de lo cual el vegetal extrae su crecimiento. No obstante, si es continuamente embebida, como los Artistas lo practican en sus vasos donde ellos embeben y retiran la humedad por destilación, el crecimiento vegetal es impedido y desciende a una naturaleza mineral; es decir que por las continuas imbibiciones, abstracciones y reverberaciones, se vuelve siempre más fija, más terrestre y más pedregosa, y eso es lo que demandamos. Esta naturaleza pedregosa no es sin embargo semejante a una piedra de la que se ha quitado enteramente el húmedo radical salino. Nosotros demandamos, para nuestra medicina, una naturaleza salina pedregosa, una salinidad balsámica, que sola pueda restaurar nuestro cuerpo por su fijeza y fogosidad, y preservarlo de la corrupción. Así yo tuve razón en decir que la segunda vía es la de la propia Naturaleza. Que el Artista que quiera seguir esta vía la tome como modelo; no se podrá extraviar.

Cap. VI – De las conclusiones que pueden sacarse del capítulo precedente

En el capítulo precedente he tratado de la destrucción, separación y regeneración de todas las cosas naturales en general, y en particular del agua caótica regenerada, de la cual todo nace y crece, a fin de que los Artistas tengan, en el trabajo de esta agua universal, un modelo para todas las especies y todos los individuos. Del mismo modo como he hecho la separación del agua caótica, hay que separar las partes fijas y volátiles de cada individuo animal, vegetal o mineral. Después hay que reunir las partes en el mismo orden en que han sido separadas, y hacer de ellas una quintaesencia.

La misma Naturaleza nos enseña todas las operaciones que debemos hacer, que son la putrefacción o solución, la destilación o rectificación, la conjunción, la coagulación, la fijación, la imbibición, la aumentación, la fermentación y la aplicación. La Naturaleza recorre todos esos mismos grados, así como hemos explicado en varios sitios de esta segunda parte y de la primera.

Cuando el Artista separa, debe siempre considerar las partes volátiles como las más elevadas, es decir el cielo y el aire, las heces como el agua y la tierra; y debe distinguirlas según los términos de la química en volátil, ácido y alcali; en mercurio, azufre y sal; en alma, espíritu y cuerpo; o dividirlos en cuatro elementos, como los aristotélicos: en fuego, aire, agua y tierra. No importa qué nombres le dé a estos principios, con tal que no los confunda y que los reúna en el orden conveniente para la coagulación, pues sin esto resultaría de ello un efecto contrario. Cuando haya separado su sujeto en tres o en cuatro partes por la destilación, podrá emprender mediante la rectificación una preparación más sutil y separar todavía cada una de ellas en sus grados, como enseñé en el capítulo precedente con el agua de lluvia; es decir en sutiles, más sutiles y sutilísimos. Podrá después proceder a la conjunción, a la coagulación y a la fijación, que no demandan, ni con mucho, tanto tiempo como la putrefacción y la solución o la separación; pues si comprende su utilidad una vez, podrá abreviar la obra, por sus propias especulaciones, más de lo que yo sabría describirle.

Debe considerar siempre las partes volátiles como una simiente volátil, y el vinagre o ácido como un médium o como una simiente semifija y semivolátil, o como la parte nitrosa en los universales; y en las especies como la sal esencial nitrosa disuelta. Es lo mismo con el aceite, pues el aceite es un ácido coagulado y concentrado, y el ácido es un aceite resuelto. En cuanto al carbón, debe considerarlo como la parte más fija y como un aceite concentrado y coagulado; y si es cambiado en cenizas o en sal alcali, debe considerarlo como una sal precipitada, alcalizada y fijada; pues el carbón puede reducirse, por un fuego de calcinación violento, a cenizas constantes al fuego.

Si se machaca juntos el aceite y el carbón, y se les destila la humedad en una cucúrbita alta a fuego de cenizas, el aceite se transforma en carbón. Si se impulsa fuertemente el fuego, el aceite se transforma en licor ácido por la destilación; y si se pone el carbón en un fuego abierto, se transforma en cenizas y sal, con disminución de su cantidad. Es preciso que un Artista conozca estos principios ante todo, pues si trabaja sin saber lo que es el volátil, el ácido o el carbón, las cenizas o el alcali, operará sin regla ni medida.

Se puede comprender entonces, mediante el capítulo precedente, el fin general de toda separación, coagulación y fijación. Que el lector medite largo tiempo antes de poner manos a la obra, y que imprima bien en su espíritu el procedimiento sobre el agua de lluvia, como su modelo. Le doy esta advertencia a fin de que si comete faltas y no tiene éxito, no me lo impute. Antes de pasar al análisis y a la quintaesencia de cada reino, añadiré todavía algunos preliminares importantes.

Cada cosa lleva en sí el principio de su disolución y su coagulación. Este principio es el espíritu implantado en ella que, como lo hemos dicho, tiene necesidad del agua para ser puesto en acción. Donde no hay agua, no hay putrefacción, y consecuentemente no hay separación que pueda separar lo sutil de lo espeso en nuestro Arte. Por eso, cuando queremos analizar un sujeto cualquiera, si no contiene bastante humedad como para destruirlo y pudrirlo, recurrimos al agua caótica regenerada, que simpatiza con todas las cosas de este mundo, como siendo su madre, y por ese medio despertamos el espíritu coagulado y adormecido, a fin de que, después de haber sufrido el tormento de la putrefacción y la separación, el sujeto alcance, mediante la coagulación y la fijación, la gloria inmortal de la quintaesencia.

Como el agua caótica regenerada, o el agua de lluvia, es primero volátil, y después deviene semifija y fija, es decir nitro y sal, debemos tomarla en su estado de volatilidad para ayudar a la disolución y putrefacción de los sujetos volátiles, tales como los animales y vegetales, porque es en ese estado que ella les es homogénea. Pero las piedras, los metales y los minerales no se dejan domar por esta agua volátil. Es preciso que tomemos el nitro y la sal, y que los reduzcamos a una misma naturaleza de la que los minerales se han originado; entonces las puertas del infierno se rompen y los habitantes se desatan.

En la primera parte, al tratar de la generación de los minerales, he dicho que se originan de un ácido resuelto, salino y espirituoso, es decir del nitro y de la sal que, en las entrañas de la tierra, se agrian por una fuerte fermentación y se elevan, por el calor central, en forma de espíritu y de vapor espirituoso, hasta las vísceras de las montañas, y procrean allí toda clase de minerales. Los espíritus de nitro y de sal son, entonces, homogéneos con todos los minerales. Por su medio los minerales son obligados a retrogradar, y su propia humedad ácida, mineral, coagulada y desecada es activada para actuar y para destruir su propio cuerpo. Así, devienen lo que eran al comienzo de su coagulación, es decir una sal especificada mineral espirituosa, un espíritu salino mineral metálico, o un vitriolo; éste, por retrogradación, deviene un espíritu; y este espíritu, por regeneración, un cuerpo glorificado, penetrante, medicinal balsámico, cada uno según su especie. Cuando han sido impulsados una vez hasta allí, entonces solamente pueden ser exaltados por la simiente universal volátil, o el agua caótica, o bien por los animales y por los vegetales, a una mayor y más agradable espiritualización; y se las puede hacer fijas o volátiles, vegetales o animales, o incluso universales, como se quiera, pues cada criatura debe necesariamente dejarse transformar en todas las otras, puesto que son nacidas de una misma materia.

Después de este preámbulo, emprendemos el análisis de los animales, y buscaremos en ellos la quintaesencia.

Cap. VII – Del análisis de los animales

Sin la putrefacción, ni en el reino animal ni en el vegetal se podría extraer mediante la separación o destilación más que un agua débil que retiene solamente el olor del vegetal o animal del cual se ha extraído. Por el contrario, todas sus fuerzas se desarrollan cuando se hace preceder la putrefacción. Se puede entonces sacar, del reino animal su sal volátil orinosa, y del reino vegetal su espíritu ardiente volátil.

Debemos, entonces, comenzar el análisis de un sujeto cualquiera, animal o vegetal, por la putrefacción. Haremos después la destilación, la rectificación, la conjunción, la coagulación, la copulación y la fijación. Es por estos grados de preparación, marcados por la Naturaleza misma, que exaltaremos el sujeto a la perfección de la quintaesencia. Pero como para hacer una medicina se puede tomar tanto cada uno de los individuos de este vasto universo como un sujeto universal; lo mismo se hace una, no solamente del cuerpo entero de un individuo, sino aún de cada parte separada, como la sangre, la orina, el excremento, los huesos, la piel, los cabellos y los cuernos. Enseñaremos la manera de analizar todas estas partes conjunta o separadamente, de reunir las después y de hacer una quintaesencia de ellas. Comenzaremos por los líquidos, y seguiremos por los sólidos.

El análisis del reino animal es el más desagradable, a causa del hedor que exhala en la putrefacción, a causa de su sal penetrante y volátil. Yo, no obstante, aconsejo no trabajar con la sangre, sobre todo si todavía está caliente y recientemente sacada del animal; pues me ha ocurrido que al querer destilar las partes más fijas por la retorta, tanto de la sangre humana como de la de animales, me ha aparecido en el recipiente la figura monstruosa o el espíritu representante del animal sobre el que trabajaba, y la sangre humana ha hecho, en la retorta, un ruido como si hubiera un fantasma, lo que es muy pavoroso. Esto sin embargo no ocurre siempre. Si dejáis pudrir la carne y la sangre, da un hedor insoportable. Es mejor tomar los excrementos si se puede, como la orina y las heces, que son lo que hay de mejor y que contienen toda la fuerza del animal; después de esto las uñas, los cabellos, las escamas, etc. Sin embargo, no omitimos ninguna parte, a fin de que los Artistas no tengan nada que desear.

Tomad, de un animal, el jugo o la orina y todo lo líquido, sólo una de esas cosas o todas juntas; pues, aunque una sea más volátil o más fija que la otra, son de la misma naturaleza, puesto que provienen de un mismo sujeto. Ponedlas en un vaso que cubriréis y pondréis en un sitio tibio, para que se pudran. Si queréis evitar el hedor, podéis ponerlas en un alambique, con su capitel y su recipiente bien sellados, que pondréis al baño maría de primer grado. Dejadlas allí al menos catorce días y catorce noches. Después destilad al baño maría, por grados, todo lo que pase, y conservadlo. Si lo queréis rectificar, podéis hacerlo. Separadle la flema, y tendréis un espíritu y una sal volátil orinosa muy penetrante. El ácido no sube por el alambique al baño maría; por eso poned la materia restante a la arena en una retorta, y destilad todavía por grados lentos. Pasará en primer lugar una flema; ésta será seguida de un licor muy picante sobre la lengua que es el ácido animal; después de esto subirá un aceite espeso; y por último quedará en el fondo una materia quemada en carbón, que es la parte alcalina.

Habéis separado entonces el volátil, el ácido, el aceite y el carbón alcalino. Esas cosas son las que forman la sustancia intrínseca del animal, las partes de las que se compone. Si queréis reducirlas a uno de nuevo, hay que poner atención al axioma de los Filósofos: *Non transire posse de uno extremo ad alterum, absque medio*.

El espíritu volátil y el carbón son los dos extremos, no se unirán jamás sin su naturaleza mediana; y su naturaleza mediana es el agua o la flema, el ácido y el aceite; y éstos no se unirán tampoco si no se los pone en un orden inverso, o lo harán tan lentamente que la pena y el trabajo os fastidiarán. Hay que conjuntarlos en el mismo orden en que han sido separados;

entonces se unirán muy fácilmente y se coagularán juntos prontamente, por un grado de fuego conveniente.

Si rectificáis esas partes, en verdad las volveréis más sutiles, pero no mejores ni de más fácil conjunción. ¿Queréis trabajar prontamente? Tomad el volátil con su flema, o separadla la flema si queréis; vertedlo sobre el ácido o azoth, y ambos serán conjuntados. Tomad después el aceite; moledlo con el carbón o la cabeza muerta, y verted arriba el volátil y el vinagre. Hacedlos digerir juntos dulcemente al baño maría dos días y dos noches, y después destilad por grados lentos. El espíritu volátil subirá muy débil con la flema, y la mayor parte del volátil y del ácido quedará en el fondo. Retiradlos del baño maría, ponedlos a las cenizas, coagulad y reverberad, como se dice en el capítulo quinto. Cuando los hayáis reverberado, embebed de nuevo con su volátil destilado, haced digerir al baño maría, destilad, coagulad y desecad a las cenizas, y después fijad, de la misma manera que hemos enseñado con el agua de lluvia, pues es preciso que las cosas se hagan aquí en el mismo orden; entonces la quintaesencia será perfecta.

Alguno podrá preguntarme porqué digo “*Dejad la flema con el volátil, o separadla*”. Si no sirve a nada bueno ¿por qué dejarla?; si es útil ¿por qué separarla?

Yo respondo que es indiferente dejarla o separarla, porque aunque quede, sin embargo la parte esencial fijativa no la toma en sí, y la deja separar siempre por la destilación; pero no hay que concluir de ello que la flema es buena para nada. Tened en cuenta, como lo he dicho antes, que es una simiente no madura y no salina todavía, y en consecuencia es un instrumento y vehículo del espíritu universal, tanto activo como pasivo, por cuyo medio ese espíritu coagulado y adormecido forja todo en un cuerpo, o lo ha forjado, y lo cambia todo, o lo ha cambiado, pues tanto tiempo como la flema esté unida a él, excita siempre al espíritu a operar y a efectuar continuos cambios.

Para confirmar esto, tomad la quintaesencia de un animal sobre el que toda su sal volátil esté concentrada y coagulada; ponedla en un alambique y verted encima su propia flema. Llenad el alambique hasta arriba, ponedlo en un lugar cálido, y veréis en él un juego admirable, pues el espíritu representará la figura del animal tal como era cuando todavía estaba vivo; si ponéis esa flema al frío, se disipará al momento.

No hay que despreciar la flema entonces; está llena e impregnada, por todas partes, del espíritu y la fuerza espirituosa de su sujeto, de la misma manera que lo están todas las aguas destiladas de los boticarios. Cuando yo tomo interiormente la quintaesencia, prefiero esta flema que le ha sido separada a todo otro vehículo. Esta flema es también buenísima para poner a pudrir un sujeto nuevo, en lugar de servirse de otras especies extrañas como el agua de lluvia, de manantial, etc., aunque sin embargo el agua de lluvia y de manantial sean igualmente homogéneas. Esto es suficiente en cuanto a las partes líquidas de los animales. Ahora operaremos sobre las partes secas y más secas.

Tomad la carne, huesos, cuernos, cabellos, uñas, piel; en una palabra las partes sólidas de un animal, todas juntas o solamente una de ellas. Reducidlas a parcelas tan menudas como podáis; ponedlas en un alambique, y verted sangre u orina, o los jugos podridos del animal, y a falta de eso, agua de lluvia podrida, o bien la orina del microcosmo, es decir del hombre, que es el centro de todo el reino animal en el que todas las virtudes están reunidas, así como en el vino están reunidas todas las virtudes de los demás vegetales, y en el oro y su guhr vitriólico todas las virtudes minerales. Verted, digo, una de esas cosas sobre vuestro sujeto reducido a partes menudas. Ponedlo al baño maría, o al vapor, o al estiércol de caballo. Hacedlo pudrir; separad después todas las partes, al baño maría, después a las cenizas, por el alambique y por la retorta; rectificad, si queréis, cada parte, como he enseñado antes; a continuación unid, coagulad, fijad, y proceded en todo como ya he dicho.

Como los pelos de un animal son de una naturaleza casi toda grasa y coagulada y una grasa oleaginosa, y siendo que la mayoría de las cosas oleaginosas son balsámicas y entran en putrefacción muy difícil y lentamente, lo mismo que los huesos y los cuernos, un aficionado podría tener temor de emprender operaciones tan fastidiosas. Pero yo le enseñaré dos manipulaciones por las que podrá alcanzar prontamente su fin.

Después que hayáis cortado, raspado y limado los pelos, huesos, cuernos, uñas, etc., cocedlos con la propia orina del animal del que los habéis sacado, o con la orina del hombre, o con agua de lluvia podrida, o con agua salada, hasta que estén reducidos a jalea, lo que se hace en más o menos dos o tres veces veinticuatro horas, según su coagulación sea dura o blanda. Añadid a esta jalea una cantidad suficiente de agua u orina podrida para que solamente tenga la consistencia de miel clara fundida, y no tardará en pudrirse. Cuando huelga muy mal, hay que hacer la separación y la conjunción; es decir que hay que destilar sus partes volátiles por el alambique, y sus partes más fijas por la retorta, a la arena y a las cenizas, rectificarlas y después conjuntarlas y fijarlas.

La segunda manipulación no proporciona tanta sustancia como la putrefacción. Sin embargo no deja de ser satisfactoria. Tomad los cuernos, los huesos, los cabellos y la piel; reducidos a partes muy menudas, ponedlos en una retorta con su recipiente, y destilad lentamente por grados lo que pase. Cuando hayáis hecho la separación de sus principios, conjuntadlos en el mismo orden en que han sido separados. Por este medio no encontraréis volátil, sino solamente una flema grosera, un ácido y un aceite, y el carbón; pues en las partes tan duras y desecadas una parte del volátil se ha evaporado, y la otra se ha transmutado en ácido o vinagre animal.

Es en esto que consiste la separación y la conjunción del Arte, sin separación de heces, en las que todas las partes, excepto el agua *recolaceum* o la flema, han sido concentradas y fijadas.

Es preciso que advierta aquí al lector que si yo repito con frecuencia una misma cosa, no debe imaginarse que eso sea superfluo. Lo hago a fin de que, por cada palabra en particular, pueda penetrar más adelante en la Naturaleza. Varios dirán que quiero seguir siempre a la Naturaleza, y que sin embargo indico algunas vías violentas que le son contrarias. Pero yo añado siempre la vía de la Naturaleza, que no destruye ninguna cosa, o lo hace muy raramente, al punto de quemarla y reducirla a carbón. Ahora bien, es necesario que un Artista considere la meta de la Naturaleza y del Arte. La Naturaleza no trata de destruir un cuerpo vegetal o animal al último grado, porque le basta resolverlo a un jugo mucilaginoso esencial, no teniendo todavía el poder de hacer un cuerpo quintaesenciado, de una consistencia glorificada y que es en sí incorruptible, como lo puede hacer el Arte, y como lo son todos los cuerpos de vidrio que son incluso más durables que el oro y la plata. Pues jamás se oirá decir, o muy raramente, que el vidrio y las piedras preciosas se corrompan, a menos que el Artista las destruya a propósito, y las reduzca a su primera materia. Pero por las vías naturales esto no ocurrirá fácilmente. Por el contrario, vemos en las minas que el oro y la plata han sido despertados y destruidos por los vapores arsenicales, hasta el punto de no dejar tras ellos más que una flor estéril, y una piedra en forma de electro.

Yo enseñaré aquí todavía dos vías, de las cuales una es la de la propia Naturaleza, y la otra es la del Arte, por las que cada uno podrá ilustrarse por sí mismo y elegir la que más le plazca. La Naturaleza opera como sigue.

Ella ablanda los animales muertos y las plantas tiernas por el rocío y la lluvia, o por otras aguas y humedades, y las hace caer en putrefacción. Después ella destila las partes volátiles una tras otra, en el aire, por el calor del sol y el calor central; pero ella no podría elevar el aceite, el ácido, etc., mediante este calor débil. Los residuos hoy son llamados, en las boticas

ordinarias, sal esencial o vegetal, y yo los llamo un vitriolo animal o vegetal, puesto que se cristaliza del mismo modo, y contiene una tierra que se puede precipitar. Esa sal o vitriolo en la destilación da un espíritu algo ácido, cuya acritud es de gusto mineral, es decir de una acidez vitriólica que es seguida de un aceite espeso, después viene el carbón. La Naturaleza no separa esas tres cosas en el reino vegetal y animal, y en el reino mineral. Ella los fija todavía más y los concentra, de lo que devienen siempre más mordientes y corrosivos, como puede verse con el espíritu y aceite de vitriolo.

Después que la Naturaleza ha reducido así los animales y vegetales a sal esencial o vitriolo, los embebe siempre y continuamente con las partes volátiles, es decir la lluvia, el rocío, etc. El Artista puede hacer una operación parecida, haciendo de los animales una sustancia de sal esencial, o una jalea, y destilándola después con el espíritu volátil del mismo animal, embebiéndola con este espíritu, coagulándola y fijándola después, por reiteración, en quintaesencia. Si no hubiera volátil de ese animal, sólo habría que tomar el espíritu volátil de la orina humana, o el del agua de lluvia, del rocío, etc. Cuando la Naturaleza embebe con frecuencia la sal esencial, crece en altura, en el aire, y de ella se hace una planta o un árbol, mientras que el Artista de ella hace la quintaesencia, a lo que la Naturaleza no tiende. Para hacer la cosa más clara, añadiré aquí el procedimiento.

Tomad un animal (lo mismo debe entenderse de los vegetales), reducidlo a jalea, por su propio volátil, por el del hombre, o por el agua de lluvia podrida; dejadlos fermentar y pudrir juntos. Verted después lo que está claro, filtradlo y destiladle todo el volátil al baño maría, hasta la tercera parte o hasta el aceite. Poned aparte el volátil. Sacad el aceite o el licor que resta, y ponedlo en lugar frío para que se cristalice o se espese como una jalea: esto es lo que es la sal esencial animal, o el vitriolo animal. Tomad después esos cristales o esa jalea, y ponedlos a un dulce fuego de cenizas, para desecarlos y coagularlos, sin embargo sin quemarlos a carbón.: es aquí donde finaliza la Naturaleza, y el Arte comienza. Dejad enfriar y verted encima su volátil hasta que sobrenade dos, tres, o a lo sumo cuatro dedos. Digerid de nuevo al baño maría; destilad y dejad subir lo que pase al baño maría; que nada se queme a carbón o cenizas; y cuando nada quiera pasar al baño maría, poned a las cenizas, coagulad hasta sequedad, y reverberadlo algo fuertemente: Retiradlo después, reducidlo a polvo y embebedlo de nuevo con su volátil. Destilad de nuevo al baño maría, coagulad a fuego de cenizas; y reiterad esas imbibiciones, coagulaciones, reverberaciones y fijaciones hasta que haya pasado por todos los colores, como hemos dicho más arriba, y tendréis la quintaesencia.

De esta manera el volátil se fija, como debe ser, y finalmente no subirá más que una flema insípida que ha dejado atrás todas las partes esenciales concentradas, que no son más que una naturaleza animal fija, puesto que resisten a todo fuego. Ésa es la vía más simple y la más conforme a la de la Naturaleza. La segunda es de la última pureza, y no sufre ningunas heces (tal como los químicos se las imaginan), sino que es una quintaesencia purificada. Hela aquí.

Después que hayáis separado las partes volátiles, ácidas y oleaginosas de un animal o de un vegetal, rectificad y separad el volátil y el ácido de toda flema, lo mejor que podáis y como lo enseñan casi todos los autores. Tomad después el aceite, machacadlo bien con dos partes de carbón y destiladlo igualmente por la retorta, a las cenizas y a la arena; o, si no os preocupa la oleosidad, machacad el aceite con su carbón, y ponedlos sobre una gavilla en un horno de panadero o pastelero, a fin de que las llamas que reverberan de arriba sobre el carbón y el aceite lo reduzcan a cenizas o a sal. Sin embargo hay que tener cuidado de poner la gavilla en un lugar donde no pueda caer madera o carbón adentro, y no obstante donde la llama pueda reverberar. Después que sean reducidos a cenizas, lixiviadlos con su propia flema, filtrad y coagulad y tendréis la sal álcali. Ponedla de nuevo sobre una gavilla, y hacedla aún reverberar y enrojecer en el mismo horno, después resolvedla en su flema o en agua de lluvia. Destilad,

filtrad, coagulad, reiterad esas reverberaciones, igniciones, soluciones, filtraciones y coagulaciones hasta que la sal sea bellísima, clara y blanca. De esta manera las tres partes, es decir el volátil, el ácido y el álcali, serán grandemente purificados. Después de esto hay que hacer la conjunción.

La mayoría de los Artistas acostumbrar reverberar bajo la mufla con fuego de carbón, pero yo recomiendo la reverberación a fuego de llama, que penetra mucho más fuertemente, y más prontamente que el del carbón, porque la llama contiene en ella un volátil purísimo, clarísimo y muy penetrante, mientras que el carbón encierra en sí un ácido fortísimo y corrosivo. No obstante cada uno es libre de servirse del que quiera; en cuanto a mí, yo estimo mejor el fuego de llama, porque lo he aprendido por experiencia.

Tomad dos partes del álcali rectificado, poned en un alambique, verted encima cuatro partes de su volátil y añadid después tres partes de su ácido. Se unirán y se fijarán al instante, e incluso fluirán constantemente juntos al fuego, como un aceite incombustible, y al aire se fijarán como el hielo. No hay más que ponerlos con el capitel y el recipiente al baño maría, y sacarle la flema hasta la oleosidad. Poned esa flema al frío, y la quintaesencia se coagulará en cristales. Retiradlos y extraed de nuevo la flema hasta la oleosidad, o haced evaporar hasta la película, haced cristalizar de nuevo, y continuad esta operación hasta que no se formen más cristales. Es entonces que tendréis la quintaesencia. Hacedla secar dulcemente, ponedla en un pequeño matraz, a la arena, dad el fuego por cuatro grados, y se fundirá en piedra, lo que podréis ver haciendo entrar una vela por la punta del horno, pues permanecerá como un aceite y, cuando el fuego se apague, será piedra. Romped el matraz, sacad la quintaesencia, y guardadla en una caja de madera, en la que podréis llevarla seca por toda la tierra. Cuando queráis serviros de ella, sacad algunos granos y haced venir una agua apropiada de la primera botica, o ponedla en vino; allí se fundirá como azúcar o hielo, hacedla ingerir y considerad sus virtudes.

Aunque hayáis separado con extremo cuidado la flema o el agua *recolaceum* de todas las partes, no obstante en la coagulación se encontrará más flema que quintaesencia. Veréis también en esta operación con qué rapidez las partes homogéneas se unen, se coagulan, se abrazan, y se sostienen juntas tan fuertemente que antes de separarse una de otra más bien atravesarán el crisol o el vidrio por el fondo, tanto se fijan prontamente. Y aún cuando, por adición, se las hiciera pasar, volátiles, por la retorta, ellas participan siempre una de las cualidades de la otra, y no se las sabría distinguir.

He enseñado al artista toda clase de prácticas y de métodos para concentrar la sustancia entera de cada cosa (con excepción solamente del agua *recolaceum* o la flema), y reducirla a forma seca, fija y fusible. Puede llevarla consigo por toda la tierra. Un solo grano opera más poderosamente que muchas pintas de agua destilada ordinaria.

Pero se me podrá preguntar porqué quemo el aceite, que sin embargo es una parte esencial. Yo lo hago a propósito, a fin de acelerar mi operación, y a fin de que el Artista conozca que el Arte reduce el aceite a sal, y que la sal o álcali es un aceite fijo invertido; lo que se ve también por su tintura, cuando se lo vierte encima de su ácido y su volátil, puesto que entonces toma, o una rojez de rubí, o un color amarillo como el oro, o alguna otra tintura de diferentes colores. Pero si se quiere conservar el aceite y tomar el fijo únicamente del carbón reducido a cenizas, se lo puede hacer. Y cuando la quintaesencia es fundida en piedra, se puede entonces añadir el aceite, mezclarlo con la piedra, después verter encima las flemas que le han sido destiladas, hacerlos cocer juntos al baño maría, destilarlos por grados lentos hasta la sequedad, después coagularlos y fijar a las cenizas y a la arena, y fundirlos en piedra, como he enseñado anteriormente al tratar del agua de lluvia.

Alguno podrá todavía lamentarse y decir “*Sí, este método sería bueno si se pudiera hacer en cantidad, y sería todavía mejor si los pobres, tanto como los ricos, pudieran servirse de él y los boticarios pudieran darlo barato*”

Esto es fácil. Que el boticario tome tres cestas llenas de una hierba, o bien que tome la orina, la sangre o la carne de un animal, y los ponga a pudrir en un gran alambique. Que después tome del mismo animal los huesos, los cuernos, las uñas, el pelo, etc., y mientras las partes líquidas o blandas se pudren, que ponga la mitad de esas partes secas, reducidas a parcelas bien menudas, en una retorta, y que les destile el ácido y el aceite, hasta (que quede) el carbón. Por este medio tendrá el ácido, el aceite y el carbón en cantidad. Que ponga la otra mitad de las partes secas en un pote, en un horno de alfarero a fuego abierto, y que saque después de las cenizas, por lixiviación, toda la sal fija que pueda. Que destile de las partes líquidas que estaban en putrefacción un volátil en cantidad, y no le quedará más por hacer que conjuntarlas y coagularlas, para tener mucha quintaesencia, que podrá vender muy barato.

Sin embargo debo hacer observar aquí que los animales no dan mucha sal fija, sino mucha tierra vacía de sal. ¿A qué se recurrirá para tener sal fija en cantidad a fin de fijar las partes volátiles? Hay que recurrir a los sitios donde la propia Naturaleza fabrica mucho álcali universal. Este álcali universal es homogéneo a todas las criaturas. ¿No se encuentran montañas todas enteras de sal? Y esa sal común de cocina ¿no es el mejor bálsamo para todos los animales, y principalmente para el hombre? Es facilísimo especificarlas sobre cada sujeto que se quiere convertir en quintaesencia, tomando las partes secas del animal que se quiere calcinar y añadiéndoles, después de reducir las a partes menudas, la cuarta o la tercera parte de sal común. De esta manera la sal se quema y se especifica con ellas, y se vuelve un álcali animal específico. Así, un Artista no tendrá que lamentarse de que no puede separar en cantidad todas las cosas. El boticario podría llenar su botica de quintaesencias que, cuando tuviera mucho de ellas, no se volverían rancias ni se arruinarían como sus aguas, aceites y unguentos, y podría venderlas a muy bajo precio. Pues no las vendería por libras, por onzas y medias onzas, sino por granos y escrúpulos, porque éstas obrarían en pequeñas dosis. Podría hacerlas en mucho menos tiempo del que emplea para hacer sus aguas y aceites, y sacaría de ellas el mismo provecho e incluso más.

Con las hierbas será más fácil todavía, como lo enseñaremos en el capítulo siguiente. Tomará una hierba en cantidad, por ejemplo tres cestas llenas. Hará fermentar y pudrir una de ellas; y las otras dos las hará secar dulcemente a la sombra. Cuando estén bien secas, quemará una de ellas hasta las cenizas en un horno de panadero o alfarero. De la otra, destilará el vinagre y el aceite; y de la que está podrida destilará el volátil. De las cenizas sacará la sal, y después de la rectificación, los conjuntará, y de esta manera tendrá la quintaesencia en cantidad.

Por lo que hemos dicho, el Artista verá, por poca atención que ponga, que la Naturaleza se deja unir y separar por los medios, en un bellissimo orden. Ella misma manifiesta esos medios, y pone el vinagre entre el volátil y el álcali. Este vinagre puede encontrarse en todos los sujetos, y sin él, no se podría hacer ninguna conjunción durable. Pues no es fijo ni volátil, sino mediano, un verdadero hermafrodita, y un Jano que tiene la mirada adelante y atrás. Si es unido al volátil, le es agradable; y parecidamente al álcali. Con el volátil, se vuelve volátil; y con el fijo se vuelve fijo. Ningún autor ha explicado este punto. Es un grandísimo secreto, y espero que más de un lector me agradecerá haberlo publicado.

Después de haber completado el análisis de los animales, nos volveremos, según el orden, hacia el reino hermafrodita de los vegetales, cuya cabeza toca el reino animal, y su raíz el reino mineral; para manifestar sus partes más interiores, comencemos.

Cap. VIII – Del análisis de los vegetales

Este reino, con respecto a la separación y la coagulación, es semejante al reino animal, y solamente difiere un poco de él por la cantidad de sus principios. Pues el reino animal tiene su sal fétida orinosa, y el reino vegetal tiene su espíritu fétido ardiente, aunque muchos bebedores de agua de vida lo encuentran tan agradable como el ámbar. Los sujetos de este reino difieren también entre ellos, como los del reino animal. Pues hay sujetos blandos y succulentos, tales como las hojas, raíces, jugo, fruto, goma, resina, aceite, semilla; y sujetos duros y secos tales como tallos, raíces, madera y semillas. Enseñaremos la manera de proceder con unos y otros.

Tomad todo lo que es succulento y verde: machacad y aplastad lo mejor que podáis. Si por su propia naturaleza no tuviera suficiente jugo, verted agua de lluvia podrida, vino y agua salada, en cantidad necesaria para reducirlo a un caldo claro; o, si preferís, exprimid el jugo y dejadlo fermentar como el vino, o como la sidra y la sidra de pera que hacen los campesinos, pues cada sujeto blando y succulento puede ser tratado así, lo mismo que las partes duras cuando son menudamente cortadas y se les añade humedad en cantidad suficiente. Si queréis dejar juntas las hierbas reducidas a caldo, ponedlas en un recipiente de madera en un lugar tibio y dejadlas macerar así, alrededor de quince días o tres semanas, hasta que tengan un olor algo agrio o podrido. Entonces ponedlas en un alambique y destilad dulcemente el volátil con su flema sutil. Sacad los residuos, hacedlos secar bien, ponedlos en una retorta a la arena, y destilad por grados; tendréis entonces una flema grosera, después un vinagre, después un aceite espeso, y en el fondo quedará una masa quemada en carbón.

De esta manera el vegetal estará separado. Sin embargo, hay que tener en cuenta que, como los vegetales no son iguales unos a otros, también contienen más o menos de diferentes principios, pues unos contienen mucho volátil, y los otros más vinagre, según hayan especificado en ellos más simiente universal, y la hayan coagulado y fijado. Su virtud y su fuerza están también repartidas según esos principios, y hay que estimarlos y aplicarlos en proporción.

Una hierba odorífera que tiene mucho volátil, tiene la fuerza de restaurar y sanar el espíritu volátil animal, e incluso el metal, aunque sin embargo eso no depende siempre del buen olor exterior, sino mucho más del interior que, destilado por el arqueo, restaura y sana muy prontamente los miembros afligidos. Si una hierba tiene mucho ácido, está especificada para sanar las partes más sólidas, tales como los músculos, los tendones, los huesos, los cartílagos, etc. Es lo mismo con el aceite; cuanto más espesas son las partes esenciales, tanto más confortan las partes más espesas y coaguladas del cuerpo, o las destruyen, según como son aplicadas.

Cada médico sabe que una cosa volátil nunca puede servir de alimento a los huesos fijos, ni penetrar en ellos, pues cuando una sustancia tan volátil entra en el cuerpo, es impulsada inmediatamente por el calor interno a todos los miembros, y finalmente sale por los poros de la piel en forma de vapor o sudor. Un ácido no se disipa tan fácilmente, ellos se conducen por las orinas o por las deposiciones, o procuran más frecuentemente un sudor grosero. ¿No se ve que cuando se hace respirar un buen olor a una persona extremadamente melancólica, ella siente al momento un alivio y una restauración de su corazón afligido? Aunque este alivio provocado por un olor pasajero no sea de larga duración, sobre todo si su aflicción proviene de algún crimen enorme que pueda haber cometido, o si está atormentada por el número de sus deudas o por una mala fortuna; ella reconocerá, no obstante, que ese olor era agradable a su corazón y a su espíritu. Si por el contrario, por malicia se le da a oler alguna cosa de mal olor, al momento se volverá más triste, más enfermo, más afligido y más colérico. Igualmente,

un espíritu cálido de una hierba o un animal, calienta un frío melancólico; y un espíritu frío narcótico o anodino, refresca un bilioso.

Cuando el vegetal es así separado, la conjunción se hace de la misma forma y en el mismo orden que hemos enseñado al tratar del agua de lluvia o del reino animal. Se puede operar igualmente sobre todas las cosas, según las vías, procedimientos y métodos que hemos indicado antes. Para evitar la extensión, no las repetiremos aquí.

Sin embargo es preciso que yo obsequie todavía una manipulación a los aficionados a la química. Numerosos quimistas se han atormentado para encontrar la sal volátil de un vegetal, sin conseguirlo, aunque la cosa sea facilísima. Pues si dejáis macerar y pudrir una hierba hasta que se formen gusanos, lo que ocurrirá pronto, cuando veáis ese signo, no tenéis más que destilar al baño maría en un alambique alto; subirá un espíritu animal orinoso, y la sal volátil se adherirá al capitel, lo que es una prueba evidente de que el vegetal devino animal, y que el reino animal está todo lleno de sal volátil. Que el lector advierta bien esto; encontrará, mediante sus especulaciones, muchas otras cosas, que para buscar y encontrar hubiera atormentado su espíritu largo tiempo, e inútilmente.

En lo tocante a los vegetales más duros como hierbas y raíces leñosas, madera, etc., se las trata como las partes óseas de los animales. Se las raspa, lima, muele y machaca en partes menudas, lo mejor que se puede. Se vierte encima agua podrida, vino, agua salada o nitrosa, se las hace macerar o cocer hasta que se vuelven blandas y como cocidas; después se las hace pudrir o bien, se las destila en una retorta, como enseñamos respecto de los animales; y cuando están separadas, se las conjunta. Cuando la madera es destilada sin haber sido podrida, no da volátil.

A riesgo de sorprender al lector, le diré todavía que el agua de lluvia, nieve, etc., es un volátil homogéneo con todos los individuos del mundo entero, y que puede servirse de ella para todas las cosas que no lo tienen. Igualmente, si trabaja sobre un sujeto que no tiene bastante de ácido o de álcali, no tiene más que tomar el salitre y su espíritu; y el álcali lo reemplaza por la sal y su espíritu alcalino. Pero si piensa que el nitro o la sal sea demasiado fuerte o corrosivo, no tiene más que separar del agua de lluvia, mediante la destilación, todo su volátil y su flema, y destilar los residuos; después de la reverberación, encontrará el álcali. De esta manera se procurará todo lo que puede necesitar.

Un Artista debe bien advertir que un sujeto universal se especifica en todos los individuos. Por ejemplo, suponiendo que yo no tuviera ningún volátil, sino solamente un vinagre, un aceite y un álcali, no tengo más que añadir el volátil del agua de lluvia. Se especificará con los otros principios y tomará la misma cualidad y especificación del ácido al que ha sido añadido, pues el axioma dice: *A potiori fit denominatio*. El ácido, el aceite y el álcali están en mayor cantidad, y en consecuencia pueden fácilmente domesticar al volátil, y convertirlo a su naturaleza.

Cada uno puede ver que los sujetos universales como la lluvia, el rocío, la nieve, etc., apenas han nacido se especifican; que al caer, se unen a las criaturas animales, vegetales y minerales, y se transforman en ellas. No hay más que cocer un animal, un vegetal o un mineral con el salitre y la sal, sea en forma líquida o seca, y pronto se verá el nitro y la sal participar de su cualidad.

Sin embargo no es necesario recurrir a los universales; puesto que Dios ha dado a cada reino un sujeto principal, que generalmente encierra en sí todos los sujetos o individuos del mismo reino, y cuyos principios pueden reemplazar a los que faltan, o tomar el lugar del propio volátil, ácido y álcali. Tales son, en el reino animal, el hombre y la mujer con todas sus partes, orina, excremento, carne, piel, huesos, etc. En el reino vegetal el vino y el trigo. En el reino mineral, el salitre y la sal.

Alguno podrá tener aún un pequeño escrúpulo en la separación de los reinos animal y vegetal: que en la destilación de los animales y vegetales al baño maría pasa por el alambique un aceite sutil junto con el espíritu volátil, y que yo no lo he mencionado.

Pero yo he dicho antes que cuanto más abierta y sutilizada es una cosa, más volátil se vuelve. ¿Qué es un espíritu ardiente, sino un aceite extremadamente extendido, o un salitre extremadamente volatilizado, y resuelto en una simiente de nitro ardiente? ¿No he probado hasta el cansancio que el volátil y el fijo, el ácido y el álcali, no son para nada distintos en razón de su esencia, sino solamente por sus accidentes, según uno u otro hayan sido vueltos más volátiles o más fijos? Es en relación a esas formas accidentales que le damos una denominación distinta, y no respecto a su materia, en razón de la cual todos son una misma cosa y universales.

No se debe tener ningún escrúpulo sobre esto. Aún cuando el aceite volátil subiera desde el comienzo, no hay más que arrojarlo de nuevo sobre la parte fija en la conjunción, para rectificarlo por su medio y para coagularlo. Escrúpulos de esta naturaleza han impedido a más de un artista penetrar hasta el centro, porque se imaginaron que era preciso que eso fuera un heterogéneo, o una parte rechazada por la propia Naturaleza.

De esta manera rechazaron lo mejor y guardaron en sus manos el lodo, como hacen los destiladores de agua de vida, que retienen el espíritu de vino y las partes restantes, que son las mejores y están en mayor cantidad, se las dan a comer a los cerdos. Pero yo os digo que todo lo que la Naturaleza ha compuesto, veneno o triaca, es bueno; pues el artista puede siempre hacer del veneno una triaca; no se trata más que de madurarlo y fijarlo.

Todo el mundo sabe que los venenos minerales, vegetales o animales, son casi siempre volátiles, crudos e inmaduros; y que cuando se los fija, ya no son venenos sino un antídoto y un preservativo contra el veneno. En consecuencia, si la Naturaleza ha comenzado algo y lo ha dejado imperfecto, es necesario que el hombre acabe de perfeccionarlo, para tener ocasión de contemplar y admirar las obras de Dios que son tan diversas y maravillosas, y para agradecerle que le haya dado la facultad de conocerlas y de elevarse mediante ellas hasta su autor.

Finalizamos así este capítulo, y nos volvemos hacia el reino mineral, que es el principal objeto de las búsquedas de los químicos.

Cap. IX – Del análisis de los minerales

Este reino es, según la apariencia exterior, totalmente diferente de los reinos animal y vegetal, aunque interiormente sean la misma cosa. Toda su diferencia consiste solamente en que los minerales son fermentados, digeridos, coagulados y fijados más fuertemente y durante más tiempo, y que al haber expulsado fuera de ellos el agua *recolaceum* o la humedad superflua, con la simiente volátil y los espíritus volátiles, por un grado de calor más fuerte, son de una naturaleza más seca y pedregosa.

Los vegetales y animales nacen de la simiente volátil universal. Por esta misma simiente volátil, son reducidos y regenerados a su primera materia. Pero los minerales se originan de las partes más fijas del espíritu universal, es decir del salitre y de la sal, y especialmente de los vapores espirituosos corrosivos de ambos, fuertemente fermentados; en una palabra, de los espíritus de nitro y de sal mezclados, que atacan con violencia la tierra transformada en piedra, la corroen, la resuelven, y hacen de ella un guhr vitriólico o aluminoso.

Así como los minerales nacen del esperma espiritual más fijo y espirituoso, es preciso también que cada uno se resuelva y reduzca, por la simiente o por el espíritu de nitro o de sal, cada uno según su grado, a una sal esencial o vitriolo, y éste a vapores o a un agua corrosiva, según el axioma: *Ex quo aliquid fit, in illud rursus resolvitur; et per quod aliquid fit, per illud ipsum resolvi necesse est.*

También este reino tiene, como los otros, sujetos más o menos fijos; es decir, un vitriolo, un alumbre, un azufre volátil y fijo, un arsénico, una marcasita y la piedra metálica, etc. Por esta razón, también hay que conformar el grado de disolución al grado de fijación, y a fin de no confundirse, hay que tomar los sujetos tal como la Naturaleza los da, y que todavía no hayan sido trabajados por el arte; pues aquellos que han pasado por la mano del hombre están muy alterados por el fuego, por toda clase de adiciones, y por la disminución de la cosa que se emplea para hacer retrogradar esos sujetos a su primer origen.

La regla fundamental de este análisis es que el salitre y sus espíritus no atacan tan fuertemente los minerales alcalizados o fijados como aquellos que aún están llenos de ácidos; por el contrario, todos los ácidos aborrecen la sal y sus espíritus. He aquí la razón. Si el ácido es unido a un sujeto alcalizado, o allí perece y no lo ataca del todo, o se fija con él en lugar de disolverlo. Igualmente, si se une un sujeto o un menstuo alcalino a un ácido, perece y no lo ataca tampoco, o se fija en él en lugar de disolverlo. Por el contrario, un semejante disuelve un semejante; es decir un ácido disuelve un ácido, y un álcali disuelve al otro. Pero en lo que la Naturaleza ha conjuntado y unido de una manera hermafrodita (es decir donde la Naturaleza no ha trabajado, alcalizado y fijado bastante, y donde el álcali ha comenzado pero está como en equilibrio con el ácido), ambos, tanto el álcali como el ácido se sacian, como mostraremos a continuación.

Entonces, he dicho que el espíritu de nitro y de sal son los menstuos universales, o las simientes más fijas del mundo, que no solamente se unen a los minerales, sino también a los animales fijos y a los vegetales. Si se considera bien este punto y se lo reflexiona, se estará más cerca de operar muchas cosas que serían sin esto larguísimas y muy fastidiosas.

He dicho también que cuando el espíritu especificado, individualizado, no tiene por sí mismo humedad superflua para ser reducido a su primera materia, debe ser activado mediante adición del espíritu universal para poder obrar sobre su propio sujeto; sobre todo los minerales que son casi todos cuerpos más secos, y que en mayor parte han expulsado fuera de sí su humedad superflua. Tales cuerpos secos (a causa de que carecen de cantidad suficiente de su propia humedad) deben ser ayudados por el ácido o por el álcali universal, por medio de los

cuales el espíritu vitriólico o aluminoso allí implantado pueda ser activado y excitado a obrar sobre su propio cuerpo, y pueda reducirlo a su primera materia.

Todos los físicos conocen muy bien que en la naturaleza mineral se encuentran toda clase de jugos, de licores y de aguas, que son apropiados para disolver distintos sujetos, como por ejemplo el petróleo, la nafta, las aguas aluminosas, salinas y nitrosas, el agua de vitriolo, los baños sulfurosos, etc. Pero como todas estas cosas, en el estado en que están, son mucho más débiles para atacar un metal o una piedra verdaderamente fija, y son mucho menos capaces aún de reducirlos a su primera materia, hace falta que pongamos atención al verdadero origen y principios de todos los metales y minerales, y cómo se especifican ellos mediante diversas digestiones; es decir cómo el esperma universal, que es el espíritu del nitro y de la sal, se transforma, al disolver allí la tierra, en un guhr vitriólico y aluminoso en las entrañas de las montañas, del que a continuación, por un variado grado de calor interno, nacen diferentes sujetos.

Así, puesto que la primera materia de los minerales es un guhr vitriólico o aluminoso, es preciso también que nos sirvamos de él como medio principal para hacer retrogradar los minerales y metales a su primer principio, reduciéndolos en primer lugar a una sustancia vitriólica y aluminosa semejante, que después, por una reducción ulterior, debe volverse un vapor corrosivo mineral.

Solamente entonces ella toca la naturaleza mineral con su raíz, y con su cabeza, la naturaleza vegetal, y puede ser transformada con los vegetales y por los vegetales, en vegetal, y finalmente por el animal en animal, o bien con los minerales y por los minerales, en mineral o en un metal regenerado. Un aprendiz de allí verá todavía que la Naturaleza, o el Arte, pasan siempre *per media mediata homogenea*, de un principio a otro; lo que debe considerar con cuidado.

Alguno podrá decirme: “*Si no tenéis para indicarnos otro menstuo más que el espíritu de nitro o de sal, o el espíritu o aceite de vitriolo, de azufre y de alumbre, no hacía falta borrar papel para esto. Todo el mundo los conoce, y después de largo tiempo se los ha abandonado por ser corrosivos muy perniciosos*”.

Yo respondo que se los ha abandonado solamente porque no se ha sabido hacer uso de ellos. Sin embargo no se trata más que de hacer retrogradar los minerales del mismo modo que han avanzado en su formación, o de reducir el fijo a volátil, por los medios convenientes.

Considerad entonces (no podría repetirlo demasiado) de qué y cómo la Naturaleza engendra los minerales. Veréis que ella fija, mediante la tierra, los vapores corrosivos espirituosos del nitro y de la sal, que deseca su humedad, y que cuanto más se disipa ésta, tanto más se coagulan y fijan los minerales; y que, puesto que son áridos y secos, hay que darles una humedad homogénea y superabundante, a fin de despertar de nuevo el esperma fijo y espirituoso encerrado y atado en ellos, y reducirlos a lo que eran en su origen, es decir, un guhr vitriólico y aluminoso.

¿Qué os diré ahora, a vosotros que aborrecéis los menstuos corrosivos que yo recomiendo y aconsejo? ¿Buscáis el alkaest, y queréis que sea suave y sin ningún corrosivo? No obstante, sabéis que es llamado vinagre muy agrio, *acetum acerrimum*. Sabéis también que los Filósofos, cuando quieren disolver algún sujeto con el alkaest, le añaden espíritu de vino; y vosotros mismos decís que es porque el espíritu de vino suaviza los corrosivos. Razonad entonces más consecuentemente: aprended la manera de usar los corrosivos, y sabed que cuando los rechazáis, rechazáis la llave principal de toda fortaleza.

Al tratar sobre el análisis de los vegetales y animales, dijimos que para disolverlos había que tomar su propio jugo, cuando lo tenían en cantidad suficiente, o bien, en su defecto, el agua caótica o el agua de lluvia putrefacta. Debe hacerse lo mismo con respecto a los

minerales. Cuando falta el húmedo mineral, o no se lo tiene en cantidad suficiente, hay que recurrir al húmedo universal, a fin de fortificar y despertar el húmedo universal vitriólico o aluminoso coagulado, y de excitarlo a obrar y a romper sus ataduras.

Pero como los minerales son cuerpos fijos muy coagulados y desecados, requieren también un menstroo más activo y penetrante que los animales y vegetales; y por este motivo tomamos la simiente universal más fija, es decir los espíritus de nitro y de sal. Lo que el salitre no puede operar, la sal lo hace, o ambos unidos.

Aunque no se debe emplear esos espermias universales más que en caso de que el húmedo mineral estuviera en cantidad demasiado pequeña, o fuera demasiado débil, siempre hay que tener la precaución de hacer una buena cantidad de espíritu de vitriolo y de alumbre, porque son un húmedo mineral apropiado para todos los astros rojos y blancos. Los Antiguos, sabiamente y con razón, han colocado el salitre al lado del vitriolo, para aguzar el vitriolo por el salitre, a fin de penetrar mejor los sujetos minerales; y sacaron del salitre y del vitriolo, por destilación, un menstroo universal para el reino mineral. Pero como después, por una larga ignorancia, no se lo supo aplicar bien, se sirvieron de él únicamente como un agua para separar, sin saber emplearlo en otros usos; aunque por una larga digestión en él los metales siempre se vuelven más volátiles, y finalmente su tintura pasa, en buena parte, por la destilación, a lo cual no pusieron atención alguna. Se lo ha rechazado como inútil por la única razón de que es un corrosivo. Lo que indujo a error es que en los corrosivos se precipita siempre algo del metal, en un polvo terrestre. En segundo lugar, que los metales disueltos en los corrosivos retoman fácilmente su primera forma por medio de los agentes precipitantes. Se ha concluido de ello que los corrosivos no eran homogéneos al reino mineral, y eso impidió comprender que ese reino fue corrosivo en su origen. Pero la razón de estos efectos es que los metales, aunque estén disueltos y dispuestos a la volatilización por los corrosivos, tratan siempre de volverse terrestres; y si se supiera cuál es la cosa que puede conservarlos siempre volátiles y suaves en el líquido, a pesar de todos los agentes precipitantes que allí se vertieren, se vería que los metales nunca producirían una forma metálica, sino que más bien se unirían con el precipitante, y formarían un tercer ser.

Se debiera percibir que esta cosa no se encuentra en el reino mineral, que hay que buscarla en otra parte, y observar que los minerales alcanzan, por esta cosa, una alteración más noble, y conveniente no sólo al reino mineral, sino también al de los vegetales y animales, de modo que pueden servirse de ellos sin ningún daño. ¿No se ve que los espíritus de los vegetales, sus aguas, aceites y vinagres, permanecen volátiles más constantemente, y durante más tiempo, que los de los minerales? Y los espíritus animales gustan más aún de la volatilidad; aunque todas las cosas tengan una tendencia natural a volverse terrestres, como al lugar de su reposo, fuera del cual están siempre en movimiento. Pues vemos que todos los vinagres se desecan y se vuelven tierra, todos los aceites se transforman a naturaleza de goma espesa, y todas las aguas depositan una tierra. Con tal únicamente de que el espíritu de vino encuentre una materia a la que pueda ligarse, se vuelve tan terrestre como los demás. El fin único de todo el Arte de la Química medicinal es, en el reino mineral, que el mineral sea reducido por sus propias humedades; y después, como por esta reducción conserva una naturaleza corrosiva, heterogénea a la naturaleza vegetal y animal, que esta naturaleza corrosiva sea corregida, suavizada y transmutada a una naturaleza vegetal, y de allí a una naturaleza animal.

Se han descrito una infinidad de menstrosos y disolventes radicales. Cada uno creyó que el suyo era el mejor. No obstante, todos obtuvieron de ello poquíssimos efectos; mientras que si hubieran examinado bien la naturaleza de las cosas, hubiesen tenido mucho menos camino por hacer; puesto que no sólo a menudo hicieron ellos mismos esos menstrosos radicales, sino que los encontraron para comprarlos totalmente hechos: sólo se trataba de saberlos emplear.

De dos partes de vitriolo y una o dos partes de salitre, se hace ordinariamente un menstuo llamado vulgarmente agua fuerte o agua regia. Después de calcinar el vitriolo, se lo mezcla con el salitre crudo, y se destila de ellos un agua fuerte que hace el mismo efecto, cualquiera sea la manera en que se la componga; pero ése no es el buen método, y he aquí la razón. Cuando el salitre es unido al vitriolo en el calor, el vitriolo, que tiene un azufre ardiente, es contrario al salitre y expulsa prontamente su espíritu, antes de que el salitre haya podido atacar bien y descomponer al vitriolo. De esta manera el espíritu de nitro pasa al recipiente y lleva con él una pequeña parte del azufre vitriólico más volátil, del que el agua fuerte retiene incluso el olor fétido (como se ve al comparar el olor del agua fuerte con el del espíritu de nitro, destilado con la tierra grasa), y lo que resta es el vitriolo fijado, tanto como el salitre y el fuego lo han podido hacer, porque el nitro, atormentado y fluido al fuego, ha sido más bien fijado que disuelto.

El verdadero método es éste: haced un agua fuerte destilada, a la manera ordinaria, o un espíritu de nitro destilado con la tierra grasa. Tomad una libra de él; vertedlo sobre una libra de vitriolo puro y calcinado al blanco; ponedlos en una retorta y destilad el agua fuerte, a la arena, por grados lentos y únicamente hasta el tercer grado, a fin de que el vitriolo no se calcine. Pues si destiláis fuertemente el agua fuerte sobre el vitriolo, fijaréis el vitriolo antes bien que lo disolveréis. Cuando toda el agua fuerte haya pasado, añadid una libra de nueva agua fuerte, y vertedlo todo sobre el vitriolo que queda en la retorta. Hacedlos disolver y digerir juntos un día y una noche, y después destilad lentamente y únicamente hasta la tercera parte; el vitriolo permanecerá al fondo, como manteca, y graso como un aceite. Entonces es un guhr mineral regenerado y espiritualizado, que hay que reducir a un vapor licoroso si se quiere que pueda descomponer las cosas de su naturaleza.

Volved a tomar el agua fuerte que había pasado, y añadid una libra de nueva agua fuerte, de manera que haya en total tres libras de agua fuerte junto a una libra de vitriolo. Verted otra vez sobre el vitriolo, disolved y digerid de nuevo un día y una noche; después destilad lentamente por grados, y veréis pasar con el agua fuerte la mayor parte del vitriolo, muy espiritualizado. Hay que cohobar de nuevo hasta que pase enteramente y no quede nada en el fondo de la retorta. Entonces, todavía se lo hará pasar, sin adición, una, dos o tres veces; y por este medio se tendrá el verdadero menstuo radical, apropiado para reducir todos los astros rojos y volverlos semejantes a él. Si queréis, podréis hacer el mismo procedimiento con el espíritu de sal, pero no es necesario, puesto que el precedente disuelve todos los sujetos ácidos y alcalinos, como veréis por la experiencia.

Si se quiere hacer una diferencia entre los astros rojos y los blancos, aunque esto no sea necesario en modo alguno, hay que tomar el menstuo del vitriolo para los astros rojos, y el del alumbre para los astros blancos. El menstuo del alumbre se hace de la misma manera que el del vitriolo, con el agua fuerte o el espíritu de nitro. He aquí una manipulación que publico que la mayoría ha dejado en silencio, y de la que no tuvieron ningún conocimiento. Yo solamente la doy en pequeño, pero un Artista instruido e inteligente bien sabrá sacar inducciones de lo pequeño a lo grande; yo no podría ayudarlo más. Le doy una regla para volatilizar las cosas fijas. Si comprende bien mis razones, que guarde el secreto; pues muchos de aquellos que lean esto encontrarán grandes dificultades que no sabrán remontar, aunque la cosa sea muy manifiesta y la puerta esté abierta para entrar: *aperta jam porta, intra in conclave, amice*. Poned atención, que acabo de daros la llave para abrir todas las cerraduras, y aunque haga falta abrirlas por un mismo método, a menudo uno se verá detenido y obligado a hacer varios ensayos, de modo que más de uno pensará que esta llave no está verdaderamente hecha para todas las cerraduras. Por eso, quiero todavía enseñar la manera de hacer uso de esta llave, y para hacerme entender mejor explicaré en primer lugar cuáles son los sujetos alcalizados, los sujetos ácidos, y los intermedios entre unos y otros.

Entre los sujetos alcalizados, yo incluyo todos los azufres minerales embrionados, y los azufres metálicos fijos al máximo grado, tales como son las mineras del sol, de Marte, de Júpiter, el talco, el esmeril, el hematites, y muchas otras cosas parecidas pero que no son tan conocidas, y en las cuales la Naturaleza ha reverberado fuertemente el ácido, o lo ha coagulado, fijado y alcalizado. Así, sin un ser alcalino, todas estas cosas retrogradan difícilmente a su primera materia.

Entre los sujetos ácidos, yo incluyo todos aquellos en los que el ácido domina, y que éste resuelve fácilmente, porque no son todavía lo bastante fijos como para estar alcalizados. Tales son el Saturno, la Luna, el bismuto, y otros azufres blancos y arsenicales, que en los disolventes hacen conocer por sí mismos de cuál cualidad son, como lo enseñé en el capítulo de la disolución de los minerales. Tened, pues, por ácido, a todo lo que el ácido puede atacar, y por alcalino a todo lo que puede atacar el álcali, y todo lo que ataca indiferentemente uno y otro, consideradlo como de la naturaleza de ambos.

Entre las cosas hermafroditas podéis contar todas las mineras y todos los metales en los que el ácido comenzó a fijarse y que, por una digestión demasiado débil, quedó en un estado intermedio. Tales son Venus, Marte, Mercurio, etc., pues tales sujetos pueden disolverse tanto por un espíritu ácido como por un espíritu alcalino, sea separados o unidos.

Sin embargo, no hay que tomar esta distinción muy literalmente en relación al menstuo antes mencionado; pues si se quiere apolillar tales sujetos por los menstuos universales solamente, como el agua fuerte o el espíritu de nitro o de sal, pueden sufrir algún retardo en uno u otro sujeto a causa de la sutil ubicuidad de dichos espíritus. Pero si se los especifica con su propio ácido mineral vitriólico o aluminoso, entonces uno queda dispensado de esta advertencia.

Dividiremos los sujetos, entonces, según el menstuo rojo o blanco, es decir, de vitriolo o de alumbre, en mineras metálicas rojas y blancas, de Saturno, de Júpiter, de Marte, de Sol, de Venus, de Luna; y después en mineras marcasíticas, de mercurio, de antimonio, de bismuto, de zinc, y en toda clase de otras marcasitas de Sol, de Luna, de Venus, de Saturno y de Mercurio; y a continuación en azufres fijos embrionados, a saber, el hematites, el esmeril, el bolus, la sanguínea, el imán, el alumbre de pluma, la calamina, la tutía, etc. ; y después aún en azufres volátiles embrionados que están en el antimonio, en el bismuto, en el arsénico, en el vitriolo, en los ríos de azufre, y en toda clase de marcasitas volátiles y otras mineras.

Enseñaremos en general la manera de resolver estas cuatro especies, y de exaltarlas a quintaesencia.

Tomad entonces una minera, la que queráis; y después de pulverizarla hacedla enrojecer en un crisol, a un fuego más o menos fuerte, según su fijeza. Cuando esté enrojecida, rociadla con una cantidad de azufre común y removed bien todo junto con un alambre de hierro hasta que el azufre esté totalmente quemado. Entonces la minera está preparada para ser disuelta en el menstuo. Si queréis prepararla mejor todavía, después de pulverizarla y antes de enrojecerla, la lavaréis sobre el paño para separar la piedra de la parte metálica.

A continuación tomad de este mineral así preparado una parte; ponedla en un alambique; verted arriba tres partes del antedicho menstuo, hecho de vitriolo para los rojos, y de alumbre para los blancos; digerid al fuego de cenizas; verted dulcemente, por inclinación, lo que está claro y disuelto; y sobre lo que no lo está verted todavía el triple de su peso de menstuo, y haced digerir hasta que todo se disuelva y se vuelva licor claro. Entonces la minera está en su primer estado, pues si destiláis este licor a la arena hasta la tercera parte por la retorta o por el alambique, y dejáis enfriar el residuo y lo ponéis en la cava para que cristalice, tendréis un vitriolo y *materiam primam illius mineroe renatam*. Si disolvéis este vitriolo en tres partes de nuevo menstuo, lo destiláis y cohobáis por la retorta hasta que todo haya pasado, tendréis un

licor vaporoso y primordial que no puede ser retrogradado sin alteración; pues si queréis hacerlo retrogradar más, ocurre una transmutación y una especificación en una otra cosa, sea en un vegetal, sea en un animal, sea en un universal; pero en tanto permanezca vapor corrosivo, está en el estado primordial de los minerales; él toca con la raíz el reino mineral, y con la cabeza el reino vegetal; y en esta situación puede ser transmutada muy fácilmente por el vegetal en animal. Aquí tenéis el mineral entero con todos sus principios; pues no ha perdido ni su azufre, ni su arsénico, ni su marcasita, como los han perdido los metales afinados en la fundición; y todos sus espíritus vitales y nutritivos han sido conservados.

Si queréis coagular y fijar este licor o aceite mineral, hay que cocerlo y digerirlo al baño maría durante tres días y tres noches, en una cucúrbita baja con su capitel y recipiente, y destilarle la humedad superflua. Cuando ya nada quiera subir, volved a poner en las cenizas; destilad dulcemente toda la flema o el espíritu débil; y poned el residuo en un frasco y hacedlo coagular a las cenizas; de ello resultará una piedra salina más fluida al fuego que el aceite, y que al aire se congelará como el hielo. No es necesario cerrar vuestro frasco, pues nada sube. De esta manera tendréis la quintaesencia mineral; pero toda corrosividad es nociva para la naturaleza humana, pues en este estado, es todavía mineral. Para volverla útil a los hombres, hay que transmutarla en vegetal o en animal, por los vegetales y los animales, puesto que ellos son el alimento del hombre y no los minerales.

En lo que respecta a los minerales que han pasado por el fuego, como el azufre común, el antimonio fundido, el bismuto, el oro fino, el estaño, el cobre, el plomo, hace falta que los hagamos retrogradar por los principios homogéneos, y que añadamos lo que hemos quitado por el fuego. Al antimonio crudo le hemos quitado su matriz pedregosa y su espíritu ácido sulfuroso y arsenical, por cuyo medio el antimonio podría haber sido reducido más fácilmente a su primera naturaleza, ayudándolo con el ácido universal o vitriólico. El azufre común, hecho de la minera de azufre, está privado de su espíritu, de su aceite sulfuroso y de su esencia cobriza, de los que, por lixiviación, se saca el vitriolo. El oro y la plata, y todos los demás metales, están privados de partes semejantes.

He aquí la manera de preparar cada metal y mineral, y de devolverle los principios que se le quitaron. El oro se calcina con el azufre, el arsénico y el antimonio; y la cal que se hace de ellos se disuelve fácilmente con dicho menstuo. La plata, el cobre, el plomo y el hierro, lo mismo que la minera de estaño, se calcinan con el azufre y se disuelven con el mismo menstuo; como también el mercurio sublimado con el azufre y la sal común. El vitriolo se disuelve allí igualmente. El antimonio, bien mezclado con el azufre, al fuego hasta que el azufre se queme, se disuelve también en el mismo menstuo.

En cuanto al azufre, como contiene un aceite seco y ningún aceite se une fácilmente con una sal o un menstuo salino, la Naturaleza nos ha mostrado un menstuo propio y homogéneo, es decir el petróleo, que es un azufre disuelto fluido con el cual hay que cocerlo en un (hígado) odorífero, que no huele tan mal como aquel que está hecho con aceite de lino o de oliva. Después este hígado se resuelve en una sal o un licor vitriólico.

Después que el lector haya reducido de la manera antedicha todos los metales y minerales en un vitriolo, y éste en un licor, y que haya coagulado este licor en sal o en una piedra salina, todo está preparado y se ha vuelto propio a la transmutación vegetal y animal, como lo diremos.

Yo he dicho bien, en verdad, que la cualidad corrosiva está adherida naturalmente al reino mineral, y que es contraria y heterogénea al vegetal, aunque sin embargo, menos que al reino animal. Yo he dicho también que un corrosivo no podría ser útil al hombre, sino que más bien le resulta un veneno. El artista debe saber transformar este veneno en antídoto o contraveneno, y esto no puede hacerse sino por la dulcificación.

Esta dulcificación es un gran secreto que no se menciona en ninguna parte. Los químicos vulgares atemperan bien los corrosivos con el espíritu de vino, pero eso sin cambiarlos de naturaleza; mientras que los verdaderos químicos saben, mediante una verdadera transmutación, volverlos perfectamente homogéneos a las naturalezas vegetal y animal. Nosotros vamos a descubrir sinceramente su procedimiento y, para hacerlo comprender mejor, pondremos aquí bajo los ojos del lector un árbol de suavización y de armonía, que indica el orden en que el animal debe ser unido al vegetal, y éste, o ambos, al mineral.

Cap. X - *Árbol de suavización*

| | | |
|------------|-------------------|------------------|
| El volátil | Animal | Vegetal |
| | Espíritu de orina | Espíritu de vino |

| | | |
|----------|-------------------|------------------|
| El ácido | Animal | Vegetal |
| | Espíritu de orina | Espíritu de vino |

El ácido mineral corrosivo, el espíritu o el aceite o su sal corrosiva

A fin de que el lector se persuada de que en todo lo que hago yo trato de conformarme a las leyes fundamentales de la Naturaleza, y de que la imito escrupulosamente en sus procedimientos, no hay más que considerar cómo ella misma suaviza los minerales y los vuelve homogéneos a las naturalezas humana y vegetal. Primero los vapores minerales corrosivos que se elevan del centro de la tierra depositan en sus entrañas su corrosivo más fuerte, que allí ataca las piedras y la tierra, las corroe, las resuelve y las coagula; pues no hay destilador que no sepa que los vapores minerales corrosivos nunca suben tan alto como los vapores dulces, vegetales y animales; puesto que uno se ve obligado, para hacerlos pasar, a servirse de un vaso más bajo tal como la retorta, y de un mayor grado de fuego.

Cuando el corrosivo más fuerte se ha depositado en la tierra, los vapores impulsados por el calor central suben más arriba, hasta los vegetales, y lo que todavía tienen de mordiente es tomado, succionado, atraído por sus raíces, y es transmutado a su naturaleza. Lo que el reino vegetal no ha retenido consigo, sube todavía más arriba a la región inferior del aire, hasta el reino animal, donde los animales atraen mediante la respiración esos vapores, para entonces suavizados, los transmutan en su alimento, y finalmente en su naturaleza animal especificada. Esto es en lo que consiste el árbol de suavización.

Así, la Naturaleza no salta de golpe del reino mineral al reino animal, sino que pasa por el reino vegetal, y es preciso que un mineral sea transformado en vegetal para que los animales puedan servirse de él como alimento. La Naturaleza desciende igualmente por grados del reino animal al mineral. Ella pudre primero los animales en la superficie de la tierra, y los reduce a una sal esencial nitrosa, de la que se sirve para hacer crecer los vegetales. Pero el agua arrastra una parte de esta sal por las grietas y hendiduras de la tierra hasta su centro donde, al encontrar una mayor cantidad de sales ya fermentadas y mineralizadas, es transmutada a su naturaleza. Pues como ya hemos dicho, no pueden hacerse cambios de una naturaleza a otra a menos que una exceda en cantidad. Si dos enemigos de igual fuerza luchan uno contra otro, ninguno de ellos obtiene la victoria; pero si uno es superior al otro, es necesario que el más débil sucumba. Es lo mismo con diferentes naturalezas, y nosotros debemos consultar esta regla para la suavización. Yo no quiero decir que para suavizar un corrosivo haga falta ahogarlo en una gran cantidad de algún licor vegetal; la Naturaleza tiene sus pesos y medidas, a los que el artista debe conformarse, y no tendrá dificultad en conocerlos. Pues si una cosa tiene demasiado de suavizante, ella dejará separar lo superfluo por la destilación, y si tiene demasiado poco, es fácil de juzgar por el gusto.

Yo digo entonces: si queréis alcanzar una verdadera suavización de los minerales, es decir volverlos homogéneos a los reinos vegetal y animal, proceded como la Naturaleza; no vayáis de un extremo al otro sin pasar por el medio, sino haced avanzar los minerales hacia la animalidad mediante los vegetales.

Si ponéis juntos los tres volátiles o los tres ácidos de los tres reinos, ellos combatirán como dos fuegos; mientras que si, siguiendo el orden de la Naturaleza, ponéis en primer lugar el volátil animal con el volátil vegetal, la conjunción se hará sin repugnancia. Después de esto, unid a ellos el volátil mineral. Entonces, si los destiláis, subirán inseparablemente juntos, o permanecerán los tres a la zaga.

Tomad del espíritu volátil de orina y del espíritu de vino, partes iguales. Vertedlos uno en el otro; añadid a continuación la flema ácida del vitriolo, y se unirán sin repugnancia. Tomad igualmente del ácido animal y del ácido vegetal, de cada uno una parte; mezcladlos juntos y añadidles una parte de espíritu de vitriolo; ellos se unirán todavía muy fácilmente, pues el vegetal es el copulador que se asocia y asimila tanto al reino animal como al mineral.

Pero para no dejaros nada por desear, os voy a enseñar a extraer esos diferentes principios.

Tomad orina podrida, y destilad al baño maría su espíritu volátil. Rectificadlo en un frasco¹, separad su flema más grosera hasta que devenga muy claro y cristalino, y guardadlo aparte; y tendréis el volátil de orina preparado.

Destilad todavía los residuos al baño maría hasta (que tengáis) un licor de consistencia de miel. La flema más grosera se habrá separado; quitad esa flema y mezclad lo que resta con cenizas lixiviadas, hasta que la masa se vuelva casi seca y podáis hacerla bolitas. Ponedla después en una retorta y destiladle a la arena todo lo que quiera pasar. Tendréis el ácido animal con un aceite fétido: separad el aceite per tritorium o mediante un embudo de vidrio. Filtrad el ácido y la sal volátil que ha subido con él; destiladlo aún una vez muy dulcemente por la retorta, y también estará preparado.

Tomad un buen vino viejo; sacadle el espíritu de vino a la prueba de la pólvora, y estará también preparado, como se enseña en varios libros. Después que hayáis destilado por el alambique vuestro espíritu de vino, tomad lo que queda y hacedlo evaporar en un vaso de cobre hasta que tenga consistencia melosa, o hasta que suba a la nariz un vapor agrio. Tomad este licor ácido, mezcladlo con polvo de carbón o con cenizas lixiviadas, y destilad por la retorta. Al comienzo pasará una flema bastante grosera, después el ácido del vino, y finalmente un aceite fétido. Separad el aceite del ácido *per tritorium* o por un embudo; rectificad el ácido de la flema dos o tres veces, y también estará preparado.

De esta manera habréis preparado todo lo necesario para la suavización de todos los corrosivos, y experimentaréis que esta forma de suavizar está tan alejada de la que se usa ordinariamente como el cielo lo está de la tierra. Yo no quiero hacer su elogio, la práctica lo hará suficientemente.

Método para suavizar

Tomad entonces partes iguales de espíritu de vino y de espíritu volátil de orina, ponedlos juntos en una cucúrbita alta; destilad al baño maría y a las cenizas hasta que sólo quede atrás una flema bastante grosera y sin espíritu, y estarán separados. Tomad a continuación el ácido de orina y el ácido de vino, vertedlos juntos en una retorta, destiladlos, y también estarán separados.

Tomad después una parte de un corrosivo cualquiera, sea líquido o seco; y vertedla sobre tres partes del ácido preparado. Ponedlos al baño maría y destilad de ellos, en un alambique bajo, la flema, hasta llegar a la consistencia de aceite. Probad después este aceite; si ya no

¹ *fiolle*: frasco o botella pequeña

tiene corrosividad, esto basta. Si todavía tiene, verted de nuevo tres partes de ácido, y destilad como la primera vez. Repetiréis la misma operación hasta que el aceite restante ya no tenga acidez. Entonces verted sobre este aceite tres partes de espíritu de vino preparado; destilad al baño maría hasta que tenga consistencia oleosa, y se suavizará y volverá más homogéneo a la naturaleza humana. Verted todavía tres partes de nuevo espíritu de vino, destilando siempre igualmente. Cuanto más reiteréis esta operación, más suave y agradable devendrá el aceite. Hay que destacar que el espíritu de vino, tanto como el ácido, pasa casi siempre débil o flemoso, pues la sal volátil permanece con el corrosivo, suavizándolo; y esto debe ser así, pues sin ello el corrosivo no se transmutaría.

Después que hayáis suavizado de esta manera vuestro corrosivo, ponedlo en una retorta, y destiladlo en aceite dulce y muy agradable que todos los animales y vegetales podrán tomar sin el menor peligro. Él es entonces la quintaesencia y el magisterio del mineral del que lo habéis sacado.

Si queréis coagular este aceite en una piedra salina y fusible como la manteca, ponedla en un pequeño alambique alto, con su capitel y recipiente, al baño maría. Destiladle la humedad superflua por grados, pues la quintaesencia no sube fácilmente al baño maría; ponedla después a las cenizas, y destilad todavía por grados lentos lo que no ha querido pasar al baño maría. Ella se espesará más y más, hasta que fluya en el fuego como un aceite, y se condense al aire como el hielo. De esta manera, pues, la tendréis en líquido y en seco; agradecedlo a Dios.

Observad todavía que cuanto más fuertes son vuestro ácido y vuestro espíritu de vino, tanto más prontamente se hace la suavización. Ahora bien, su fuerza consiste en que su agua *recolaceum*, o su flema, ha sido separada de ellos, y han sido concentrados lo más posible.

Observaréis además que si queréis aplicar el mineral, o la esencia corrosiva mineral, solamente a la obra vegetal y no a los animales, la suavización con el espíritu de vino no es necesaria (aunque sea bueno conjuntar el espíritu y el ácido de orina con el espíritu de vino y al ácido vegetal), y que si queréis aplicarla a la naturaleza mineral, no tenéis necesidad para nada de suavización, a menos que queráis. La suavización, tal como acabo de enseñarla, sirve para hacer a los minerales convenientes para la naturaleza humana, y apropiados para la curación de las enfermedades.

Se presentarán objeciones en masa; algunos dirán que este procedimiento es contrario a los de todos los verdaderos Filósofos, que ordenan expresamente separar de cada mineral su azufre, su mercurio y su sal, que son sus principios propios. En cambio, dirán ellos, yo hago de cada mineral una sal o un vitriolo, de éste un aceite corrosivo, y éste de nuevo lo fijo en sal. ¿Dónde quedan entonces, dirán ellos, el azufre y el mercurio en forma fija y constante?

Mi querido lector; si tratáis de seguir la vía descrita en todos los libros, yo os confesaré francamente que aún no habéis profundizado bien la naturaleza de los minerales, y todavía menos habéis entendido a los Filósofos.

¿No habéis leído en sus escritos (aunque no sea necesaria aquí una tan alta inteligencia, pues su vía es una vía más elevada) *que sal metallorum est lapis philosophorum et magisterium totius artis*. Ahora bien, esta sal encierra y oculta en sí el mercurio y el azufre. Cuando se hace un aceite de ella, se llama azufre, y su espíritu interior activo es el mercurio. De esta manera el azufre, la sal y el mercurio están conjuntados. Cuando este aceite es de nuevo coagulado y fijado en sal (como en efecto se coagula por la lenta abstracción de la humedad); fluye constantemente en el calor como un aceite; en el frío se condensa como el hielo; y se funde en toda clase de líquidos, como el azúcar se funde en el agua, sin ninguna precipitación; entonces ella es una medicina que sana todas las dolencias, cualesquiera sean.

Todavía se me podrá objetar y decir que esta operación no solamente está hecha con corrosivos, sino que incluso yo dejo los corrosivos en ella sin separarlos.

Para responder, me veo obligado a entrar en una larga discusión, y remontarme al origen de todas las cosas. Considerad entonces que al comienzo Dios ha creado dos cosas, de las cuales todo se ha originado; a saber, el espíritu o simiente, y el agua caótica universal como cuerpo, receptáculo e instrumento del espíritu o simiente. El agua es visible y palpable, pero el espíritu que está encerrado en ella es siempre invisible hasta que, por los grados de putrefacción, separación, conjunción, coagulación y fijación, que se siguen unos a otros, devenga visible, palpable y corporal; como anteriormente lo hemos indicado suficientemente. Ahora bien, el agua es un *recolaceum*, y no se coagula con la simiente sino tanto como ésta la necesite indispensablemente para tomar un cuerpo. La Naturaleza expulsa afuera todo lo superfluo, mediante la violencia del fuego y del calor. Poned mucha atención a esto: el agua *recolaceum* es un instrumento y un receptáculo del espíritu universal o simiente, por cuyo medio el espíritu debe realizar sus operaciones, fijarse y volatilizarse él mismo, y devenir fijo y volátil, celeste o terrestre. Sin esta agua el espíritu estaría seco y permanecería inactivo, como adormecido o muerto. En tanto esta agua *recolaceum* esté con el espíritu, o el espíritu con el agua, nunca hay reposo alguno, y siempre es excitado a obrar. Esto se ve claramente en los animales y vegetales, sobre todo en los que abundan en humedad, y en los que el agua *recolaceum* no está separada. En tanto el animal vive y el vegetal verdea, el espíritu se esparce con el agua por todas sus partes, digiere, pudre, separa, coagula y reparte así el alimento para acrecentar y conservar al sujeto. Cuando ese sujeto muere, el espíritu obra lo contrario; y mientras antes ayudaba y nutría al animal o vegetal, en el mismo instante en que éste pierde su espíritu vivificante balsámico, comienza a reducirlo a podredumbre; lo disuelve y lo regenera en alguna otra cosa. Entonces, él opera todo esto por el agua, sin la cual no podría obrar, como es fácil de probar.

Cuando se coagula un sujeto hasta su entera sequedad, el espíritu está entonces como muerto o adormecido, porque el agua *recolaceum*, que es su medio e instrumento, le ha sido quitada. Pero si vuelve a encontrar una, sea de los universales como del aire, del rocío, del agua de lluvia, o de las especies, lo que ocurre cuando se lo damos a los sujetos vegetales o animales y se lo hacemos tomar como una medicina, adquiere entonces de nuevo una humedad superflua, o un instrumento acuoso específico, que lo excita otra vez a obrar, y en ese estado sana o destruye al animal o vegetal, según cómo es aplicado o preparado.

Yo digo aún que cuanto más separado está el espíritu del agua *recolaceum*, más fijo y concentrado deviene; que cuando este espíritu fijo y concentrado es hecho espirituoso por un calor excesivo, se vuelve un fuego y un dragón devorador, que destruye todo; y que por esta razón el espíritu de nitro, el agua fuerte y el espíritu de sal no son nada más que un fuego corrosivo, y que en ese estado son contrarios a todos los individuos, principalmente a los animales y vegetales. Pero como hemos indicado los medios para apaciguar su crueldad furiosa, y para reducirlos a una agradable dulzura, un aficionado no debe temer emplearlos. Él debe saber que si el espíritu o simiente no tiene tal mordacidad, le será imposible disolver las piedras y los metales. Por lo demás, si esta vía no le place, que trate de disolver los cuerpos tan duros con espíritu de vino o de orina, con un ácido vegetal o animal; verá por sí mismo la diferencia, y aprenderá bien, finalmente, a volverse sabio por la práctica.

Responderé ahora a la objeción que se me puede hacer de que yo dejo la simiente universal o el espíritu con el espíritu de nitro, el agua fuerte, etc.; es decir, el disolvente con lo disuelto. Cuando la simiente universal está conjuntada a la simiente específica, y así ella toma la misma especificación, la madre es unida al hijo, y el hijo toma su alimento de la madre, de la sustancia y la sangre de la que ha sido formado: nada es más conforme a la Naturaleza.

Todos los universales se vuelven homogéneos a las especies, y toman su cualidad, de manera que cuando se concentra el espíritu universal en las especies, su virtud es aumentada y exaltada; y cuanto más concentrado y aguzado es, más poderosamente opera, y en más pequeña dosis lo damos

Sin embargo, yo no he enseñado a dar ese espíritu agudo a los animales y vegetales, antes de haber sido suavizado. Pero probadme mi error, dándolo después de la dulcificación. Quien no quiera creer mi teoría, lo aprenderá por la práctica, que se lo mostrará claro como el día.

Añadiré solamente un ejemplo de los más simples, por el que cada artista comprenderá al instante el pronto cambio del espíritu o la simiente agudo y corrosivo, en uno dulce.

Tomad una parte de espíritu de vitriolo desflemado o de aceite de vitriolo, verted encima seis partes de vinagre destilado simplemente. Destilad a las cenizas hasta la oleosidad; pasará, en una cucúrbita no demasiado baja, y al primer o segundo grado de fuego, una flema clara o un agua *recolaceum*. Verted seis partes de otro vinagre destilado, y destilad de nuevo hasta la oleosidad, y repetid esta operación hasta tres veces. Probad entonces el aceite de vitriolo sobre la lengua, y veréis si la mordacidad no se ha transformado en su mayor parte en dulzura. Para suavizarlo todavía más, verted encima seis partes de espíritu de vino; destilad al baño maría en un alambique hasta el aceite, lo mismo que habéis hecho con el vinagre excepto que hay que hacer la destilación el espíritu de vino al baño maría. Reiterad también tres veces esta operación.: el aceite de vitriolo, sobre todo si el ácido y el espíritu de vino han sido bien fuertes, se volverá tan dulce como el azúcar, y tan dulce que todo lo que bebáis y comáis os parecerá dulce mientras este aceite llene los poros de la lengua. Así, puesto que con solo el azoth y el espíritu de vino los corrosivos se suavizan hasta tal punto, ¿qué será cuando se añada el reino animal?

Hay todavía otra objeción que se formará contra mí, diciendo que yo establezco sólo dos principios, es decir el agua *recolaceum*, y el espíritu o simiente oculto en ella; que en consecuencia, no hay otra cosa a separar que el agua *recolaceum*: resulta de ello que el entero globo de la tierra, todas las montañas, todas las piedras, las rocas, las praderas, los campos y la tierra, no son más que un espíritu, una simiente, un esperma coagulado.

Si alguno no quisiera creer que la masa de la tierra toda entera sea un esperma, que tome tierra, de cualquier sitio y de la que quiera, la primera es la mejor. Que lixivie de ella la sal, a fin de que la simiente espirituosa corrosiva no muera; que la deseque y la haga enrojecer un poco al fuego. Que observe su peso y vierta encima espíritu de nitro o agua fuerte, y en caso de que no la ataquen, que vierta espíritu de sal, hasta que sea enteramente disuelta. Que le destile el espíritu, y encontrará en el fondo una tierra salina, blanca y corrosiva; esta tierra ha retrogradado por su primer principio o por su espíritu primordial a su primera naturaleza, es decir a sal. Considerad ahora esta tierra, si es ella una tierra condenada o de heces.

Hace falta todavía explicar un punto en relación al cual un gran número de químicos están en el error. Cuando ellos emplean agua fuerte, agua regia, espíritu de sal, etc., para disolver los minerales, y ven que esos disolventes, sobre todo el agua regia, no actúan sobre ellos o actúan muy poco, ellos dicen que no valen nada y que están estropeados, mientras que muy a menudo los estropean ellos mismos. Pues si quieren disolver el sol, ponen con el agua fuerte una cuarta parte de sal amoníaco o de espíritu de sal. Si el agua fuerte está bien hecha y contiene muy poca agua, ella resuelve el sol; pero si contiene poca agua fuerte y demasiado de agua, deja el sol en su estado o lo disuelve muy poco. Es de allí que proviene el daño.

Si queréis disolver una minera sulfurosa solar, como la marcasita solar, una minera aurífera o de azufre solar, con un agua regia que hayáis fortificado mucho, ella disolverá apenas la octava parte, aunque antes haya disuelto el sol enteramente. ¿Cuál puede ser la

causa? Es ésta. El agua fuerte es un ácido, y el espíritu de sal o la sal amoníaco es un álcali. Todo el mundo sabe que cuando el ácido y el álcali son conjuntados se matan uno a otro, se precipitan, se suavizan y se fijan; y que así resulta de ellos una tercera sal corrosiva que, en el líquido, no tiene la potencia de atacar un cuerpo tan duro, y que cuando está coagulada, más bien fija que disuelve. Entonces cuando una libra de agua fuerte es débil y tiene mucha agua, se mata, se precipita y se fija con las cuatro onzas de sal amoníaco o de espíritu de sal, y no ataca casi nada; si es fuerte ataca bien, pero sin embargo el álcali está en cantidad demasiado grande. Vemos la prueba de ello cuando con ésta queremos disolver una marcasita pedregosa. Ella ataca de más buena gana al sol, que es un cuerpo afinado, separado de todas las piedras, de todas las sulfurosidades y las gangas; pero no a la marcasita ni a la grava, aunque se los lave y se los separe de la tierra sobre el lienzo con el mayor cuidado, pues siempre conservan, en sus partes más pequeñas, una mezcla de sus matrices pedregosas, sobre la cual el ácido se fija y se mata, tanto como sobre el azufre de las marcasitas. A veces no lo ataca del todo, de modo que en las extracciones y soluciones no obtenemos ninguna satisfacción; pues cuanto más desecado y separado de toda humedad está un cuerpo, tanto menos puede obrar en él una humedad, a menos que sea activada por un húmedo del mismo grado, como la práctica lo muestra.

Tomad una libra de agua fuerte, y cuatro onzas de espíritu de sal; mezcladlas, y destilad suavemente por la retorta, a las cenizas, hasta una oleosidad bastante fuerte. A continuación ponedlos a enfriar, y se formarán cristales. Éstos son un nitro regenerado, pues el agua fuerte es un ácido nitroso, y el espíritu de sal un álcali. Es así como la punta del ácido se rompe, al punto de que ya no puede atacar con la misma fuerza.

Es lo mismo con la sal amoníaco o la sal común. Destilad una libra de agua fuerte sobre cuatro onzas de sal amoníaco o sal común, por la retorta y a fuego de cenizas. Sacadle le *caput mortuum*; comparadlo con sal amoníaco nueva, examinándolas sobre la lengua, y comprobaréis que la sal amoníaco ha retenido en sí una gran acidez del agua fuerte. Ahora bien, en tanto ésta ha perdido acidez sobre la sal amoníaco, se ha debilitado y ya no puede actuar tan vivamente.

Para probar que el agua fuerte se mata con la marcasita, no tenéis más que disolver marcasita en agua regia; y cuando ya no disuelva más, decantaréis todo el líquido hasta la sequedad. Verted sobre los residuos agua de fuente, ponedla en un lugar cálido y hacedla cocer un poco. Verted después esta agua, filtradla y coaguladla hasta una sequedad razonable. Encontraréis una tierra salina o un vitriolo, que está hecho del agua fuerte y la marcasita. Se ve así que el agua regia se ha matado con la marcasita, y que ha disuelto muy poco de ella.

A fin de que el agua regia, y otros menstros parecidos, disuelvan una mayor cantidad de lo que hacen ordinariamente, hay que añadir, en verdad, sujetos alcalizados y aguzarlos con un álcali, pero no de modo que el ácido pueda matarse en ellos totalmente. Así, por ejemplo, para una libra de agua fuerte yo tomo solamente dos onzas de sal amoníaco, y las hago digerir dulcemente a la arena o a las cenizas un día y una noche. A continuación la destilo y me sirvo de ella enseguida. De esta manera, disuelvo dos, tres, e incluso cuatro veces lo que otro con su disolvente debilitado.

Pero alguno podrá preguntarme porqué razón hay que añadir sal amoníaco o espíritu de sal al agua fuerte, ya que sin esto es ya bastante fuerte. Es por esto: ya he dicho que todos los minerales son formados por el ácido universal; y este ácido hace más fácilmente los metales menores que los perfectos; pues en los imperfectos toda vía no está fijado y alcalizado tan fuertemente, ni se hizo tan terrestre como en el sol y los sujetos solares, y en consecuencia en ellos todavía domina más o menos, según el mineral o metal esté más cerca o más lejos de la perfección. Por eso el agua fuerte lo disuelve, mientras no puede disolver los sujetos solares, porque un ácido ataca más fácilmente al otro, mientras que en los minerales fijados

fuertemente y alcalizados, él se embota y se mata totalmente. Así, cuando queremos que sean igualmente atacados y disueltos, hace falta añadir al agua fuerte un álcali, para despertar por su medio a su semejante. El álcali fijo, una vez despertado, desata él mismo sus lazos por la ayuda del ácido, y se presta fácilmente a retrogradar en un ácido; pues todo lo que es volátil pide devenir ácido, y todo lo que es ácido pide devenir álcali o fijo. Por el contrario, todo lo que es ácido quiere devenir volátil de nuevo, a fin de que el superior devenga inferior, y el inferior superior, en una circulación perpetua.

El álcali que disuelve sus sujetos alcalinos semejantes, no disuelve los sujetos ácidos. La razón de ello es que el álcali no es tan penetrante ni tan sutil, y que retiene siempre en sí una terrestreidad grasa, que le impide penetrar en sus poros; y aún cuando los ataca, únicamente los corroe y los reduce a polvo, o los hace hinchar como una esponja. Y notad que por el término *álcali* no me refiero únicamente a las sales alcalinas volatilizadas y las fijas, tales como todos los álcalis volatilizados de los animales, la sal amoníaco, la sal común y demás álcalis fijos, sino también la tierra alcalina volatilizada y la fija.

“Vos pretendéis”, se me dirá, “despertar el álcali mediante otros álcalis, tales como la sal, el precipitado de vitriolo, o el sublimado de sal amoníaco, o de sal común. ¿Pero no resultará el álcali, por el contrario, más fortificado, y no se matará con el ácido, tanto de un modo como del otro?”

Yo respondo que en verdad, cuando el agua fuerte contiene mucho de álcali volátil o fijo, ella se mata antes bien que disolverse. Pero cuando sólo contiene muy poco, eso no puede impedirle disolver. Pues la solución consiste únicamente en la saturación del menstuo, para lo cual hace falta, en consecuencia, que los poros estén vacíos. Por eso, cuando la cantidad demasiado grande de sal amoníaco o de precipitado de sal llena los poros del agua fuerte con su tierra sutil alcalina, esta agua no puede disolver una marcasita. Pero tantos poros vacíos como haya, otro tanto toma ella en sí de marcasita. Se ve de ello por qué una cantidad de practicantes no logran disolver sus sujetos.

Observad todavía que la Naturaleza, en el reino inferior, hace fácilmente un ácido de un volátil, y un álcali de un ácido. Aún cuando un sujeto parece totalmente volátil, sin embargo encierra en sí una parte de ácido y de álcali, aunque el volátil tenga una superioridad que impide al ácido y al álcali dominar. Pero si el ácido tiene la superioridad, se asocia a su semejante y gustosamente toma en sí a otro ácido. Igualmente, si el álcali tiene la superioridad, aunque esté mezclado con el volátil y con el ácido, prefiere sin embargo a su semejante. A esto un artista debe ponerle mucha atención, si quiere evitar un número de errores.

Yo establezco siempre los principios, a fin de que si ocurriese que me engañara en las consecuencias, pudiera de ello extraerlas más exactas, y no ser inducido a error.

Los Filósofos dicen: nuestro disolvente y lo disuelto deben estar juntos, o ambos volátiles, o ambos fijos. En segundo lugar, el disolvente debe ser homogéneo a lo disuelto. En tercer lugar, nuestro disolvente debe ser mercurial ubicuo, y asimilarse a todas las cosas. Ahora bien, se duda de que el agua fuerte y el espíritu de vitriolo tengan esta cualidad.

Pero yo he enseñado antes que el disolvente permanece con lo disuelto. También he probado que el nitro y la sal y sus espíritus son homogéneos a todos los sujetos, pues he demostrado que son universales; y nadie ignora que todos los universales son homogéneos a los sujetos específicos, y los sujetos específicos a los universales. Su universalidad prueba igualmente que son mercuriales ubicuos.

Alguno dirá: *“quiero conceder que el nitro y la sal sean ubicuos y universales, en relación a todos los seres especificados; pero el vitriolo es seguramente un ácido y un mixto,*

que parece ser contrario al menstruo universal y mercurial, porque el vitriolo contiene más de azufre que de mercurio”.

Hemos probado antes que el vitriolo es un *primum ens* de los minerales, y todos los artistas saben que contiene mercurio, azufre y sal. No importa que sea más sulfuroso que mercurial, puesto que hemos mostrado anteriormente que todos los sujetos mercuriales y arsenicales extraen sus esencias del azufre. Varios autores sostienen de hecho que el vitriolo es la primera materia de los metales, tanto como el mercurio, y hay quien lo ha recomendado como *materia lapidis*, según esta sentencia:

Visita Interiora Terræ, Rectificando Invenies Occultum Lapidem. Ahora bien, si el vitriolo es la primera materia de los metales, necesariamente hace falta que, después de su resolución, tenga el poder de reducir los metales a su primera materia y que sea homogéneo a todos los minerales; si él es *materia lapidis*, hace falta en consecuencia que sea un extracto o una quintaesencia de todos los minerales.

Está igualmente convenido que el nitro y la sal son sujetos universales; y que un gran número de autores recomiendan buscarlos en los montones de estiércol, y los llaman “todo en todas las cosas”, porque se los puede encontrar por todas partes. Puesto que son universales, son un sujeto propio a recibir toda forma y especificación. Con el vitriolo se especifican, se unen y permanecen con él, tanto volátiles como fijos. Todo lo que ellos disuelven, lo hacen de nuevo volátil, y de nuevo fijo, y permanecen con eso ligados inseparablemente; y si se intenta separarlos, sólo se separará la parte volátil, la parte fija quedará atrás; pues una simiente permanece de buena gana con otra simiente, sobre todo la especificada con la universal, y dejan separar de ellas el agua *recolaceum*.

Es, pues, un error que roza la locura, el de varios artistas que se imaginan que separan los menstrosos por abstracción o por reverberación, o al digerir y quemar encima de espíritu de vino, etc. ¡Hermoso descubrimiento! Con sólo gustar el menstruo que han destilado, bien pronto descubrirían que su fuerza ha disminuido casi la mitad, y lo verían aún mejor si con ese menstruo quisiesen disolver algunos sujetos nuevos, para lo cual sería demasiado débil.

Considérese solamente los cuerpos disueltos, péselos antes y después de su disolución. Se verá la diferencia de sus pesos, pues todo lo que debe devenir fijo, es decir el ácido, se apega a la tierra, y todo lo que debe devenir volátil, se eleva en alto. Que se jacten tanto como quieran de ser hábiles en la teoría y en la práctica; es un hecho en el que hay que convenir.

Yo os aseguro positivamente que si alguno dice o escribe que él tiene un menstruo de rocío, o de agua de lluvia, o de otras aguas menstruales insípidas, etc., son puras mentiras; y que son muy condenables porque empuñan a los artistas en locos gastos que no logran más que hacerlos perecer de hambre y miseria.

Que examinen los menstrosos; que los separen en cuatro partes; es decir en volátil, en ácido, en álcali y en mixto compuesto de los tres. Es muy seguro que todos los volátiles, como el rocío, la lluvia, el espíritu de vino, el espíritu de orina, etc., no atacan de ningún modo un cuerpo coagulado; y aún cuando él contuviese también ácido, ellos pueden teñirse y llenarse de él tan poco, que habría que emplear cinco o seis cubos para disolver únicamente una libra; y cuando la solución está hecha, no es todavía una verdadera solución sino únicamente una extracción, pues el espíritu de vino alza vuelo mediante la destilación y el cuerpo disuelto permanece en el fondo, seco y extendido en átomos. No vale más que antes; solamente es más sutil y está reducido a partes más pequeñas.

Si uno utiliza el azoth, o el ácido vegetal o animal, éstos en verdad atacarán con más fuerza que el espíritu de vino y de orina, o que un volátil extremo. Pero ¿qué clase de sujetos atacarán? No será una piedra ni un mineral alcalizado, sólo disolverán fácilmente los sujetos que, por sí mismos, son ácidos, o que están llenos de mucho ácido. Con diez libras de ácido

de vino destilado, no se podrá disolver una libra de Venus o Marte; mientras que con dos o tres libras de espíritu de nitro o de sal, de espíritu o de aceite de vitriolo, o de aceite de azufre, yo disolvería una libra de Marte, y más aún de Venus, y reduciría esta disolución, después de la destilación, a primera materia, es decir, a vitriolo. Si retiro el ácido mediante destilación, me quedará un cardenillo o un azafrán marcial, aún en pequeña cantidad. Con un álcali espiritualizado, en verdad se disuelve más, pero sin ácido, toda disolución es casi como un golpe de espada en el agua.

¿Queréis componer, fortificar y mezclar los menstros anteriores, para ver si no disuelven más que antes, y mejor que los corrosivos agudos solos? Mezclad espíritu de vino con vinagre, o un volátil con el ácido, o el espíritu de orina con su ácido, o bien los cuatro juntos. Vertedlos sobre una piedra calcinada, según se acostumbra, o sobre otro mineral ligado fuertemente, en suficiente cantidad. Veréis cómo ellos operan; es decir, nada. No obstante, si los vertéis sobre un sujeto abierto, o que no esté ligado tan fuertemente, como el vitriolo, el alumbre, el Venus, el Marte, la Luna, el Saturno, etc., lo atacarán de entrada y harán de él un vitriolo dulce como el azúcar. Pero ¿en qué cantidad? De una libra, sobre la que hayáis vertido seis libras de menstro, sólo disolverá de Venus o Marte apenas un gros, o hasta una onza. Yo no hablo del vitriolo y del alumbre, pues son sales de solución muy fácil. He aquí vuestro menstro muy poderoso y no corrosivo.

Si vertéis un ácido mineral, como el agua fuerte, el espíritu de vitriolo, etc., sobre vinagre o sobre espíritu de vino, en verdad aguzáis el vinagre, pero suavizáis el corrosivo, y lo matáis de modo que ya no podrá atacar con tanta fuerza como antes. Ese menstro, sin embargo, disolverá más que el vinagre y el espíritu de vino solos.

Si vertéis agua fuerte sobre vitriolo sublimado, o un espíritu de orina o un azoth de orina sobre un corrosivo, matáis totalmente el corrosivo y hacéis de ellos una tercera sal, que sólo disuelve muy poco o nada. Ahora bien ¿cuál puede ser la causa? Es ésta. Cuanto más extendidos están los corrosivos, tanto más débiles se vuelven y menos disuelven. Por el contrario, cuanto más concentrados son, tanto más mordientes son y con mayor violencia atacan. El espíritu de vino y el azoth son corrosivos extendidos y dilatados; están enteramente llenos de agua *recolaceum*, e incluso cuando mediante la rectificación se los volviere muy ígneos, una libra no opera tanto como dos onzas o una onza de agua fuerte desflemada. Lo comprobaréis en la práctica.

Pues si tomáis un espíritu de vino muy ígneo, y un vinagre muy rectificado ígneo; tres libras de espíritu de vino, una libra de ácido de vinagre, y una libra de sal de tártaro; vertéis el espíritu de vino sobre la sal de tártaro, después el vinagre, y los ponéis a digerir al baño maría o a las cenizas, y los destiláis suavemente, pasará una flema insípida clarísima, casi en la misma cantidad y el mismo peso que el espíritu de vino y el vinagre que habéis añadido. Pesad también los residuos de la sal de tártaro, que ha retenido en sí la agudeza, o el espíritu volátil, del vino y del vinagre; y comprenderéis así que una cantidad tan grande de espíritu de vino y de vinagre no encerraba más que alrededor de media onza de agudeza o de sal volátil. Verted, por el contrario, una libra de agua fuerte o de espíritu de nitro desflemado, sobre media libra de sal de tártaro. Encontraréis, después de haber destilado la flema, que la sal de tártaro ha aumentado su cantidad en la mitad, o al menos una cuarta parte. Considerad ahora la diferencia de los disolventes.

Si alguno dice que tiene un disolvente insípido, eso no puede ser más que un espíritu salino, disuelto y fortificado por su propio ácido, y un volátil extraño; como si yo hiciera fundir juntos salitre y sal en rocío o en agua de lluvia destilada, y la filtrase. Ahora bien, si se destila un menstro tal al baño maría o a las cenizas, se encontrará una bella sal mediana, o un ácido mortificado, parecido al nitro. Y si se lo destilara cien veces, sin concentrarlo en pequeño volumen para que el ácido dominara, siempre carecería de poder para disolver los

metales. Sí toma bien su tintura, pero extrae tan poco de su azufre, mediante la destilación, que uno lamenta el trabajo y el tiempo empleado en ello. ¿Se llama a este extracto un azufre del Sol y de la Luna? ¿Pero qué azufre es? Se pretende de entrada que debe ser el mayor cordial y debe tener la virtud de rejuvenecer, como un verdadero oro potable. Con esto, algunos Filósofos dicen, quizás con la intención de engañar, que es un azufre, pero que la sal y el mercurio deben extraerse de los residuos. Ahora bien, yo le ruego a un quimista, hombre honesto, sabio y compasivo, que me diga cuánto tiempo, gastos, esfuerzo y cuidados hacen falta, qué desperdicio hay de toda clase de materias y aguas preciosas, y cuánto carbón hay que quemar, antes de solamente poder separar el azufre y la sal (pues acerca del mercurio fluido, no quiero para nada oír hablar) y reducirlos a líquido. Todo este trabajo no es más que un disparate imaginado a placer, para engañar a los discípulos del Arte y burlarlos.

No diré, sin embargo, que es imposible hacer un mercurio fluido de los metales, pero es un trabajo totalmente inútil, larguísimo y muy costoso, y yo no sé cómo se ha ideado esto, ni porqué se busca el mercurio con tanto celo en las mineras y en los metales, atento a que en ninguna minera (excepto la propia mina del mercurio) se encuentra jamás mercurio fluido alguno, sino más bien ácidos vitriólicos, de alumbre, de azufre, de oropimente, de la marcasita, etc., de los que por grados nacen y se forman los metales, y no el mercurio fluido.

Yo os digo a vosotros, quimistas, no os esforcéis en extraer el azufre; os engañaríais mucho en esto, pues no es más que una cierta parte del metal sutilizado, y nada más. Hace falta que el cuerpo entero del metal sea disuelto y reducido a líquido, que pueda subir en la destilación, y que sea un aceite dulce, espirituoso, o una sal espiritualizada que, apropiada para la naturaleza humana, no sea fija sino volátil, a fin de que, por el arqueo del estómago, pueda reducirse pronto a humo y vapor, y que bajo esta forma pueda penetrar en la sangre, y con ella en todas las venas, hasta en la médula y los huesos. Eso es lo que hace una verdadera medicina, pues si la medicina es fija, es preciso que el arqueo la vuelva volátil para que produzca su efecto. Hacedla entonces vosotros mismos volátil y homogénea, si queréis volver a llamar a los muertos a la vida. Aunque en casi todas partes en este tratado yo haya dicho que hay que fijar las medicinas, no lo hice sino porque tal es el prejuicio general, del que uno se desengañaría muy pronto si considerase que el animal mismo vuelve volátiles todas las cosas para su nutrición y crecimiento.

Sin embargo no tenéis que imaginar que yo prefiero una medicina muy volátil, como el espíritu de vino, que al ser excitada por el calor atravesaría todas las venas demasiado rápidamente, y saldría por los poros de la piel, o se evacuaría por las deposiciones, y sólo haría poquísimo efecto. Yo quiero que sea ni demasiado volátil, ni demasiado fija, sino semifija y semivolátil, como son todos los ácidos. En ese estado medio, ella se adhiere a la sangre, se une con ella, circula con ella en todas las venas, y expulsa las enfermedades por las orinas y los sudores. Ella debe ser, pues, un ácido, con respecto a su grado de fijeza; pero en cuanto a su cualidad, debe ser dulce como el azúcar, porque la Naturaleza atrae ávidamente a sí todo lo que es dulce.

Si no preparáis así vuestra medicina, y permanecéis apegados a vuestro extracto de azufre, confundís la sombra con el cuerpo. Aún cuanto los mejores Filósofos hablaran de otro modo, no los escucharía. Yo partiría siempre de este principio: que la Naturaleza nunca une los heterogéneos, y en consecuencia que no hay heces en sujeto alguno cualquiera sea, aunque varios se hayan imaginado lo contrario, según esta sentencia: *animam extrahe; relinque corpus*.

Pero yo os digo: tomad el alma junto con el cuerpo, si queréis sanar el espíritu y el cuerpo humano. Esas clases de gentes ¿no se contradicen a sí mismas al decir que cuando la enfermedad está en la sangre o en las partes líquidas, el alma las sana; y que igualmente el cuerpo debe sanar el cuerpo; un espíritu al otro, y un cuerpo al otro?

Gentes parecidas son muy condenables por haber introducido en el Arte tales errores, que son causa de la ruina de una infinidad de personas, y desgraciadamente esos falsos filósofos son demasiado comunes. Después de años de trabajo, alguno sólo encuentra por azar alguna manipulación que hubiera podido aprender en un cuarto de hora, si el destino no le hubiese sido contrario; y hace de ello tantos elogios como si hubiese concentrado el cielo y la tierra; exclama que no hay método verdadero sino el que ha practicado, y si un ángel descendiera del cielo para enseñar otro, lo consideraría un embuste, como si Dios no tuviera mil vías para ayudarnos; atormenta los escritos de los Filósofos para hacerlos concordar con su trabajo, y encantado con su raro descubrimiento, se jacta de darlo a conocer por amor al prójimo. Así, de una única cosa a la que han aplicado la física entera, más de un autor de este temple ha tenido el arte de borrar gruesos folios. Ellos comunican a las almas privilegiadas, bajo el velo de los jeroglíficos, enigmas y parábolas, los más grandes secretos, de los que el mundo no es digno; y sin embargo para el mundo añaden un par de viejas recetas oscurísimas de la tintura universal o de la piedra filosofal. Para profundizarlas, algunos sacrifican su salud y su fortuna; y cuando se observa la cosa más de cerca, a menudo se encuentra ese secreto en algún viejo libraco expuesto en venta pública; entonces el secreto es ventilado, y ya no se hace caso de él.

En cuanto a mí, yo me propuse escribir claramente, en pocas palabras y sin vueltas, a fin de que todo el mundo pueda entenderme, y cada uno sea animado a hacer experiencias que vuelvan en beneficio del público.

¿De qué sirve hablar mediante parábolas y enigmas? Yo preferiría callarme antes que hacer perder a los hombres su tiempo y su dinero, y privarlos así de lo necesario, que ya les ha costado tanto trabajo procurarse. Cada autor que escribe libros debería poner atención a esto, y antes bien no escribir que inducir a los hombres a error, como ocurre cuando no es claro. Pues yo puedo entender mis propios enigmas, pero otro no puede penetrar en mi espíritu para saber de qué manera los entendí yo. Por eso cada uno los explica según sus ideas, y debido al número de esas diferentes explicaciones, ocurre una confusión y errores, que ocasionan la pérdida y ruina de los que trabajan. Yo no tendré reproches por hacerme. Las diversas maneras de proceder en los tres reinos, las he descrito sinceramente y sin oscuridad; y diré con la misma sinceridad, tocante a la medicina universal o piedra filosofal, que todo el secreto consiste en reducir los metales y los minerales a su primera materia, por el menstroo que se quiera, corrosivo o no, mercurial, sulfuroso, salino u otro, no importa, con tal de que opere prontamente y que por un menstroo tal se haga retrogradar el mineral o metal a su primera materia salina; es decir que el metal sea transformado a una naturaleza salina, vitriólica o aluminosa, o a una sal mineral que se disuelva después en el vinagre o el agua de lluvia, y que no deposite tierra no disuelta. Cuando queda, es una prueba de que no ha habido suficiente menstroo. Disolved entonces esta tierra con nuevo menstroo, y reducidla igualmente a sal, a vitriolo o a alumbre, etc. Disolved todavía esta sal, este vitriolo o este alumbre en el ácido suavizante que he enseñado y en el espíritu de vino. Proceded en todo como he dicho. Cuanto más a menudo lo disolváis con nuevo vinagre y nuevo espíritu de vino, coagulándolo cada vez hasta la oleosidad, tanto más suave y volátil devendrá, y tanto más pasará en la destilación como un aceite, y por pequeñas venas como un espíritu de vino u otro espíritu. Y después que lo hayáis desflemado, se coagulará y se fijará a un pequeño calor de cenizas, y será en el calor fluido como la cera, y en el frío condensado como el hielo; se fundirán en todos los líquidos como el azúcar, sin dejarse precipitar; será agradable y dulce al gusto, como el azúcar; y penetrará en todos los cuerpos, como un humo.

Se encuentran por todas partes y en cantidad, descripciones de menstrosos simples y compuestos; pero yo declaro al lector que él comience donde quiera, pero que nunca hará una verdadera y buena disolución mineral sin corrosivos, o la hará muy difícilmente. El alkaest y

los demás menstros radicales mercuriales son todos sacados, y deben ser, de la raíz de los corrosivos. Aunque se tenga a bien decir que son suavizados por el espíritu de vino, etc., el corrosivo es la pieza principal de la cosa, y lo será en tanto el mundo dure. *Capere, si capere potes.*

Cap. XI y Último – *Del Alkaest*

A fin de que el lector tenga un conocimiento del famoso alkaest y del vinagre muy agudo, circularado, le haré su descripción y finalizaré así mi libro.

Para no extenderme en discursos demasiado largos, diré solamente que los Filósofos, después de haber visto que los corrosivos, tales como los describí anteriormente, no podían operar un gran efecto, buscaron y encontraron un medio para conseguirlo. Si un corrosivo disuelve los metales ácidos, no disuelve los que son alcalinos; y el corrosivo que disuelve los sujetos alcalinos, no disuelve los ácidos, porque el ácido y el álcali, cuando están conjuntados, se comen uno a otro, y resulta de ellos una cosa tercera. Ellos entonces buscaron en la Naturaleza si podían encontrar un sujeto que disolviese indiferentemente tanto uno como el otro, y que hiciese el mismo efecto en la solución. Después de haber examinado todo, vieron que hacía falta que ese sujeto fuese hermafrodita, y que pudiese abrazar las dos naturalezas. Lo encontraron, entre otros, en los sujetos mercuriales tal como son los sujetos arsenicales, las marcasitas, los rejalgares, después de la separación de sus azufres combustibles, y en todos los mercurios fluidos y coagulados. Tomaron esos mercurios y de ellos hicieron una cal, cada uno según su capricho, pero la mayoría tomó un mercurio que se especifica, lo más cerca de la sustancia metálica, que en la conjunción se adhiere a ella hasta la médula, que permanece sin alteración incluso después de la separación y que, en la coagulación y fijación, no se transmuta en ningún metal sino en oro y en plata.

Como vieron que ese mercurio era demasiado espeso, y demasiado poco agudo para reducir los metales a su primera esencia y para volverlos líquidos; como sabían que los metales, para hacerse homogéneos a todas las criaturas, debían tomar una naturaleza salina; como veían también que ninguna agua ni tierra simples podían disolver el mercurio ni los metales, ni reducirlos a una naturaleza salina; como finalmente bien se dieron cuenta de que, si querían reducir los metales a sal, a aceite o a agua, antes hacía falta reducir el mercurio a sal o a agua salada, a fin de que el semejante pudiese producir su semejante; por esta razón tomaron un mercurio tal y lo redujeron en parte y de diferentes maneras a sal y a agua, según la vía que les funcionó en su experiencia. Cuanto más aguzaban el mercurio, tanto más disolvía; cuanto menos, tanto menos y más lentamente; y bien vieron que, sin esta naturaleza, el mercurio no disolvería más que muy poco o nada. Se vieron obligados entonces, para reducir el mercurio a sal y después a agua, a recurrir a todos los ácidos, a todos los álcalis, y a emplear a su pesar los corrosivos, sin los cuales el mercurio no podía obrar. Pero unos tuvieron un mejor método que otros; algunos, para aguzar el mercurio, tomaron las sales animales, vegetales y minerales, según tuviesen más éxito. Entonces, recomendaron ese método con tanto ardor como si no hubiese otro en la Naturaleza, y como si fuesen los únicos que tuviesen todo, lo que hace la inversión de la Naturaleza. Después de haber reducido el mercurio a sal, pensaron bien que la Naturaleza se servía del agua en toda generación y corrupción, y en todas las mezclas; y que casi no hacía ningún compuesto salado para el que no necesitara agua. Por esta razón, redujeron ese mercurio salino a agua, por el agua, a fin de que por ese medio pudiese penetrar mejor los metales y minerales, y pudiese atacarlos hasta su centro. Tomaron entonces ese mercurio, y lo redujeron a agua por el agua. Cuanto más penetrante era esa agua, tanto más prontamente atacaba los metales el mercurio; cuanto más débil, tanto más lenta era la solución. A causa de esto, unos lo mezclaron con aguas minerales, otros con aguas vegetales, o animales, o universales; o hicieron de todas esta agua un compuesto que empujaba al mercurio de un lado al otro, hasta reducirlo con ellas a agua. Si hacían aguda y espirituosa esta agua, ella tenía un efecto tanto más pronto; si por el contrario dejaban esta agua grosera, cruda, o totalmente corporal, de modo que el mercurio no hubiese devenido espíritu con ella, su operación era imperfecta. Finalmente, cuando hubieron

reducido el mercurio a una tal agua espiritualizada, la llamaron, según su agudeza: *acetum acerrimum; acidum metallicum Philosophorum; acherontem infernalem; alkaest; alias etiam circulatum majus*.

Hay también algunos que redujeron el mercurio a agua, sin sal, solamente por medio del fuego; y como esta agua no quería penetrar, también se vieron obligados a recurrir a las aguas saladas, penetrantes y agudas; y las aguzaron con aguas minerales, vegetales, animales o universales; pero algunos eran muy tímidos y escrupulosos, y temían que si empleaban aguas minerales agudas, el mercurio deviniese corrosivo. Así, sólo la aguzaban con aguas animales y vegetales, con las que hacían sus operaciones según les resultara.

Si tratáis de componer un menstuo, elegid entre todos ellos el que os plazca más. Encontraréis sus procedimientos en diversos autores, con todas sus manipulaciones. Leedlos para mayor ayuda; esos menstuos están solamente ocultos bajo diferentes nombres; podéis ejercitar en ellos vuestro espíritu.

La razón más fuerte por la que los quimistas tuvieron tan poco éxito, es porque ahorraron los corrosivos. Cuando oían hablar de ellos, los prohibían como si fuesen venenos.

Pero el veneno más violento para esos aficionados es el desprecio mismo que tienen por los corrosivos, puesto que los extravía, y los empeña en vanos trabajos que abrevian sus días y los hacen morir en la indigencia y la desesperanza. Si alguno quiere seguirme, que abra primeramente las cerraduras minerales con una llave mineral de la misma naturaleza, y que ataque los minerales con los corrosivos más fuertes; que después suba por la escalera de la Naturaleza de un grado al otro, es decir, de los minerales a los vegetales, de allí a los animales; que haga con ellos un homogéneo animal, vegetal y mineral, para los animales, vegetales y minerales. Haciéndolo de esta manera, aprenderá más en una hora de lo que aprendería en toda su vida trabajando sin regla y a la aventura, como hacen casi todos los que se dedican a la Química.